





SIGNATURA 861(728.1)

B517E

VOLS. 1

TAMAÑO 19 cm.

PAGINAS 193

REGISTRO No.

RECUERDOS

DE

TIERRA SANTA

POR

032980 ✓

JUAN JOSE BERNAL.

ESTANTE _____

LINEA _____

OBRA NO. _____



SAN SALVADOR, TIPOGRAFÍA LA LUZ,
Calle de Morazán, N.º 31.

DIRECCION DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

63-29107

REFERENCIAS DE LA OBRA

SIGNATURA	8.1 (728.1)
VOLS.	1 B. 517J. Re.
TAMARO	19 X 13 1/2 cm.
PAGINAS	193
REGISTRO No.	

ESTANTE _____
LINEA _____
OBRA NO. _____
TOMO _____

Palacio Episcopal:
San Salvador, diciembre 6 de 1893.

Habiendo sido examinada la obra del señor Presbítero Doctor don Juan José Bernal, titulada "Recuerdos de Tierra Santa", compuesta de diez y seis Cantos, y no encontrándose en ella nada que contraríe las enseñanzas de la Iglesia, concedemos nuestra aprobación para que se imprima.

El Obispo.

POR SU MANDATO,

Roque Grellana,

Pro-Secretario.

DIRECCIÓN DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

Es propiedad del Autor.

861.3
B577r
S1U
C/05

NOS 2183

Ilustrísimo y Reverendísimo Señor Obispo
Dr. Don Antonio Adolfo Pérez y Aguilar.

Juntos visitamos los Lugares que con su presencia santificó Nuestro Divino Redentor, y nada más natural que á V. S. Illma. dedique mis pobres Recuerdos de peregrino, como un testimonio de mi antigua, sincera amistad y de respetuosa adhesión.

San Salvador, Enero de 1894.

Juan José Bernal.

861.7284
B 5177

INTRODUCCIÓN.



L Señor Presbítero Dr. don JUAN JOSÉ BERNAL, autor de estos RECUERDOS DE TIERRA SANTA y cuyo nombre, coronado ya por la gloria, está escrito desde largo tiempo en el album de los más distinguidos poetas de la América Latina, realizó en 1888 una aspiración que, con crecientes impulsos, venía agitando fuertemente todas las edades de su vida.

Tal era la de visitar los Lugares Santos del Oriente, cuna del género humano y teatro de sus principales acontecimientos, templo augusto donde el Hijo de Dios consumó sus adorables misterios; campo que se disputaron el Oriente y el Occidente en olímpicas luchas durante la edad media, edenes pintorescos que inspiraron á los

DIRECCION DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

poetas los más bellos cantos; santuarios venerandos humedecidos con las gotas de sudor y de lágrimas de mil y mil peregrinos, enviados allí de todas partes por las generaciones de diez y nueve siglos, para depositar en ellos la ofrenda de su fe y de su amor.

El Dr. Bernal desde su infancia, al escuchar de los labios maternos las bellas historias bíblicas y las piadosas narraciones de los misterios de la Redención, relatadas con el entusiasmo de la madre cristiana al depositar en el tierno corazón de su hijo las primeras semillas de la fe, soñaba ya con la ilusión de visitar algún día aquellos lugares afortunados. Más tarde, dedicado en las aulas al estudio de la Filosofía, de la Historia y de la Literatura, aquella ilusión de su infancia se hizo sentir en él con mucha mayor fuerza, acrecentada por la importancia de los mismos lugares con respecto al idealismo, á las grandes evoluciones históricas y á las sublimes inspiraciones de la poesía cristiana. Pero cuando, concluidos los estudios de Ciencias Sagradas y ordenado ya de Sacerdote, hubo de ampliar en el retiro sus conocimientos exegéticos y de profundizar sus meditaciones en las divinas Escrituras; entonces aquel ensueño de su infancia, aquella pasión de su juventud se convirtió en vocación suprema, en necesidad imperiosa

de complementar su sacerdocio, en corriente irresistible que arrastraba su alma á los Lugares Santos de la Palestina.

El año 1888, como hemos dicho, realizó su constante anhelo.

En compañía del Ilustrísimo Señor Obispo de San Salvador, que partía á Roma para hacer su visita *ad limina*, y de otros sacerdotes amigos, el autor se alejó del suelo de la patria, atravesó el Atlántico y pasó por Europa, cuyos grandiosos monumentos llenaron de asombro su inteligencia, pero no apagaron su sed ardiente de llegar á la tierra de Israel.

En cuanto le fué posible se embarcó para Egipto, considerado como la introducción ó la primera estancia de la peregrinación á Palestina, por sus relaciones históricas con el pueblo hebreo y por haber asilado al Redentor-niño durante la persecución de Herodes.

Llegó por fin á la tierra bendita, deteniéndose en todos los sitios célebres intermedios entre Alejandría y Jerusalén. Visitó uno por uno sus santuarios, no con la rapidez y frívola curiosidad del viajero, sino con la profunda meditación del peregrino; sin limitarse á la simple perspectiva de los lugares, evocó los recuerdos históricos y los profundos misterios realizados en ellos, y, como sorprendiendo los secretos que guardan, le-

yó en sus páginas inmortales los arcanos más profundos de lo divino y de lo humano.

La impresión que los Lugares Santos graban en el alma de quien los visita con fe y con piedad, es indeleble, es inefable.

“Aunque viviera yo mil años, dice el sabio autor del Genio del Cristianismo, peregrino en los mismos santuarios, jamás me olvidaré de aquellos lugares, que parece reflejan todavía la majestad de Jehováh y la palidez de la muerte... Yo acababa de admirar los monumentos de la Grecia, y mi espíritu estaba embelesado con su grandeza; pero estos monumentos habían distado mucho de inspirarme las emociones superiores que experimentaba en los Lugares Santos”.

El Dr. Bernal preparado á esta visita con tan prolongados anhelos, con estudios tan profundos y más que todo, con devoción tan tierna, sintió conmoverse todo su sér y elevarse como en éxtasis divino, á presencia de ellos.

Sólo él podría expresar los trasportes piadosos, las brillantes iluminaciones, los fúlgidos relámpagos de entusiasmo desprendidos de aquellos focos misteriosos de luz y de calor para caldear su alma de Sacerdote, de sabio y de poeta.

Dijimos que sólo él podría expresarlos; debe-

mos añadir, que él ha sentido en lo íntimo de su alma la necesidad y el impulso de expresarlos, y que llegó al fin el tiempo en que casi se le han escapado contra su voluntad.

Por que hay en el corazón del hombre ciertas impresiones que, no pudiendo permanecer largo tiempo sepultadas en el secreto de la conciencia, ni prisioneras dentro del yo, necesitan dilatarse y buscan su escape, golpean y tarde ó temprano rompen sus murallas para derramarse en efusiones abundantes.

Esto es lo que ha sucedido al autor, casi á pesar suyo. Los Recuerdos de Tierra Santa que ahora publica son la expresión de los éxtasis piadosos, de las evocaciones históricas, de los transportes poéticos de su alma ante los santuarios testigos de la vida y muerte del Redentor, que no pudiendo retenerlos ya más tiempo dentro de su pecho, las vibraciones de su lira los han libertado y difundido en ondas de dulcísima armonía.

Hé aquí la razón ó el motivo de la presente obra; examinemos el género de literatura á que pertenece.

Los diez y seis cantos de que consta, correspondientes á los diez y seis principales santua-

rios de la Palestina, ofrecen, en primer lugar, á la vista del lector, en cuadros magníficos, los encantadores panoramas alegres ó tristes, sencillos ó sublimes de cada uno de ellos.

Aleandría y el Cairo con sus desiertos y sus canales, con sus pirámides y su esfinge, con sus ruinas y sus palacios rodeados de palmeras; el Monte Carmelo, cuya hermosura celebra la Biblia y desde cuyas cavernas el Profeta Elías hizo temblar á los Reyes; las montañas de Judá, agreste cuna del Bautista y que parece repetir todavía los ecos del canto virginal; Jerusalén, la hermosa hija de Sión, reina en otro tiempo de las ciudades y que, cautiva y solitaria ahora, vive de sus recuerdos y de sus pasadas glorias; las ruinas del templo, del cenáculo y del palacio pretorial, la calle dolorosa, el Calvario, Gethsemani, el monte Olivete, marcados con las huellas de la humanidad sagrada del Hombre Dios & & que fueron otras tantas mansiones donde el peregrino salvadoreño se detuvo más tiempo, como para fotografiarlas en su inteligencia y grabar más hondamente su imagen en la memoria, están artísticamente pintadas en sus detalles y en su conjunto, con toques y coloridos, con perfiles y fondos admirables.

Pero esos cantos son mucho más que la galería completa de los cuadros de la Palestina; pues,

como ya dijimos, el autor no se limita á la mera perspectiva de los lugares.

Ellos se animan y se transforman en el escenario de los grandes acontecimientos, que en cada uno de ellos se realizaron en épocas distintas. Del fondo de esos cuadros se destacan con rico y fantástico ropaje los protagonistas y actores en aquellos sucesos, para representar las escenas con extraordinaria plasticidad y para repetir sus palabras y sus cantos con exacta precisión. Aquí el patriarca cuenta sus narraciones tradicionales, allí el Profeta canta sus misteriosos vaticinios; aquí el sacerdote arónico con su brillante vestidura hace sus ritos simbólicos ó pronuncia sus oráculos; aquí la mujer bíblica ostenta unas veces su valor heróico, otras encanta con su sencilla inocencia. O bien, en épocas más recientes, el cruzado con sus armas, sus combates y sus trobas; el solitario penitente; el beduino del desierto; el peregrino de lejanas tierras, parece que, por ensalmo, abandonan sus tumbas ignoradas, para volver á reconstruir su pasado y á conversar familiarmente con el lector.

Pero entre todas estas figuras descuella majestuosa y divina la personalidad del Hombre-Dios, en las diferentes edades y posiciones de su vida mortal, correspondientes á cada santuario. En Belén, niño reclinado en un establo,

pero adorado por los ángeles, por los pastores y por los reyes; En Nazaret, joven laborioso y retirado; maestro sublime, en el monte y en el mar de Tiberiades; profeta y taumaturgo, en todas sus excursiones; transfigurado y radiante en el Tabor; pontífice eterno y bardo divino de la caridad, en el cenáculo; agonizante y traidoramente vendido, en Gethsemani; escarnecido y crucificado, en el Calvario; triunfante, en el monte de los Olivos; Juez supremo, en el valle de Josafat. . . . pero ostentando en todas partes los reflejos deslumbrantes de su omnipotencia, de su sabiduría y de su bondad infinitas.

Así como en "Los Recuerdos de Tierra Santa" los cuadros se ordenan para formar la galería completa de los panoramas de Palestina, así sus diez y seis cantos se conciertan en un himno armonioso para celebrar la vida mortal del divino Redentor.

No fué ciertamente la intención del Autor presentar la grandiosa epopeya de la Redención del mundo, ni tampoco formar un poema épico de Jesucristo. Su tímida modestia se propuso tan sólo ofrecer á cada uno de los santuarios el humilde homenaje de su fe y de su piedad, cantando los misterios divinos que presenciaron y

venerando la sombra impresa en ellos del divino Redentor, á quien sigue en todas sus excursiones, como la esposa de los Cantares, tras la suavidad de sus perfumes.

Sin embargo, le sucedió lo que suele acontecer á los grandes artistas, que, absortos en un ideal sublime, impulsados por el entusiasmo del genio y conducidos por los giros imprevistos de la inspiración, son llevados más allá ó á otro punto diferente de aquél á donde querían llegar. Saben de donde comienzan, pero ignoran á donde y por donde van á ser transportados; por lo cual su obra resulta alguna vez mayor de lo que habían pensado ó de diferente género del que se habían propuesto.

El Dr. Bernal preparó su paleta y sus colores para pintar cuadros especiales de los Lugares Santos, templó su lira para cantar en idilios místicos determinadas acciones del Redentor. Pero, por una parte, el íntimo enlace que tienen entre sí aquellos sitios cada cual testigo de alguna acción del Redentor, y que al reunirse hace que todos presenten en coherente conjunto la vida entera del Redentor, y por otra, el estropoético del Señor Bernal, eminentemente sintético y que tiende siempre á formar la unidad de la variedad, lo condujeron, tal vez sin advertirlo, á hacer de su libro una grandiosa epopeya y de sus cantos un verdadero poema.

Sabemos que nuestra opinión es diametralmente opuesta á la suya en esta clasificación de su obra; repetidas veces nos ha manifestado que no fué esa su intención al escribirla, que sus versos carecen del tono heróico del poema épico, que su conjunto dista mucho de compararse ni aun con los pequeños poemas de Campoamor y de Saavedra.

A pesar de esto y á pesar de la autoridad decisiva que en nosotros ejerce la opinión del autor, no podemos dejar de convencernos de que sus "Recuerdos de Tierra Santa" son una grandiosa epopeya de la Redención y que sus cantos son un verdadero poema épico de Jesucristo. Y opinamos así, porque en ellos concurren exactamente todas las reglas establecidas por la Poética, para aquel género de composiciones literarias.

En efecto, "La epopeya, dice el distinguido literato Señor Mila, es un gran poema narrativo; grande por el asunto, grande por el modo de exponerlo, grande aun por sus dimensiones materiales. La epopeya se propone presentar un hecho importantísimo de una manera ideal y completa, y con ella un vasto cuadro de la vida y del orden del universo".

En primer lugar, los "Recuerdos de Tierra Santa" son un perfecto poema narrativo, género próximo en la anterior definición de epopeya

ya. Su simple lectura convence á cualquiera de que ellos reunen las siguientes condiciones, prescritas por el arte y formuladas por otro no menos conocido literato español:

“No es el poema épico una enciclopedia en que los hechos aparecen sin conexión y enlace, sino un cuadro en el que se pinta la naturaleza física y, lo que es más meritorio, la del mundo moral.

“La unidad y variedad, condiciones indispensables en toda obra bella, son necesariamente requisitos indispensables en esta especie de poesía. La unidad de la acción épica es comparable á la de un maravilloso edificio, adornado de vistosos jardines, de sorprendentes palacios y de variadas torres, en el que, á pesar de tanta variedad, se descubre el solo, único y bellissimo pensamiento del artista, merced al modo con que ha sabido enlazar los diversos elementos y materiales que lo forman.

“Así y no de otro modo debemos entender la unidad y variedad entre la multitud de hechos que se refieren en la epopeya. Diremos que hay unidad, si todas las partes del poema tienden á formar un conjunto enlazado y coherente; sin embargo, el que el hecho sea circunscrito no se opone al desenvolvimiento libre y variado del asunto”.

En segundo lugar, estos “Recuerdos de Tierra

DIRECCION DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

Santa” son una grandiosa epopeya, si se considera la grandiosidad de su asunto, que es nada menos que la Redención del género humano, y cuyo héroe protagonista es Jesucristo, con sus virtudes y sus preceptos, con sus misterios y sus sacramentos, con sus humillaciones y sus glorias, con su Iglesia y su Apostolado, difundiendo por el tiempo y por el espacio los esplendores de la verdadera civilización.

Como actores secundarios y como episodios dignos de la acción principal, le preceden los personajes del Antiguo Testamento que fueron las figuras típicas del Mesías, los grandes sucesos que prepararon su venida, la religión mosaica que sombreó los misterios de la Ley de gracia; y le siguen los mayores acontecimientos históricos de los últimos diez y nueve siglos, que convergen á Él como al centro del universo entero.

Tanto los actores secundarios cuanto los episodios aducidos en los diferentes cantos, según el Santuario á que pertenecen, conspiran al fin principal de la narración, que jamás prescinde de la unidad, proporción y armonía.

La epopeya no sólo exige grandiosidad en la naturaleza de su asunto, sino que debe ser grande por el modo de exponerlo, grande aun en sus proporciones materiales.

Los “Recuerdos de Tierra Santa” desarrollan su argumento con brillantez y animación, con

movimiento de ideas y efervescencia de afectos, que dan á las imágenes y á las palabras la fuerza de producir en el lector las más vivas impresiones: lo presentan con exposición tan clara, con orden tan natural, que permiten distinguir hasta el mas pequeño detalle.

En ellos la vida y muerte del Redentor están representadas con toda la plasticidad del realismo más natural, pero conservando siempre el estilo y la gravedad correspondientes á su divina figura; las palabras y enseñanzas del divino Maestro están repetidas con la suavidad y dulzura del idilio místico; sus virtudes y preceptos están concentrados en un haz de resplandores que penetran y encienden el corazón.

Finalmente el autor cumple en estos Recuerdos el último precepto del arte para esta clase de composiciones: *“El poeta épico debe cantar un asunto grandioso é interesante, no sólo para un pueblo determinado, sino para la humanidad entera”*.

Pero sobre todo, siendo el señor Bernal poeta de estro espiritual y de armonía sagrada; que sabe, como el águila, remontarse á zonas altísimas dejando bajo de sí lo material y lo terreno, para cernirse en los espacios mas sutiles y serenos del idealismo; bardo que, semejante al profeta David, siente en su alma las fúlgidas revelaciones de la fe y las palpitaciones del amor di-

vino, que dan á su laúd temple y diapasones, cadencias y armonías enteramente místicas, descubre en sus cantos el sentido poético que hay en el fondo de las historias, doctrinas y misterios que expone.

De su presente libro, por tanto, puede asegurarse, que pertenece á todo genero de literatura: al genero plástico y artístico, por sus cuadros, descripciones y panoramas; al histórico, por sus narraciones: al filosófico, por su idealismo y sus profundos pensamientos; al religioso, por sus meditaciones piadosas y fervientes plegarias; al poético, por el ideal sublime de su argumento, por la belleza y brillantez de su estilo, por el ritmo armonioso de sus versos.

Es por consiguiente un libro apropiado á toda clase de lectores, en el que los amantes del arte se recrearán con la belleza y la poesía; los aficionados al idealismo encontrarán en él como una espiral magnífica, para elevarse á altísimos pensamientos; los que gustan de narraciones se recrearán con interesantes episodios históricos; las almas piadosas se nutrirán con sentimientos y afectos de tierna y suave devoción.

El autor ha puesto al fin del libro notas de suma importancia para tener idea clara y completa de los lugares, personajes y acontecimientos: son como el apéndice, ó mejor dicho, el

complemento de los mismos cantos, porque reunen los datos necesarios para mejor entender y apreciar sus narraciones.

Exponer el motivo y el género literario de "Los Recuerdos de Tierra Santa", es el objeto único de esta deficiente introducción.

Siendo el Doctor Bernal, demasiado conocido y apreciado del mundo literario, no necesita ciertamente de que álguien le tome de la mano para presentarlo al público, que con tanto entusiasmo aplaude siempre sus escritos. El sabe mucho y vale mucho para necesitar que ajenas recomendaciones abran camino á sus obras, ó que excusas amistosas cubran deficiencias que jamás dejó en pos de sí el giro de su pluma.

Si hemos consentido en decir algunas palabras antes que él y en que nuestro humilde nombre se entrelace al suyo tan glorioso, fué porque nuestra voluntad jamás puede resistirse á las insinuaciones de los que la dominan con su autoridad sagrada, ó la atraen con el imán de su amistad.

El Ilustrísimo señor Doctor don Antonio A. Pérez, Obispo de esta Diócesis, en cumplimiento de la ley canónica que prescribe la censura previa á la publicación de las obras sobre asun-

tos religiosos, tuvo la dignación de encomendar á nuestro estudio estos "Recuerdos de Tierra Santa", para hacer constar su conformidad con el dogma y con la moral de la Iglesia Católica. A pesar de nuestra incompetencia fué imposible desobedecer el superior mandato, que nos proporciona hoy la muy grata satisfacción de testificarle que, á nuestro humilde juicio, el presente libro del señor Bernal es un álbum formado de las páginas auténticas de la Escritura Sagrada, es un ramo de flores cortadas en el sagrado jardín de la Iglesia.

Además de esto, el mismo autor, cuya amistad tanto estimamos, nos invitó é insistió muchas veces, á pesar de reiteradas excusas, para que expusiéramos en un sencillo prólogo el motivo y argumento de su libro. Nuestra negativa le hubiera obligado ha hacer él mismo este trabajo; pero conocedores de su modestia, temimos con fundamento que pasaría en silencio algunas consideraciones personales y propias, pero necesarias para la mejor inteligencia y apreciación de su libro. El deseo, pues, de complacer al amigo y de proporcionar á sus lectores datos referentes al escritor, fué el segundo impulso que nos decidió á escribir esta introducción.

No queremos, sin embargo, concluir la sin hacer á la juventud estudiosa de nuestra patria

una amistosa excitación, y sin dirigir una felicitación entusiasta á nuestra Diócesis del Salvador.

Hay entre los jóvenes salvadoreños inteligencias privilegiadas, de aptitudes extraordinarias para el bello arte de la poesía, y que lo cultivan con aplauso general. Pero, por desgracia, tomando de ordinario asuntos ligeros, recorriendo senderos muy trillados, escogiendo argumentos de mero sentimiento, producen apenas con sus bellísimos versos pasajeras y fugaces impresiones en el alma sus lectores; no se inspiran en lo grande, no se elevan á espirituales y nobles ideales, que serían de brillante gloria para ellos y de benéfica utilidad para quienes los estudia.

El señor Bernal en estos cantos, les traza la senda para inspirarse en nobles asuntos, para remontarse á las esferas altísimas del idealismo, y para convertir las armonías del ritmo en algo superior á lo sensible, en algo que lleve en ascensiones sublimes la inteligencia á la verdad y el corazón á la virtud.

Nuestra felicitación más entusiasta se dirige no al autor, pues bien sabemos que, inmolado continuamente por la abnegación sacerdotal, jamás dirige su pluma en pos de la propia gloria ni aspira á los aplausos ó recompensas humanas. Consagrado enteramente al Apostolado

de la gloria de Dios y del bien espiritual de sus hermanos, ha puesto al servicio de tan santa causa todo su sér, toda su actividad, hasta las armonías de su laúd, que, como el del santo Rey-profeta, sólo canta la hermosura del Señor y los méritos de la virtud.

Felicítamos sí cordialmente á nuestra patria, porque "Los Recuerdos de Tierra Santa" vienen á enriquecer la literatura nacional, y á hacer brillar sobre su frente la gloria que corresponde á la cuna de los ilustres literatos.

Y por pertenecer el autor al gremio sacerdotal, felicitamos en especial al clero salvadoreño, tan calumniado de ignorancia y de oscurantismo, porque de sus filas sale el ilustre vate, cuyos cantos bellísimos desmentirán, por milésima vez, las imputaciones apasionadas de sus adversarios.

San Salvador, enero de 1894.

JOSÉ ANTONIO AGUILAR,

Presbítero.





CANTO PRIMERO.



EGIPTO.



¿Quién en sus tiernos años,
En esa edad dichosa de la vida,
Exenta de terribles desengaños,
Llena de paz y de esperanza henchida.
No ha soñado en su loca fantasía,
Con entusiasmo ardiente,
Las escenas de mística poesía
De los remotos países del Oriente?
¿Quién no ha sentido arder su pensamiento
Y el corazón latir estremecido,
Por dichas ilusorias,
Cuando del labio maternal ha oído,
En dulce arrobamiento,
De la sagrada Biblia las historias?

Y ¿quién, al penetrar en los umbrales
Del templo de la ciencia,
Al recorrer del mundo los anales,
No ha deseado, con ansia y con vehemencia,
Visitar esa tierra portentosa,
Que de la humanidad guardó la cuna
Y conserva hasta el día, misteriosa,
Del Edén los recuerdos, cual ninguna?
Y ¿quién, siendo creyente,
Del Evangelio oyendo la lectura,
Al instante no siente
Su espíritu inundado de dulzura,
Y luego no imagina,
Con alegría santa,
La tierra de la fértil Palestina, (1)
Que Cristo holló con su divina planta?

El Oriente, que guarda los vestigios
Del pasaje de Dios sobre la tierra,
De antigüedad magníficos prodigios
En su recinto encierra,
Como conserva, cual veraz testigo,
En tristes soledades
Y montañas agrestes,
La señal del castigo
Que impusieran del hombre á las maldades,
Sin compasión, las cóleras celestes.
De esa tierra los bosques seculares,

Los gigantescos montes,
Por las nubes cubiertos,
Los azulados mares,
Rodeados de brillantes horizontes,
Los áridos desiertos,
Las ciudades ayer tan populosas
Y hoy ruinas inmortales,
Con su magia secreta
Al sabio dan ideas luminosas,
Al verdadero artista sus ideales
E inspiraciones gratas al poeta.

Esa tierra, que guarda todavía,
En sus templos oscuros,
Las aras que erigió la idolatría
A númenes impuros,
Conserva los lugares,
Do errantes los patriarcas habitaron,
Que repiten los férvidos cantares
Que un día los profetas entonaron,
Y el monte funerario,
A los cielos propicio,
El monte del Calvario
Do Jesús consumó su sacrificio.

Ansiando visitar las maravillas
De esa tierra sagrada,
Y en la cumbre elevada
De ese monte postrarme de rodillas,

En el cielo confiado,
Avancé, sin temor, por el camino
Del Oriente afamado,
Empuñando el bordón del peregrino:
Y, después de cruzar la mar bravía,
Del Africa pisando las arenas,
Saludé á la soberbia *Alejandro*,
Orgullo de las razas agarenas.

Y visité el Egipto poderoso,
En tiempo ya lejano,
Y á la margen del Nilo caudaloso,
Que más parece dilatado oceano,
Caminé por la alfombra
De su arena abrasada,
De las altas Pirámides la sombra
Buscando con la vista fatigada,
Y admiré sorprendido
Su grandeza imponente,
Que, triunfando del tiempo y del olvido,
Conserva la memoria
Del genio prepotente,
Que, audaz en sus creaciones, atrevido,
Graba en la piedra su brillante historia.

La estatua de la *Esfinge* misteriosa
Allí se eleva, próxima á las ruinas
De un templo de granito,
Que, so capa arenosa,

Al desierto de Sara están vecinas;
Desierto, para el árabe bendito,
Que al alma pavorosa
Una idea le da de lo Infinito.
Desde allí se descubren las praderas
De *Heliópolis* famosa,
De la ciudad del Sol maravillosa,
Sombreadas por sus bosques de palmeras;
Y más allá se ven, junto á la *Delta*
Del desbordado Nilo,
Los vestigios de *Menfis*, la esbelta,
Bajo su cielo azul, siempre tranquilo,
Y en esos horizontes, inundados
De luz pura y radiante,
Se ofrecen á los ojos fascinados
Los hermosos paisajes del *Levante*.

El *Cairo*, la ciudad tan decantada,
Que ha sido por los árabes llamada
La grande entre las grandes, la delicia
Del pensamiento, y risa del Profeta,
A la orilla del Nilo está situada,
Recibiendo del aura la caricia,
Que entre los verdes juncos vaga inquieta,
Bañada en la fragancia
De flores exquisitas,
Ostentando la arábica elegancia
De sus bellas y artísticas mezquitas,
Arrullada en la noche dulcemente

De su sagrado río
Por los vagos rumores,
Recordando á la mente
Las glorias y el extenso poderío
Del Egipto en los siglos anteriores.

Recorriendo los hechos de otros días,
De la luz de la historia á los fulgores,
Vi pasar las antiguas dinastías
De los reyes *Pastores*,
Seguidas del cortejo numeroso
De todos los *Faraones*,
Que con poder faustuoso
Impusieron silencio á las naciones,
Como también de príncipes *Lagides*,
De los cuales desciende la heroína,
Que llena de hermosura se idolatra,
Vencida siempre en amorosas lides,
Y en quién la gloria nacional termina,
La hermosa cuanto mísera Cleopatra.

Recordé de sus templos espaciosos
La gran magnificencia,
Donde los sacerdotes cuidadosos
Los secretos guardaban de la ciencia,
La elegante escultura
De sus ricos palacios,
Sus obeliscos de admirable altura,
Rompiendo con su aguja los espacios,

De sus vastos necrópolis aislados
En el oscuro recinto,
Y los prodigios de arte acumulados
En su inmenso y suntuoso *Laberinto*. (2)

Pensando que cercana
Está la tierra de *Gessen*, que fuera
Habitada, en una época lejana,
Por colonia extranjera,
Que, creciendo, á Faraón causara miedo,
Por su ingente pasmosa muchedumbre,
Y que de *Dios el dedo*
Librara de oprobiosa servidumbre,
Recordé, con encanto,
La historia de Moisés, que fué salvado
Sobre las aguas á su pueblo aciagas,
Y que, después, de pavoroso espanto
Llenó al Egipto, que sufrió obstinado,
Como castigo, las terribles plagas.
Y recordé la súbita salida
De ese pueblo escogido
Que provocó el enojo
Del vengativo Rey, que, con la vida,
Perdió también su ejército aguerrido,
Cubierto por las olas del *Mar Rojo*,
Y los prodigios del *Desierto* ardiente,
La columna de fuego y sus vislumbres,
Y la luz que brilló resplandeciente
Del *Sinai* y el *Horeb* sobre las cumbres.

Mas, entre los recuerdos del pasado
De ese histórico suelo,
Hay uno que mi espíritu ha llenado
De dicha y de consuelo,
El recuerdo, que siempre han conservado
El Evangelio y tradición piadosa,
Que refieren la larga permanencia
De la sacra familia, empobrecida,
En esa tierra hermosa,
Cuándo, huyendo de Herodes la inclemencia,
Dejó la patria en presurosa huida.

Y, olvidando los grandes monumentos
De la ambición y del saber profano,
Juguete de los vientos,
Emblema fiel del pensamiento humano,
Visité fervoroso
De la Virgen la Fuente (3)
Y el viejo *Sicomoro* que, frondoso,
De María sombreó la casta frente,
Lo mismo que el hogar pobre ignorado,
Do vivió con su *Esposo* y con el *Niño*,
Que, con tierno cariño,
Endulzó su destierro prolongado;
Y le pedí, anhelante,
Que de su Hijo divino
Me alcanzara la gracia, en todo instante,
Al emprender de nuevo mi camino.



CANTO SEGUNDO.

SAN JUAN DE LA MONTAÑA.

La humanidad roída por los vicios
Arastraba una mísera existencia,
No hallando lenitivo á sus pesares,
Y, olvidada de Dios, sus sacrificios
Ofrecía sin fe, sin reverencia,
De la falsa deidad en los altares,
Sin que fueran bastantes
A minorar sus crímenes sin cuento
Del irritado cielo los castigos;
Y los astros, errantes
Por la bóveda azul del firmamento,
Fueron después de su maldad testigos,
Hasta que el Sér Supremo, desde el cielo,

Mandó un rayo de luz sobre su vida,
Y, del misterio descorriendo el velo,
Hizo brillar la idea bendecida
De la Unidad de la divina Esencia,
Que nunca pudo imaginar el hombre,
De sus errores en la noche oscura,
Y escogió de Abrahan la descendencia,
Para que adore su inefable nombre
Y la fe de esa idea guarde pura.

Y esa familia que constante halaga
Desde el principio la propicia suerte,
Aun reducida á servidumbre odiosa,
De un modo portentoso se propaga,
Y de nómade tribu se convierte
En nación respetada y poderosa,
Que, rompiendo de Egipto las cadenas,
En el Desierto mora,
Y conquista la Tierra prometida,
Donde Israel, descuidado de sus penas
Reconocido adora,
Viviendo de su fe consoladora,
La idea de su Dios, que nunca olvida,
Y cuya gloria canta,
Guardándola, cual fiel depositario,
Lo mismo que conserva la Arca Santa
De su templo suntuoso en el Santuario;
Y para hacer eterna la memoria

Del idéal divino que recibe,
En un *Libro* inmortal su heroica historia
Y sus presagios de futura gloria,
Con poderosa inspiración, escribe,
Porque sabe que el cielo le ha elegido,
Para enseñar verdades que, secretas,
El gentilismo infiel no ha conocido,
Y hacer oír al mundo estremecido
La autorizada voz de sus Profetas.

Del Rey, del Sacerdote y del Levita
Al lado se levanta la figura
De esos hombres de espíritu elevado,
Cuya ardiente palabra al pueblo agita,
Espanta á los tiranos y depura
El amor de su suelo profanado,
Cuyo acento, al compás de la armonía
De los dulces salterios,
Exalta su patriótica alegría
O consuela sus largos cautiverios;
Y, á medida que el tiempo se avecina,
En que debe venir, para consuelo
De todas las naciones, el Mesías,
Su inspiración se vuelve más divina,
Se aumentan los arranques de su celo,
Tiene su arpa la dulce melodía
De las arpas del cielo,
Y hay en su voz más santas energías,
Hasta que se interrumpe, no sin pena,

La serie de esos bardos inspirados,
Y el profético acento no resuena
De la tierra sagrada en los collados.

Al fin, en las montañas de Judea,
Después que en cinco siglos ha callado
La voz de la inspirada profecía,
Que era el sostén de la nación hebrea,
En rincón apartado,
Se presenta una joven, que es judía,
Y vive retirada en Galilea,
Y con sólo la magia
De su agraciada virginal presencia
La inspiración despierta en una anciana,
Que á impulsos del Espíritu presagia,
Que esa doncella, llena de inocencia,
Colmada está de gracia soberana:
La virgen es María
Y la anciana Isabel su estéril prima,
Que henchida de entusiasmo y de fe pía
Exclama, cuando aquélla se aproxima,
Para ofrecerle de su fe el tributo:
“¡Ah! bendita tu eres,
“La escogida entre todas las mujeres,
“Y bendecido de tu vientre el fruto;
“Y bienaventurada tú, porque creíste
“Las cosas que te fueron reveladas,
“Pues las promesas que de Dios oíste
“Serán para tu dicha realizadas”.

Entonces, la doncella candorosa
El misterio revela, con fe ardiente,
De su maternidad tan prodigiosa,
Y entona el himno de su amor ferviente:
“Al Señor, dice, mi alma glorifica,
“Y mi espíritu está regocijado
“En Dios, mi Salvador omnipotente,
“Porque El se magnifica,
“Cuando tierno ha mirado
“La humildad de su sierva reverente.
“Y por eso, desde ahora en las naciones,
“Yo bienaventurada
“Seré en los siglos todos proclamada,
“Por mil generaciones,
“Porque con su poder, que admira tanto,
“Me ha hecho grandes cosas,
“Y es su nombre inmortal tres veces santo;
“Y sus misericordias portentosas
“En las generaciones se derraman,
“Sobre los que temiéndole le aman.
“Ha ostentado la fuerza de su brazo,
“Confundiendo los necios pensamientos
“De los soberbios, con poder no escaso;
“Y con ese poder, de sus asientos
“Lanzó á los orgullosos,
“Los humildes tornando en poderosos:
“A los pobres de bienes ha colmado
“Y á los ricos sin bienes ha dejado.”

“Y en su guarda á Israel he recibido,
“Para hacerle marchar en su presencia,
“Como, en su vaticinio lisonjero,
“Lo había á nuestros padres prometido,
“A Abrahan y á su larga descendencia,
“Por los siglos del tiempo venidero. (1)

El canto de la humilde profetisa,
Que predice sus glorias inmortales,
Más suave que el murmurio de la brisa,
Más dulce que los cantos celestiales,
Con su grata cadencia,
Al niño, que Isabel lleva en su seno,
Hace saltar de gozo y de alegría,
Y, aun antes de venir á la existencia,
Su espíritu ardoroso siente lleno
Del dón de profecía,
Y sabe ya que está predestinado,
Para ser quien prepare los caminos
Del celestial Enviado,
Que cambiará del mundo los destinos.

También el viejo Zacarías siente
De la divina inspiración la llama
Brillar radiosa, en su nevada frente,
Y con su lengua enmudecida exclama:
“El Señor de Isráel sea bendito,
“Porque á su pueblo, al fin, ha visitado
“Y el poder de los cielos, infinito,

“En casa de David ha demostrado”.

Y, volviéndose al niño que ha nacido
Y yace reclinado,
De blanda cuna en delicadas vendas,
Le dice conmovido:

“Y tú, niño feliz, serás llamado
“Profeta del Altísimo, mandado
“A preparar de tu Señor las sendas:
“Para enseñar de la salud la ciencia
“Y dar la remisión de los pecados,
“Por las entrañas de la gran clemencia
“Del Señor, de quien fuimos visitados,
“Cuando salió de lo alto, como Oriente,
“Para alumbrar á los que están sentados
“En mortíferas sombras, sin ambiente,
“Y dirigir sus pasos extraviados
“Por senderos de paz eternamente”. (2)

Y el eco de esas voces que la tierra
Absorta escucha por la vez primera,
Del mundo antiguo los anales cierra
Y abre del Cristianismo la nueva éra.
Y en el rincón oscuro y silencioso
De las montañas de Judá escarpadas
Está presente Dios, aunque invisible,
Para obligar al viento sonoro
A que lleve en sus alas perfumadas
El eco de esas voces, apacible,
Que anuncia que el ideal que han entrevisto

Los profetas, en épocas lejanas,
Se cumple ya, pues la virtud de Cristo
Hace sentir sus gracias sobrehumanas,
Y que, vibrando en tiempos sucesivos,
Mantendrá sus recuerdos siempre vivos:
Eco bendito que endulzó mi oído,
Causando á mi alma complacencia extraña,
Por las austeras voces repetido
De los monjes que habitan la montaña.

Montaña santa, que en sus grutas hondas
Y en sus valles vecinos al desierto,
Sin flores y sin frondas,

 Como un rumor incierto,
Los ecos de otra voz también sagrada
Conserva, con misterio,
La voz del Precursor, que fue inspirada
Para ejercer el santo ministerio.
Allí vivió y creció Juan, el Bautista,
Oscuro y retirado
Del bullicio de pueblos y ciudades,
Que le pierden de vista,
Nazir (3) afortunado,
Amante de las grandes soledades,
Que contemplando el horizonte bello
Del retiro campestre,
Se cubre con las pieles de camello,
De langostas se nutre y miel silvestre,
De allí sale después, y se encamina

Del undoso *Jordán* por la ribera,
Do toda Palestina
Ansiosa escucha su palabra austera,
Que, en lugar de consuelo
Sólo terror inspira á la conciencia,
Pues con ardiente celo
Predica sin cesar la penitencia:
Pero pronto, obediente
Al Espíritu Santo que le anima,
Calmado anuncia á la apiñada gente,
Que el reino de los cielos se aproxima.
Y su voz se suaviza,
Al hablar del Mesías prometido,
Que ve presente ya, desconocido,
Y su divino origen profetisa,
Cuando él se empequeñece,
Como nunca inspirado
Afirmando que, indigno, no merece
La cinta desatar de su calzado,
Hasta que un día, alegre y placentero,
En medio del silencio más profundo,
Esclama conmovido: “He allí el Cordero
“Que quita los pecados de este mundo”.

De esa montaña santa los rumores,
Que parecen suspiros de los vientos
O de las aves apagados trinos,
Inspiran, seductores,
De la piedad los dulces sentimientos

A los que van, errantes peregrinos,
A buscar por sus rocas calcinadas,
En la menuda arena,
La huella de las plantas delicadas
De María, la Virgen nazarena,
Y á recorrer los sitios que ha habitado
El santo anacoreta,
Que al Cristo ha señalado,
Siendo, por su intuición, más que profeta,
Figurándose, acaso, que perciben
De los vagos rumores en concierto,
Del pasado los ecos, que reviven
A la voz del que clama en el desierto.

— — — — —



CANTO TERCERO.



BELÉN.



Divina Religión, que á la conciencia
De la proscrita humanidad revelas
Del Autor de la vida la existencia,
Y su dolor consuelas,
Cuando anuncias el nombre,
Cuya gloria publica el firmamento
Y es del cielo la dulce melodía:
Que al corazón del hombre
Le inspiras fe y aliento,
Le colmas de alegría,
Inundando de luz su pensamiento,
Su espíritu llenando de energía:
Tú, que en las luchas contra el mal le amparas,
Librándole de horrible cautiverio,
Y su remisa voluntad preparas

De la ley del Señor al santo imperio:
Tú, que le haces sentir suave delicia,
Nutriendo la esperanza
Del triunfo del que amando la justicia
Por el sendero del deber avanza:
Tú, que el error perdonas
Del mortal que batalla con la suerte,
Y le ofreces de gloria las coronas
Al triunfar del dolor y de la muerte,
Presta al laud que cántigas murmura
De las arpas celestes la dulzura.

Quiero entonar un himno de alabanza,
Tierno como los ecos seductores
Que del éter en vaga lontananza
De Belén escucharon los Pastores,
Cuando el cielo propicio
Les anunciara, en cantos de victoria,
Que el reinado destruído, al fin, del vicio,
A Dios se debe en las *Alturas* gloria.
Yo quiero repetir, con torpe labio,
El rumor de esas voces peregrinas,
Que, del hombre soberbio para agravio,
Repercuten agrestes las colinas
Que circundan la *Gruta* misteriosa,
En que, con el desprecio más profundo,
En medio de la noche silenciosa,
Vino á la tierra el Redentor del mundo;
Y quiero que mi acento

Por el campo de Ruth vague sonoro,
Y que en las alas del ligero viento,
Como el celeste coro
De dulzura inefable,
Traspase de Judea las montañas,
Que en día inolvidable
Vieron de Herodes las terribles zañas,
Causa del triste lloro
De niños inocentes que morían,
A manos de soldados sin entrañas,
Que rancos repetían
El lúgubre lamento,
Expresión del amargo sufrimiento
De Raquel, que lloraba inconsolable
El destrozo que hacían,
Con furor execrable,
Y sus duelos prolijos
Publicaba, al mirar que no existían
Las prendas de su amor, sus tiernos hijos. (1)

Y no es hipocresía, ni arrogancia,
Si á impulso de un recuerdo dulce y tierno,
Como en los bellos días de mi infancia,
Que en el hogar paterno
Se deslizó serena,
Deseo remedar en mis cantares
El himno angelical de *Noche Buena*,
Pues si he cruzado los revueltos mares,
Y atravecé el desierto,

Expuesto á la inclemencia
Al marchar de Sion por los caminos,
Es porque en mi no ha muerto
De la primera edad la firme creencia
En los dogmas divinos,
Porque sin mengua hasta ahora he conservado
La fe de los antiguos peregrinos,
Y el amor invencible del cruzado.

Henchido de esa fe yo le pedía,
Con fervoroso anhelo,
Al *Infante* divino, que algun día
La dicha me otorgara y el consuelo
De visitar la tierra bendecida,
Donde amoroso quiso
Saborear la amargura de la vida
Del proscrito infeliz del Paraíso;
Y mi oración sentida
Escuchó desde el cielo,
Pues, al fin, con el alma estremecida,
Llegué de Palestina al santo suelo,
Y la campiña de Belén risueña
Despertóme la idea
De que ésta no se tuvo por pequeña
Al contar las ciudades de Judea.

Belén, la patria de *Noemi* la triste,
Que de *Moab* volviera,
Cuando su esposo amante ya no existe,

Alegre se levanta en la pradera
Que de verdor primaveral se viste,
Y está vecina al campo, do su nuera
Las espigas juntara,
Que eran del indigente el patrimonio,
Y al rico Booz, de estirpe tan preclara,
Obligara á aceptarla en matrimonio,
Saliendo de ese enlace prodigioso
Ilustres ascendientes
De David, ejemplar de penitentes,
Que llegó de pastor á rey glorioso,
Y que del Dios que abarca
Con su mirada el universo entero
Bailó delante el Arca,
Celebrando su gloria placentero. (2)

Después del triunfo del poder romano,
Con insolencia fatua,
Sobre la *Gruta* que adoró el cristiano,
El poderoso Emperador Adriano
De *Adonis* erigió la inmunda estatua;
Pero bien pronto la piadosa Elena
Por tierra echando el ídolo asqueroso,
A toda idea terrenal ajena,
Un magnífico templo alzó suntuoso,
Cerca del cual Gerónimo, olvidado
De la gloria mundana,
La Biblia comentó, siempre inspirado,
Y allí vivió también Paula romana.

La ciudad de David esclarecida,
Desde el primer instante,
Que se ofrece á la vista enternecida
Del viajero anhelante,
Contrastando el aspecto solitario
De la Ciudad deicida,
Apaga los recuerdos del Calvario,
Que embargaran el alma conmovida,
Pues su belleza inspira
Alegres pensamientos
Al corazón, que con delicia admira
De esa tierra sagrada los portentos.

Allí, desde los países del Oriente
Llegaron presurosos unos *Magos* (3)
A tributarle culto reverente
Al *Niño Dios*, que, extraño á los halagos
De la ciega fortuna,
Ocultaba sus gracias adorables.
Un pesebre teniendo como cuna,
Guarnecida de paños miserables;
Pero ellos que traían un tesoro,
Sin mirar la pobreza de la estancia,
Le ofrecieron, en arcas llenas de oro,
De aromas exquisitos la fragancia.
Y yo, como ellos, de región lejana,
La vista fija en la extensión esférica,
Y sólo guiado por mi fe cristiana,
De las remotas playas de la América,

He llegado, postrándome de inojos,
A ofrecerle al *Dios Niño* mi ternura.
Las lágrimas ardientes de mis ojos
Y de mi alma contrita la amargura.
Y, vertiendo en la *Gruta* solitaria
Los más puros afectos de mi alma,
He sentido, al concluir tierna plegaria,
Inefable consuelo, dulce calma.

Lo que en esos instantes piensa y siente.
Ante esa cuna, el corazón cristiano,
No lo traduce el labio balbuciente
Y es para el hombre misterioso arcano,
Porque en frágil redoma
La inmensidad no cabe,
Y de las almas el sublime idioma
Sólo el Eterno lo comprende y sabe.
Por eso al recordar esos lugares,
En que hay presentimientos de la gloria.
Oigo el rumor de célicos cantares,
Y contemplo la imagen ilusoria
De Jesús que en el seno de María
Recibe adoración de los Pastores,
Y con el alma de ternura llena,
En la embriaguez de mística alegría,
Repito balbuciente los loores
Del himno angelical de *Noche Buena*.



CANTO CUARTO.



NAZARET.



El tiempo, que en su rápida carrera
Hasta la lumbr e del recuerdo apaga,
Envolvería la creación entera
En noche triste, pavorosa, aciaga.
Si, por favor del cielo,
No existiera en el templo de la Gloria,
De la vestal cubierta con el velo,
Guardando aquella lumbr e fiel la Historia,
Pues ella removiendo la ceniza
De la inmensa necrópolis del mundo,
Y el polvo de los siglos, eterniza
El recuerdo y los nombres
De pueblos y naciones sin segundo,
Y de los grandes hombres,
Que, en la agitada evolución humana,

Obedeciendo al genio, que es divino,
Y sin cuidarse de la gloria vana,
Han realizado su feliz destino;
Y hace que las ciudades más famosas,
Mileto, Esmirna, Samos y Estagira,
Efeso, Atenas y otras, envidiosas,
Le disputen la dicha y la fortuna
De haber sido la cuna,
O al menos residencia,
De los reyes del canto y de la lira
Y de los grandes maestros de la ciencia.

Pero si alguna con razón merece,
Que entre otras muchas señalada sea,
Con inmortal renombre,
Es la humilde ciudad de Galilea,
La patria predilecta del Dios-Hombre:
Es Nazaret la burla y el proverbio
Del judío carnal que se figura,
En su ambición secreta,
Con las grandezas de Salén soberbio,
Que en aquella región remota, oscura,
Nada bueno saldrá, *ningún profeta*:
Es Nazaret que en la escarpada altura
Que el campo extenso de Iezrahel domina,
Se asienta, en primavera,
Coronada de flores y verdura,
Que mezclan su fragancia y sus aromas;
Y cuando el sol declina,

A lo lejos, parece cementera,
En que ha ido á posarse, peregrina.
Numerosa bandada de palomas.

Nazaret. cuyo nombre significa
Flor y pimpollo, es un vergel ameno,
Que el nombre justifica,
Pues bajo un cielo límpido y sereno
Vegetan descuidados
El almendro, el higuero,
El nopal, el olivo, el limonero
Y el sombrío ciprés y los granados;
Y van, por sus caminos tapizados
De verde cespced y pintadas flores,
Las espigas de Ceres
A recoger, del día en los ardores,
Sus gallardas y plácidas mujeres,
Que. si al concluir el día,
Concurren á la fuente,
Que hasta ahora llaman fuente de María,
La ánfora suelta en la cabeza airosa,
Atras flotante el velo de su frente
A impulso de la brisa vagarosa,
Bíblica escena á la mirada ofrecen,
O estatuas griegas en acción parecen.

En ese pueblo oscuro é ignorado
Se ocultaba doncella ruborosa,
Que había la existencia consagrado

DIRECCION DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

Al Dios de sus mayores, venturosa,
Y que, viviendo de su esposo al lado,
Virgen se conservaba, siendo esposa,
Pues él de su alma virginal y pura
En silencio admiraba la hermosura.

Allí fué do celeste mensajero,
En una noche espléndida y serena,
Cuando estaba en reposo el mundo entero,
Saludó con acento lisonjero
A la Virgen de Israel, *de gracia llena*;
Y la calmó, mirando que se asombra
Al oír su embajada,
Diciendo que el Espíritu del cielo
En ella haría su eternal morada.
Que con celeste sombra
La virtud del Altísimo, en el suelo,
La guardaría siempre inmaculada,
Y que el *Santo* que de ella nacería
Hijo de Dios, feliz, se llamaría.
Y ella con voz suave,
Con celestial sonrisa,
Que nuestra dicha sempiterna labra,
Del Arcangel Gabriel responde el *Ave*,
Diciendo candorosa:
“Hé aquí la esclava del Señor, sumisa,
“Hágase en mí conforme á tu palabra.”

Allí, después de prolongada ausencia,

De Egipto regresando á sus hogares,
Se deslizó tranquila la existencia
De la Sacra Familia, sin pesares,
Y en el pobre taller de un artesano
Creció Jesús, en la virtud austero,
Despreciado, talvez, del mundo vano,
Que el hijo le llamó del carpintero;
Y al terminarse las semanas de años
Que Daniel, el vidente, computara,
En presencia de propios y de extraños.
El sentido profético declara
Del libro de Isaías,
Anunciando, con tono de inspirado,
Que han venido los tiempos del Mesías,
Y que el reino de Dios se ha realizado.
Y en recompensa ciega muchedumbre,
De furor llena y de inclemente zaña,
Precipitarle quiso de la cumbre
De pavorosa, tétrica montaña.

A cada paso encuéntrase el viajero
Con lugares que están santificados
Por la presencia augusta del Cordero,
Que quita de este mundo los pecados,
Y sin quererlo siente
El corazón henchido de ternura,
Y dobla la rodilla,
Pues casi ve presente
La imagen de Jesús, dulce, sencilla;

Y acaso se figura
Que el eco de su voz lleva el ambiente.
Aún se percibe el misterioso encanto
Que en esos sitios, como suave esencia,
En el tendido manto
Del aura que murmura,
Derramó, sonriente, casta y pura,
La flor de Nazaret con su presencia.

Ese jardín de místicos olores,
Del mundo á las miradas escondido,
Nada profano en su recinto encierra,
Pues ocultos conserva, entre sus flores,
El hogar bendecido,
En que la Virgen-Madre, tierna y pía,
Al lado de Jesús, aquí en la tierra,
Disfrutó de los cielos la alegría,
Y el oscuro taller, en que, afanoso,
Con José trabajó, como si fuera
Descendiente infeliz del pueblo bajo,
Para darnos ejemplo provechoso
De que Dios ama la virtud sincera,
Que al hombre santifica en el trabajo.

Todo es sagrado allí, todo respira
Apacible quietud, calma profunda,
Que el pecho del creyente
De puro goce y de placer inunda,
Cuando en silencio admira

La caridad ardiente
Del que siendo Hijo del Eterno Padre,
La figura inmortal de su sustancia,
A una pobre mujer tiene por madre,
Respetando á José desde la infancia;
Y su recuerdo plácido acaricia,
Sintiendo el pecho de ternura lleno,
Y su labio bendice, con delicia,
El nombre de Jesús, *el Nazareno*.





CANTO QUINTO.



EL LAGO DE GENESARETH.



Los designios del Dios tres veces santo,
Que no comprende la razón mezquina,
La humanidad realiza, aunque rehacia,
Y el universo en tanto,
Reflejando la luz que la ilumina,
La luz inextinguible de la gracia,
Merece que, rompiéndose los velos
Del presentido, misterioso arcano,
Descienda, desde el cielo de los cielos,
El Verbo eterno, para hacerse humano,
Y que, causando asombro y alegría,
A los coros angélicos, consienta
De los hombres vivir en compañía
Y padecer por ellos muerte cruenta;
Y nosotros, cual Juan el bienamado,

Felices hemos visto
Su gloria, su humildad, su apostolado,
Y al Verbo de la vida hemos palpado,
Al Ungido de Dios, al que es su Cristo.

Mas no á todos es dado ver su gloria
Que vierte claridad en la conciencia,
Y vivir de su vida á toda hora,
Sino al que cree los hechos de su historia,
Que ama de sus virtudes la excelencia,
Y que en verdad y espíritu le adora,
Porque sólo la fe, la fe sincera,
Y el santo amor que el corazón depura,
Levantando las almas á otra esfera,
Donde la luz de la verdad fulgura,
Les hacen penetrar, en el momento,
El misterio que el sér guarda escondido,
Con la clarovidencia que el talento
Y el genio en sus visiones no han tenido;
Y les revelan, sin causar espanto,
Del Verbo hecho hombre la sublime idea,
De su existencia el inefable encanto,
Cuando anuncia á las turbas, que ha venido
El reinado de Dios, en Galilea.

Al recorrer la plácida ribera
De su apacible pintoresco lago, (1)
Que refleja el azul del firmamento,
El alma del cristiano ama y espera,

Sin poder sustraerse al dulce halago
Que embarga á su pesar el pensamiento;
Y percibe, en las vagas lontananzas,
De una figura humana la silueta,
Miraje de sus tiernas esperanzas,
La figura ideal del gran Profeta,
Que, en tiempos ya lejanos,
Sus aguas agitadas ó serenas,
Surcó en la pobre barca
De rudos pescadores, cuyas manos,
Curtidas por el sol y por el viento,
Han de llevar triunfantes la Santa Arca
De la Alianza del Nuevo Testamento.
Y piadoso imagina
Que escucha de Jesús el blando acento,
Que ve el encanto de su faz divina
Y el mágico poder de su mirada,
Que despide vivíficos fulgores,
Cuando con voz tranquila y sosegada
Llama á esos mismos rudos pescadores,
Para hacerlos Apóstoles leales,
De la nueva doctrina pregoneros,
Los pescadores de almas inmortales
Que en el Reino de Dios son los primeros;
Y los ve que, colmados de mercedes,
De dones celestiales,
Del joven Maestro cumplen el deseo,
Y abandonan sus barcas y sus redes,

Como Simón y Andrés, pobres obreros,
Los hijos del humilde Zebedeo.

De ese pequeño mar en las orillas,
Que ofrecen perspectivas deliciosas,
Los pasos de Jesús siguen inciertas
Las turbas; y los campos y las villas
En aquella región tan numerosas,
Se quedan solitarias y desiertas,
Porque todos se sienten atraídos
De su secreta poderosa influencia,
Que ha obrado sorprendentes maravillas.
Y ha dejado á los sabios confundidos
Con su sencilla, férvida elocuencia:
Y todos seducidos
Por el semblante dulce y apacible
Del que tienen algunos por vidente,
O por el más profundo de sus sabios,
Desean, con deseo irresistible,
Escuchar la palabra que, elocuente,
Modulan con unción sus puros labios.

No es el poder de la elocuencia humana,
Ni el prestigio del genio que fascina,
Lo que atre á la turba, que se afana
Por escuchar la celestial doctrina,
Porque la voz del hombre es siempre vana,
Y la influencia del genio al fin declina,
Y la verdad que enseña en su arrogancia

Es vacía, imperfecta, pasajera,
Que desfigura á veces la ignorancia.
Y la pasión á veces exagera;
Y la palabra humana más vibrante,
La más sonora y llena,
En el espacio apágase, al instante,
Y de un siglo á otro siglo no resuena.
Mientras que la palabra que seduce
Al pueblo que le sigue, por do quiera.
Encarna de Jesús el pensamiento,
De su alma pura la bondad traduce
Y engendra del amor el sentimiento:
Ella, con más dulzura y eficacia.
El profético acento reproduce,
Cuando resuena cariñosa y tierna,
Pues el germen contiene de la gracia
Y es la palabra de la vida eterna.

De esa palabra suave la energía
Nuevos ideales trae á la existencia,
Con la moral que le parece extraña
Al judío que necio desconfía
De la sublime ciencia,
Que predica Jesús en la montaña,
Cuando llama feliz al que carece
De los bienes que brinda la riqueza,
Al que tiene en ser casto su delicias,
Al pacífico, al manso, al que padece

Dura persecusión por la justicia,
Al que tiene hambre de ella, al que devora
Sus penas en silencio y triste llora. (2)

Y el Enviado de Dios no se contenta
Con desear el bien, sino que lo hace,
Y ante las turbas su virtud ostenta
Y en hacer lo que dice se complace.
Su voz impera y lanza los demonios,
Los muertos resucita,
Cura al enfermo, los dolores calma,
Y sus milagros dan mil testimonios
De que su fuerza oculta es infinita,
Pues tiene el dón de transformar el alma.
Y el joven Taumaturgo, que al servicio
Se consagra del pueblo que le aclama,
A los que sufren muéstrase propicio,
Y en sus heridas bálsamo derrama:
Y, á través de los velos de tristeza
Que encubren mal las ansias y agonías
Del que en las aras del amor se inmola,
El pueblo ve que cerca su cabeza,
Con el nimbo radiante del Mesías,
Del mártir abnegado la aureola.

De Isaís se cumple la escritura
Y una gran luz benéfica ilumina
De *Zabulón* y *Neftalí* la tierra,
Galilea gentil, que, en sombra oscura,

No viendo en Cristo la señal divina,
Ante El los ojos deslumbrada cierra;
Y arrancan á su pecho hondo suspiro
Corozain, Bethsaida y Cafarnaüm,
De ingratitud modelo y de indolencia,
Pues si Sidón y Tiro
Sus prodigios hubieran presenciado,
Del cielo recibiendo el beneficio,
Al punto hubieran hecho penitencia,
Llorando su pecado,
De ceniza cubiertas y cilicio.

¡Ay! de aquél que al influjo se resiste
Del *Ungido de Dios*, que esas ciudades
Castiga, convirtiéndolas en ruinas:
Decápolis cayó; tan sólo existe,
Al borde de su lago, *Tiberiades*,
Testigo de las cóleras divinas;
Pero feliz mil veces quien escucha,
En el silencio, á solas,
La palabra de vida
Que salva á Pedro, que cobarde lucha,
En medio de la mar embravecida,
Contra el furor de las inquietas olas:
Feliz, porque en la barca bendecida
Que al puerto lleva celestial piloto,
Encontrará por fin seguro asilo,
Y de este mundo por el mar ignoto

Hacia la patria bogará tranquilo.

A la orilla del lago delicioso
Que de *Genesareth* los altos montes
De su cristal retrata en los espejos,
He contemplado absorto y silencioso
Los serenos y claros horizontes,
Que, del sol moribundo á los reflejos,
Fingen, talvez, en óptica ilusoria,
Las místicas escenas de otros días,
Que infunden en el alma de la gloria
Las dulces y sublimes nostalgías;
Y al pensar que los mares de la vida
Con otros seres, que amo y me han amado,
Surcamos, caminando á sus extremos,
Dirigí al cielo mi oración sentida,
Y lleno de confianza yo he exclamado:
¡Sálvanos ay, Señor, que perecemos! (3)



CANTO SEXTO.



CANÁ DE GALILEA.



Quando el Creador formó en el Paraíso
Al sér humano sin maldad, sin dolo,
Darle una tierna compañera quiso,
Viendo que estaba solo,
Y el hombre enajenado,
Llegando de la dicha á los excesos,
Viéndola bella dice, con agrado,
Que es carne suya y hueso de sus huesos.
Y sintiendo nacer en su conciencia
Pensamientos de dulce simpatía
Convirtió, en su alegría,
En idilio amoroso la existencia;
Y ella débil, confiada,
Mostrándose sumisa,
Al bañarle en la luz de su mirada,

Le prodigó su virginal sonrisa,
Porque Dios, al formar esas criaturas,
Para su gloria iguales,
Previendo sus tristezas y amarguras,
Dió á la familia bases inmortales.

Es la familia institución divina
Y no invención humana,
Como pretende la razón mezquina,
Negando á Dios su gloria soberana:
Tiene, como la sociedad, su fundamento
En esa ley ineludible, eterna,
Que, rigiendo del mundo el movimiento,
Rige también la voluntad interna;
Y no hay amor más grande,
Una pasión más dulce y verdadera,
Que el amor que del hombre el alma expande
Cuando acepta ante Dios su compañera,
Que ocupa del hogar en el santuario
Un puesto distinguido,
Un altar que ha erigido
El afecto más tierno y voluntario.

Mas no siempre de amor el homenaje
Del mundo ha recibido,
Pues en un tiempo, por desgracia, ha sido
Objeto del escarnio y del ultraje,
Y á condición abyecta reducida,
Sin dignidad de esposa,

No fue del hombre la mujer querida,
Sino la esclava humilde y vergonzosa,
Vil instrumento del placer ardiente,
Que, el prestigio al perder de la hermosura,
Se veía de su dueño despreciada,
Y otras veces, con rostro indiferente,
Sin comprender de su alma la ternura,
Era, talvez sin causa, repudiada;
Y, lo que es aún más duro,
Para colmo de tantas aflicciones,
Vióse reclusa en el harén impuro,
Condenada á vivir sin ilusiones.

Pero llega el momento
En que Dios, apiadado
De tanto sufrimiento,
Hace venir al mundo depravado
A su Verbo divino,
Que cambia en el instante, por completo,
De la mujer el mísero destino,
Haciendo que, rodeada de respeto,
Tratada sea como esposa y madre;
Y cuando, al fin, al mundo reconcilia
Con el Eterno Padre,
Restablece el honor de la familia.

Al cumplir los treinta años
Deja Jesús su patria y sus hogares
Y recorre los campos y las villas

Consolando del pueblo los pesares,
Lamentando sus daños,
Sin obrar sorprendentes maravillas,
Hasta que un día, siendo convidados
El y los suyos, en Caná, á unas bodas, (1)
Obró un prodigio que dejó admirados
A los vecinos y á las gentes todas.
La Madre de Jesús allí presente,
Viendo que los licores han faltado,
Sin notarlo ni el mismo *Arquitriclino*,
Amable y sonriente,
Dice á Jesús, con tono sosegado:
“Hijo, no tienen vino;”
Y Él, con la mente absorta,
Fingiendo desoír la voz que implora,
Le replica: “Mujer ¿qué nos importa?
Aún no es llegada mi hora”;
Pero ella que confiada, no se apena,
Ni al practicar el bien siente fatiga,
A los criados ordena
Que no dejen de hacer cuanto Él les diga.

Y Jesús observando que allí había
Seis cántaros vacíos,
Que usaban cada día
En sus purificaciones los judíos,
Les manda que los llenen hasta arriba
Con agua de la fuente,

Que todos miran, con sorpresa viva,
En vino convertirse de repente:
Y al gustar complacidos
Del vino generoso,
Entre alegres aplausos repetidos,
En honor brindan del feliz esposo. (2)

Y ese primer milagro, realizado
Por las instancias de la Virgen pura,
En María á la madre dignifica,
Al sér que es más amante y más amado,
Que viviendo tan sólo de ternura,
En aras del amor se sacrifica,
Y coloca otra vez sobre su trono
A la mujer caída,
Que, olvidando del hombre el abandono,
De encantos llena su agitada vida:
Y desde entonces quiso
Jesús, que el mundo con su amor redime,
Que la casta María, con su hechizo,
Fuera de la mujer tipo sublime.

La mujer, desde entonces, redimida
Recobra su derecho
De hija y esposa y madre y soberana,
Y, al conservar inmaculado el lecho
De su nupcial amor, jamás olvida,
Que la mujer cristiana
Es el ángel que vela,

Con cuidados prolijos,
Por la paz del hogar, y sólo anhela
La dicha de su esposo y de sus hijos.

Y cuando el tiempo, en su fugaz carrera,
Marchita su hermosura,
Del hombre la constante compañera
En ángel de candor se transfigura,
Pues la hija amante, púdica, sencilla,
Que, en medio de la noche silenciosa,
Ante la Virgen-Madre se arrodilla,
Para orar conmovida y fervorosa,
Es para el padre anciano,
Que la contempla con semblante serio,
Un esplendor de la verdad cercano,
Que esclarece los velos del misterio,
Y le hace recordar, con suave encanto,
La edad de la inocencia,
Y arrancando á sus ojos dulce llanto,
Le hace adorar de Dios la Providencia.

Y hay todavía un ministerio santo
Que ejercer puede la mujer cristiana,
El de la Caridad, que con su manto
Cubre y abriga la miseria humana:
Ministerio feliz que la coloca
Del ángel en la esfera,
Cuando velada por modesta toca
Beneficios derrama por do quiera,

Y, cambiada en hermana cariñosa
De todos los que sufren en la tierra,
Lucha con el dolor, siempre animosa,
Sin temer el contagio, ni la guerra ;
Y llena de heroísmo
Recorre el mundo entero,
Que convierte también al cristianismo,
Pues del amor es santo misionero.

En Caná de la humilde Galilea,
Oyendo Cristo de su Madre el ruego,
Hace lo que desea,
Sin demorarse, luégo,
Para colmar de todos la alegría;
Y viendo á la mujer desprestigiada
Oprimida por negra tiranía,
Víctima triste del orgullo ciego,
Del amor purifica el sentimiento,
Y, en tan dichoso día,
Hace del matrimonio un Sacramento,
Que, enseñoreando la pasión profana,
Ha enaltecido á la familia humana.

La bondad de Jesús he bendecido,
En Caná, recordando su ternura
Por la mujer que mísera sufría
Los ultrajes del mundo corrompido,
Y cuya suerte dura
Cambió benigna, con su amor, María.



CANTO SÉPTIMO.



EL TABOR.



Todo en el mundo anuncia que ha llegado
La plenitud del tiempo del Mesías,
De todas las naciones tan deseado,
Que debía cumplir en su reinado
Lo predicho en las santas profecías,
Y, contra la esperanza y el deseo
De gloria terrenal que se figura,
En fervido entusiasmo el pueblo hebreo,
Se presenta un humilde galileo,
En un rincón de su comarca oscura,
Que de Judá el desprecio sobrelleva,
Diciendo, que el Espíritu del cielo
Sobre él ha descendido, y que le envía (1)
Para dar á los pobres buena nueva,
Redención al cautivo sin consuelo,

Y en medio de su noche tan sombría
Clara mirada al ciego miserable,
Para anunciar del galardón el día
Y que acerca el año favorable;
Y arrastra tras de sí las multitudes,
Que ansiosas, á toda hora,
Admiran sus virtudes,
Y escuchan su palabra seductora,
Presenciando, pasmados, los prodigios,
Que no obra por virtud de artes secretas.
Y dan á su persona los prestigios
Del *Ungido* que anuncian los Profetas.

Nada resiste al mágico atractivo
De la voz del Profeta Nazareno,
Que en el pueblo mantiene siempre vivo
El amor de lo bello y de lo bueno;
Pero á medida que su influencia crece
Se despiertan el odio y los rencores
De una clase social que le aborrece,
Porque ataca y condena sus errores,
Y, con la astucia propia de su raza,
De perderle abrigando el ruin deseo,
Emplean la calumnia y la amenaza
El escriba, el letrado, el fariseo,
Que, viendo que se atrae á las mujeres
Y trata con agrado al publicano,
Suponen que, viviendo en los placeres,
Demonio tiene y que es samaritano.

Jesús, empero, cuidadoso esconde
El rubor que en su frente han provocado
La calumnia procaz y la blasfemia,
“¿Quién de vosotros, manso, les responde,
“Me arguirá de pecado?”
Él, que otras veces la maldad comprende
Del fariseaico intento
Y á la mujer adúltera defiende,
Diciéndole á la turba que se arredra:
“Aquel que de vosotros esté exento
“De culpa, tire la primera piedra.”
Y huyendo del desdén y los ultrajes
De la infiel Sinagoga, y de su afrenta,
Hace por Galilea cortos viajes,
Llevando á sus discípulos, que alienta
Con su ejemplo sublime, cuando vela
Orando por las noches, solitario,
Y sus padecimientos les revela
Y las tristes escenas del Calvario.

Mas viendo que ellos llenos de ilusiones,
Acerca del Mesías prometido,
Se niegan á creer sus expresiones,
Que tienen un profético sentido,
Sus inquietudes calma,
Apagando el recuerdo en la memoria
Del vaticinio que entristece su alma,
Y les predice su futura gloria,
Prometiendo con tono persuasivo,

Que aliento presta al corazón inerte,
Que alguno de ellos no verán la muerte,
Sin que vean el reino de Dios vivo.

Y, después que algún tiempo ha trascurrido,
Toma consigo á Pedro y á Santiago
Y á Juan, que siempre fieles le han seguido,
Desde que con amor les ha escogido
De *Genezar* en el tranquilo lago,
Y á solas, apartados
De la agitada, inquieta muchedumbre,
Los lleva, para que oren retirados,
De un alto monte en la elevada cumbre. (2)
Y allí, delante de ellos,
Al orar con fervor se transfigura;
En un instante breve
Su faz se cambia y resplandece pura,
Más que del sol los fúlgidos destellos,
Y es su vestido blanco cual la nieve
Que cae del Hermon sobre la altura.
Y hé aquí, que con Jesús, que su alma expande,
Hablan, con voces suaves y discretas,
Moisés, de los Patriarcas el más grande,
Y Elías el mayor de los Profetas,
Y cuando éstos se apartan de su lado,
De una nube que baja presurosa
Sobre el monte sagrado,
Aumentando las claras refulgencias,

Sale una voz, que dice magestuosa:
“ Este que veis es mi Hijo muy amado,
“ En quien tengo feliz mis complacencias. ”

Y al sentir de esa voz grave y calmada
El poderoso hechizo,
Sobre la faz turbada
Los discípulos caen de improviso,
Hasta que el maestro pronto se aproxima,
Con marcha sosegada,
Y les dice con voz que les reanima,
“ Levantaos, por fin, no temáis nada. ”
Y ellos levantan la inclinada frente,
Y, dirigiendo en torno la mirada,
No ven á nadie más, allí consigo,
Sino á Jesús que calla, sonriente,
Después de ser de su pavor testigo.

El insondable abismo que separa
A la tierra del cielo,
Desaparece entonces, y se aclara
De los misterios el sombrío velo,
Y del género humano se figura
Entera la existencia, compendiada,
De aquella escena en la grandiosa historia:
Discípulos que viven vida oscura,
Almas que habitan celestial morada,
Y Jesús que rodeado de su gloria,
Con soberano modo,

Une á la humanidad el Sér divino,
Y en el Tabor se ofrece al mundo todo
Y á los siglos del tiempo venidero,
Mostrando al hombre su inmortal destino
Y el porvenir del universo entero.
La majestad del Cristo, aunque de lejos,
Los sentidos abrumba,
Pues la luz que le envuelve en sus reflejos
Es del Empíreo la delicia suma,
Do los ángeles moran
Con los seres que han ido tras sus huellas,
En la tierra al vivir cortos instantes,
Y ya en el cielo férvidos adoran
Sus perfecciones bellas,
De claridad vestidos, más radiantes,
Que el fulgor que despiden las estrellas.
Los reflejos brillantes
Del Cristo, en ese Monte,
Nos revelan las glorias de las almas,
Que, después de luchar en la existencia,
Disfrutan ya de un célico horizonte,
De la eterna Sión bajo las palmas,
Y el resplandor de la divina Esencia,
Que al pecador empedernido aterra,
Hacen brillar, al fin, sobre la tierra.

Ese monte, por siempre memorable,
Cual gigantesco pedestal se eleva,
Con sus flancos cubiertos de verdura,

Y es como el monumento perdurable
De la bondad de Dios, é impreso lleva
El sello de su amor á la criatura,
Porque es el teatro que Jesús elige,
Para ostentar su poderío inmenso,
Arbitro de la gran naturaleza,
Do, con la fuerza que los mundo rige,
Del porvenir rasgando el velo denso,
Hace ver de su gloria la grandeza:
Es el Tabor que en su aplanada cima
Perspectivas magníficas ofrece (3)
Al cansado viajero, que apetece
Largo tiempo gozar su dulce clima,
Y contemplar el bello panorama
De Galilea entera,
Con sus montes, sus bosques y llanuras
Y su azulado Lago, que la llama
Del sol en sus cristales reverbera,
Y da á las brisas sus esencias puras.

De allí se ve el *Cisón*, que se desliza
Por la llanura de *Esdrelón* famosa,
Y más allá *Gelboé*, que eterniza
La muerte de Saúl, tan lastimosa,
Y, aún más allá se pierde la mirada
Sobre una tierra estéril, sin florestas,
Y se miran de nieve coronadas
Del magestuoso *Libano* las crestas;
Y más lejos, más lejos todavía,

Alcanza la mirada sorprendida,
A favor de las luces que difunde
El luminar del día,
La frente del *Hermón* encanecida,
Que con las nubes casi se confunde,
Lo mismo que á otro lado, bajo un cielo
De extrema limpidez, y más cercano,
El monte se descubre del *Carmelo*,
Y al fin del horizonte, el Oceano.

Absorto al contemplar tanta belleza
Olvidaba, en mi dulce arrobamiento,
Mi humilde condición de peregrino,
Y ambicioné, tal vez con ligereza,
La inspiración del poeta de Sorrento
O los pinceles de Rafael de Urbino,
Para poder copiar, con osadía,
Del Tabor los sagrados esplendores,
En cantos de dulcísima poesía,
O en lienzos de magníficos colores.
Mas dominando el entusiasmo ardiente
De mi exaltada, inquieta fantasía,
En actitud piadosa y reverente,
Posé en la tierra mi abrasada frente,
Evocando, con plácida alegría,
Las escenas que en ellas se han pasado,
Reveladoras de la eterna vida,
Y con mi labio impuro yo he besado

El polvo que otra vez ha sido hollado
Por la planta del Cristo bendecido.

Esa dicha que el alma soñadora
Deseaba realizar con santo empeño,
No es la ilusión fingida de un ensueño,
Sino una realidad consoladora,
Que mi espíritu ardiente transfigura
Al recordar los célicos destellos
Que la persona de Jesús fulgura,
Para alumbrar los corazones bellos,
Y hace que el alma piense conmovida,
Olvidando las dichas transitorias,
Que después del Calvario de esta vida
Está el Tabor de las eternas glorias.



CANTO OCTAVO.



EL MONTE CARMELO.



Al principio, de Dios la Omnipotencia,
Fecundando el abismo de la nada,
Creó el cielo, que llenó con su presencia,
Del firmamento azul la transparencia
Y la tierra de aromas inundada,
Que, en dulce somnolencia,
Al despertar del sol á las caricias,
Debía ser la espléndida morada
Del hombre, que vería su existencia,
En horas tan propicias,
Deslizarse tranquila y descuidada,
En un jardín de plácidas delicias;
Y fué el Edén la bella residencia,
La mansión encantada,
En que quiso la sabia Providencia

Darle por compañera, inmaculada,
A la mujer que llena de inocencia
Su frente iluminó con su mirada;
Y que después, con pérfida insistencia,
En hora desgraciada,
Le hizo faltar, ingrato, á la obediencia
Que le impusiera voluntad sagrada,
Atrayendo sobre ellos la sentencia
De la justicia airada,
Que les obliga, en mísera indigencia,
A abandonar su cuna, perfumada
De las primeras flores con la esencia,
Y habitar en la tierra desolada,
Do vagará su pobre descendencia,
Del cielo por su culpa desterrada.

Desde entonces la tierra, antes tan bella,
Se ofrece siempre á los cansados ojos
Del hombre triste, en su aridez, marchita,
Porque, apagada del Criador la huella,
Produce espinas, nada más, y abrojos,
Que cubren toda su extensión maldita;
Y si él derrama, como lluvia fresca,
En el surco que rompe con su mano,
De su frente abrumada los sudores,
Apenas logra que germine y crezca
La verde espiga que contiene el grano,
Que, en premio de sus rústicas labores,

El sustento preciso acaso ofrezca,
Y las pintadas flores,
Que, en venturoso día,
Coge para tejer, con alegría,
La corona nupcial de sus amores:

Desde entonces fatídica y sombría
La humanidad avanza,
Devorando en silencio los dolores,
Y, entre las sombras de su noche fría,
Sólo entrevé la luz de una esperanza,
Que, á través de magníficos fulgores,
Diseña la simpática figura
De una mujer de espléndida hermosura,
La misma de quien habla la promesa
De la Palabra santa,
Que, llena de inocencia y de pureza,
Ha de quebrar con su ligera planta
De la antigua serpiente la cabeza.

En cuarenta centurias, las naciones
Han vivido tan sólo de esa idea,
Que han conservado antiguas tradiciones,
Y ahuyenta del error la sombra oscura,
Disipando mentidas ilusiones;
Pero entre todas la nación hebrea
Su memoria conserva siempre pura,
En su *Sagrado Libro*, en sus canciones,
Y al oír sus Profetas se recrea,

Cuando cantan sus místicas visiones,
Porque en ellas la imágen resplandece
De una doncella tierna y seductora,
Que á su mirada extática aparece,
Con el fulgor de la naciente aurora,
Bella como la luna,
Como el sol, esplendente y luminosa,
Terrible cual ninguna,
Pues, con poder secreto,
Su majestad graciosa
Las potestades del infierno acalla,
Como al contrario infúndele respeto
Un ejército en orden de batalla.

Para pintar su virginal belleza,
Del Oriente agotando la poesía
Y los nombres más dulces de su idioma,
De la palma le dan la gentileza,
Del ciprés de Sión la gallardía,
Y el mirar de la cándida paloma;
Y, al contemplarla bella y ruborosa,
De su amor en el plácido delirio,
Comparan su hermosura
De Jericó á la rosa,
De sus praderas al fragante lirio
Y á la azucena de sin par blancura.
Y entre todos hay uno que levanta
Mas alta la mirada y, con loores

Que traspasan los montes y los mares,
Celebra su belleza, y tierno canta
Un idilio de místicos amores
A la *Esposa* feliz de los *Cantares*.

Y otro también, quizás el más austero
De todos los Videntes
Del pueblo de Israel, tiene intuiciones,
Que, recreando su espíritu severo,
Le hacen ver al *Deseado de las gentes*,
Que cumplirá de aquél las bendiciones:
Es Elías, el hombre prodigioso,
De los poetas sagrados el gigante,
Que observa del Señor las santas leyes,
Y, con aspecto grave y magestuoso,
Se impone al pueblo rudo é ignorante,
Y hace que tiemblen á su voz los reyes:
Es del pueblo escogido el gran tribuno,
Que las venganzas de Jehová fulmina,
Que, oyendo en su interior voces secretas,
Y celoso de su honra, cual ninguno,
Con fuego de los cielos extermina
A los falsos profetas:
El mismo que después, al punto, luego
Que cumple su destino de inspirado,
En un carro de fuego,
Se mira en el espacio arrebatado.
El mismo, cuyo ruego
Del firmamento las esclusas cierra,

Impidiendo que caiga hasta el rocío
En la sedienta tierra,
Para castigo del soberbio impío.
Y que tranquilo sube,
Para orar, á la cumbre del Carmelo.
Y ve en el horizonte blanca nube
Que del fondo del mar se eleva al cielo,
Y es, sin duda, la poética figura
De la mujer al mundo prometida,
De la virgen que pura,
Al fin, le trae la salud perdida,
Cuando lluvia benéfica derrama
Sobre ese monte que su amor proclama. (1)

Desde entónces de Elías la existencia
Es éxtasis dulcísimo y divino.
Y su clara mirada
Ve del cielo, en la suave transparencia,
El semblante agraciado y peregrino
De la *Virgen*, por siempre inmaculada;
Y si enseña, con bíblica elocuencia,
De los *Profetas* en la santa *Escuela*,
Es que constante anhela
Trasmitirle la ciencia,
Que la misma Señora le revela,
Con la luz de su célica presencia,
É inspirarles el dulce sentimiento
De su acendrado amor hacia *María*,
Para que canten, con sonoro acento,

Sus gratas alabanzas noche y día,
Hasta que cumple su piadoso intento
De fundar la devota compañía
De austeros cenobitas,
Que, en la sima de un monte solitario,
Custodian el Santuario,
En que derrama gracias infinitas.

La célebre *Cabeza de esc Monte*,
De encanto en la Escritura tan notorio,
Avánzase del mar en la llanura,
Que á lo lejos termina el horizonte.
Formando un promontorio,
Cubierto de oñorífera verdura
Y perfumadas flores,
Que realzan la nítida blancura
Del bello monasterio,
Donde los hijos del austero Elías
Olvidando del mundo los rumores,
Repiten las sublimes armonías,
Que del Profeta-Rey vibró el salterio,
Y suaves van, como en mejores días,
Del templo en las suntuosas galerías,
A perderse en las sombras del misterio.

Todo es tranquilidad, paz y delicia
En la cúspide erguida
De la santa Montaña,
Que la brisa en las tardes acaricia.

En tanto que la mar adormecida
Su extensa base silenciosa baña;
Y mientras los sentidos se embebecen,
En la apacible calma
De esa hermosa y sin par naturaleza,
Los recuerdos terrenos se adormecen,
En el fondo del alma,
Que la ideal belleza
Evoca de la Virgen candorosa,
Que del Carmelo en la sagrada altura
Ha colocado el trono de su gloria,
Para irradiar us luz esplendorosa, (2)
Entre las sombras de la noche oscura
De esta vida mortal y transitoria.

A favor de esa luz, que el orbe alumbrá,
En el trascurso de los siglos lento,
Con claridad serena,
Del error se disipa la penumbra,
Y descubre al humano pensamiento,
Aunque siempre con pena,
Los horizontes claros y apacibles,
Que se cerraron ante Adán proscrito,
Y que ya no permanecen invisibles
Al que tiene la fe de lo Infinito.
Y un rayo de esa luz suave y tranquila,
Que profusa inundó las almas puras
De Juan y de Teresa,
De la mía alumbrando la pupila,

Las amenas alturas
De ese Monte de espléndida belleza
Trasformó de improviso,
No con las galas del mezquino suelo,
Sino con el fulgor del Paraíso,
Que hace que sea compendiado cielo
La sagrada montaña del Carmelo.



CANTO NOVENO.



EL POZO DE LA SAMARITANA.

(SIQUEM)



En el país hermoso de Samaria,
Que extiéndese entre el férvido Océano,
El Jordán y la fértil Galilea,
Se levanta Siquem, que fué contraria.
En un tiempo lejano,
De la Santa Ciudad de la Judea:
Entre el *Hcbal* y *Garizim* se eleva,
En un bosque de flores,
Cuyas esencias delicadas lleva
El aura que murmura sus amores,
Y hasta el día descuella
Entre todas las bíblicas ciudades,
Pues ninguna, como ella,
Ha vencido el rigor de las edades;

Y el aspecto romántico que ofrece,
Despierta en la memoria
El recuerdo que nunca se oscurece,
De las santas escenas de su historia. (1)

El campo de Jacob, que está cercano,
Recuerda que Abrahán, sumiso al cielo,
Dejando abandonados sus hogares,
Allí llegara ufano
A levantar su tienda, en ese suelo,
En que erigiera su piedad altares,
Donde después aquél, ya de regreso
De la Mesopotamia, le dió nombre;
Y que de allí, de la ira en el exceso,
Que tanto mengua la razón del hombre,
Simeón y Leví se encaminaron
A la ciudad vecina,
Para dar muerte á aquéllos que ultrajaron
A la curiosa y desgraciada Dina.
Allí llegó José que en seguimiento
Iba de sus hermanos,
Que llenos de mortal resentimiento,
Sin compasión, vendiéronle inhumanos;
Y allí se ve, hasta el día,
La tumba venerada
En que se guarda su ceniza fría,
Que fuera del Egipto trasladada.

Ese campo espacioso,

Que de flores se cubre en primavera,
Conserva aún el Pozo,
Que Jacob, el Patriarca, construyera
Para él y su ganado,
En época lejana,
Y que después por todos se ha llamado
De la Samaritana,
A causa del coloquio del Mesías
Con la mujer dichosa
Que, comprendiendo, al fin, las profecías,
Anunció á Cristo en su ciudad, gozosa.

Los odios y rencores
De los samaritanos y judíos,
Datando desde tiempos anteriores,
Cada día cobraban nuevos bríos ;
Y con todo, Jesús, el Nazareno,
Por Samaria camina,
Y, á los prejuicios de su raza ajeno,
Enseñar quiere su inmortal doctrina;
Y viniendo cansado
Al brocal de esa Fuente,
Por la sed acosado,
Le dice dulcemente
A una mujer, que llega en ese instante.
“De beber dame;” y ella le replica,
Con acento arrogante,
Talvez de mala gana,

Que su extrañeza explica:

“¿Cómo, siendo judío,

“A una samaritana

“Le pides de beber, si, con desvío,

“Nos veis como profanos

“Y nos burláis por ser samaritanos?”

Y Jesús le responde, con dulzura,

“Si el dón de Dios, por dicha, conocieras,

“Y quién te pide de tu linfa impura,

“De la gracia cautiva,

“De beber le pidieras,

“Y el, por cierto, daríate agua viva:”

Mas ella le responde,

“¿Siendo tan hondo el pozo,

“Con qué la sacarías?

“¿Dónde está esa agua de que me hablas, dónde?

“¿Eres, acaso, tú más poderoso

“Que Jacob, nuestro padre, que, en sus días,

“Este dón nos hiciera tan valioso?

Jesús para elevar el pensamiento

De esa mujer le dice:

“El que tu agua bebiere,

“Tendrá sed otra vez y ciento y ciento;

“Pero á aquél que felice

“De la mía le diere,

“Ya no tendrá más sed seguramente,

“Pues mi agua prometida

“Llegará á ser inagotable fuente,

“Que salte siempre hasta la eterna vida;”
Y ella, engañada, en su ilusión prosigue,
“Dame, Señor, de esa agua bendecida,
“Que los ardores de mi sed mitigue.”

Y viendo que Jesús ha sorprendido
El pasado azaroso
De su existencia inquieta,
Al decirle que vive sin marido,
Exclama con acento pavoroso,
“Señor, tú eres profeta:”
“Nuestros padres, añade, sin demora,
De Garizím mostrándole la altura,
“Adoraron allí, como nosotros;
“En tanto que el judío sólo adora
“Allá en Jerusalén, la única pura,
“Según decís vosotros.
“Créeme, mujer, le dice, viene la hora
“En que ya el Padre no será adorado,
“Aunque parezca la mudanza extraña,
“Ni allá en Jerusalén, como ha mandado,
“Ni en la cumbre fatal de esa montaña.
“Vosotros, del error en los extremos,
“Adoráis lo que os es desconocido,
“Nosotros con la Ley hemos cumplido,
“La Verdad adorando que sabemos,
“Pues la salud, que prometida tiene
“El Dios de Israel, de los judíos viene.

“Y hé aquí llegada la hora; y, sin temores
“De equivocarse, el universo entero
“Dará al Padre Común adoradores,
“Que le tributen culto verdadero;
“Y Él sólo busca adoradores leales.
“Es espíritu Dios, Verdad eterna,
“Y sólo quiere adoración interna
“De los seres que son espirituales.
Y ella prorrumpe, en voces armoniosas:
“Yo sé que va á venir luego el Mesías,
“Y cuando lleguen tan felices días
“Nos va á anunciar, por fin, todas las cosas;”
Y Jesús, revelándose á su alma,
Después de ser de su ansiedad testigo,
Con blando acento, dícele con calma:
“El Mesías soy yo, que hablo contigo.” (2)

Ese encuentro casual en apariencia,
El servicio exigido,
La íntima conferencia
Acerca del Mesías prometido,
A Jesús dieron la ocasión deseada,
Que había ya previsto,
De revelarse á la interior mirada
De esa mujer, como el deseado Cristo.
Él mismo es el *Deseado*
De todas las naciones,
El Profeta en Samaria reclamado,
El Rey por los judíos esperado,

Objeto de inspiradas predicciones:
Así lo dice con su voz calmada
A la tierna y sensible pecadora,
Que se siente al instante trasformada,
Con sólo su presencia bienhechora ;
Y con su agua la abreva,
Cuando ella la reclama,
Y su manchado corazón renueva
De su Espíritu ardiente con la llama.

A ese Espíritu santo, que procede
Del seno de Dios mismo,
Conocerle no puede
La razón que se espanta ante ese abismo,
Mas su efecto se siente,
Cuando él nos solicita,
Cuando, inundando el alma del creyente,
Calma su aspiración, que es infinita :
Agua viva, de clara transparencia,
Que brota en las alturas de los cielos,
Vivifica en la tierra la conciencia,
Y va á perderse tras celestes velos.
Del hombre mitigar la sed ardiente,
Con esa agua que es viva,
Es la misión del Redentor divino:
El es de esa agua misteriosa fuente,
Que la bondad del cielo, compasiva,
Abre del mundo en el erial camino ;

Y Él en la tierra funda
La Religión eterna, el culto puro.
Y con luces vivílicas inunda
De la vida mortal el antro oscuro.

Yo también he llegado. con premura,
A esa Fuente sagrada,
Que entre unas ruinas silenciosa brota,
Y por calmar de mi alma la amargura
Humedecí mi frente acalorada,
Sus aguas saboreando, gota á gota:
Y le pedí á Jesús, con fe sincera,
En mi plegaria tierna,
Que el dón divino conocer me hiciera,
Dándome el agua de la vida eterna.



CANTO DÉCIMO.

JERUSALÉN.

Después de caminar, en noche oscura,
En Palestina por la vez primera,
Subiendo de Judea por los montes,
Al despuntar del alba la luz pura,
Alcancé, en perspectiva lisonjera,
De la Santa Salem los horizontes:
Y al divisar sus muros elevados,
Sus cúpulas, sus torres, sus almenas,
Repetí, conmovido,
El grito que lanzaron los Cruzados,
Al triunfar de las huestes Sarracenas,
En el mismo lugar: *¡ Dios lo ha querido !*
Por fin, ante mi vista

Destacóse la Reina del Oriente, (1)
Visión de paz, ensueño del artista,
Y aspiración suprema del creyente :
La ciudad bendecida,
Que de Melquisedec fué residencia,
Que se alza sobre el *Moria*,
Del Rey—Profeta la mansión querida,
Que, en otro tiempo, llena de opulencia,
Mostró de Salomón la excelsa gloria :
La hija de Sion, la santa,
Que celebró de vírgenes el coro,
Que en sus visiones el profeta canta,
Y arrancara á Jesús acerbo lloro.

Al penetrar por una de sus puertas
En su recinto augusto,
Por sus calles desiertas,
Me encaminé, con el semblante adusto,
En busca del magnífico Santuario,
Que la madre del grande Constantino,
La Emperatriz Elena,
Construyera, en el Monte funerario,
Sobre el Sepulcro de Jesús divino,
De fe animada y de esperanza llena ;
Y, al visitar piadoso los lugares
Testigos del martirio del Mesías,
Olvidé mis recónditos pesares,
Y, trasportado á los antiguos días,
Medité largo rato,

Oculto en entre las sombras de ese Templo, (2)
En el dolor que por el hombre ingrato
Jesús sufrió, para ofrecer ejemplo.

Después, llena la mente
Con la idea del Mártir del Calvario,
Recorrí de la *Vía Dolorosa*
Las *Estaciones* todas, reverente, (3)
Donde el pueblo nefario
Presenció su agonía lastimosa.
Y vi el lugar del *Pasmo*
De la Virgen, doliente y angustiada,
Que acaso provocara el cruel sarcasmo
De la insolente turba amotinada,
Y el sitio del palacio
De la mujer piadosa, que, en un lienzo,
La copia viera del semblante lacio
Del Cristo, presa de dolor inmenso;
Y vi también el sitio do, agoviado
Bajo la Cruz el inocente Reo,
Obligara aquel pueblo despiadado
Á prestarle su ayuda al *Cirineo*,
Y el *Arco del Ecce Homo*,
Donde á Jesús, de espinas coronado,
Mostrara, sin aplomo,
Pilatos por la duda acongojado,
Y el palacio de Herodes, do tratado
Fué cual rey irrisorio,
Lo mismo que el *Pretorio*,

Donde fué sin clemencia flagelado.
Y en todos esos sitios, que el cristiano
Reverencia y adora,
Mi espíritu elevé sobre lo humano,
En alas de la fe consoladora.

De la Santa Sion en la colina
Recordé, con tristeza,
Su alcázar de hermosura peregrina,
Su pasado esplendor y su grandeza,
La pompa de sus fiestas,
Alegres con los cánticos sagrados,
Y sus bellas florestas,
Sombreadas de cipreses elevados,
Bajo los cuales el Real-Profeta
Arrancara al Salterio
Las dulces notas, que ningún poeta
Ha podido imitar, pues el misterio
Revelaban al hombre
Del amor infinito
Del Dios de sus mayores, cuyo nombre,
Con fuego, Él mismo en el espacio ha escrito.

Y, entrando en la Mezquita
Que en el sitio se eleva del *Cenáculo*,
Recordé que esa tierra fué bendita
Por el sagrado Oráculo,
Cuando *Monte de Dios* á Sion proclama.

Y que cumpliése, al fin, la profecía,
En el momento en que Jesús la llama
Hizo brillar de caridad ardiente,
Al instituir la Santa Eucaristía,
Que recuerda su amor eternamente.
Y en el lugar vecino,
Donde, escuchando el fervoroso ruego,
Descendiera el Espíritu divino,
Como en lenguas de fuego,
Bendije las bondades
Del Sér Eterno que, de tal manera,
Derrama sus celestes claridades,
Para alumbrar la humanidad entera.

Y al contemplar la tumba silenciosa
Que guarda de David fría ceniza,
Creí escuchar de su arpa melodiosa
Los sublimes acordes, que la brisa
Aún hace resonar en la montaña,
Á toda hora del día,
Cuando, vertida en una lengua extraña,
Recita el monje tierna salmodía;
Y ambicioné, que mi insonora lira
Ensayara, siquiera,
Reproducir el eco, en que áunsuspira
Del Rey salmista la piedad sincera.

Y luego, dirigiéndome á otro lado,
Del *Moria* caminé por la eminencia,

Allí do Abrahán de pena traspasado
Iba á inmolar á Isaac, por obediencia,
Y en la que se alza ahora
La Mezquita de Omar, que hace la gloria
Del musulmán creyente, que allí adora
De su falso Profeta la memoria.
É imaginé la gran magnificencia
Del Templo que el Rey Sabio construyera,
Y en la *Dedicación*, con su presencia,
De Dios llenó la majestad severa ;
Donde más tarde, férvido y sereno,
Predicó su doctrina
Á la Nación hebrea el *Nazareno*,
Profetizando su cercana ruina ;
Y, olvidando el recuerdo doloroso
De su destino vario,
Me alejé de ese sitio pavoroso,
En que se alzara de Jehová el Santuario.

Y, con paso inseguro,
Llegué al lugar do lloran los Judíos, (4)
Junto al antiguo muro,
En que los viernes, tristes y sombríos,
Lamentan, en sus lúgubres cantares,
La soledad extrema
Del pueblo que, sin templo y sin altares,
Errante arrastra vida de anatema,
De su negra perfidia
En condigno castigo,

Pues, lleno de pesares y de envidia,
De la gloria del Cristo es el testigo.

Errante yo también, mas con fe viva
En mi adorado Cristo,
De la que Reina fué, y ahora es cautiva,
Las tristes ruinas por do quier he visto,
Y, derramando lágrimas copiosas,
Cual otro Jeremías,
Lamenté, con sus vírgenes hermosas,
La lobreguez de sus desiertas vías;
Y, cuando eché de menos
El júbilo, la pompa y la alegría
De sus solemnidades,
Quise exhalar, en doloridos trenos,
De mi alma la mortal melancolía,
Inmensa, cual sus vastas soledades.

Ahora Jerusalén sufre infelice,
La Señora que fué de las naciones,
Desolada, desierta y solitaria,
Cuanto el Profeta de Anathoth predice,
En sus lamentaciones,
De nación extranjera tributaria;
Y de Judá los tristes descendientes,
Errantes y dispersos por el mundo,
Sin encontrar la paz entre las gentes,
Arrostran el desprecio más profundo,
Y, hallando por do quier perseguidores,

En el trascurso de los siglos todos,
Con frecuencia han sufrido los rigores
De continuados, múltiples *exodos*.

La heredad del Señor abandonada
Expía el gran delito,
Siendo por los Romanos arrazada,
Bajo el mando de Tito,
Y su Templo famoso ;
En cuyas ruinas ni aún se cría yedra,
Reducido á un estado lastimoso,
Ya no conserva piedra sobre piedra,
Porque, al fin, se ha cumplido
De Jesús la tremenda profecía,
Por no haber conocido
La infiel Ciudad de su visita el día.

De todas las ciudades
Que incansable la historia inmortaliza,
Ninguna, del Planeta en las edades,
Padeció, como Sion, calamidades,
Que su asolado suelo patentiza,
Pues diez y nueve siglos ha pasado
Sufriendo de la suerte los reveses,
Y, escarnecida siempre, ha devorado
De indignación la copa, hasta las heces,
Siendo teatro sangriento
Su sagrado recinto y sus murallas,

Do el cristiano ardimiento
Libró contra el *Islam* recias batallas;
Y el irritado Cielo,
Sin compasión ninguna,
Para aumentar su amargo desconsuelo,
Hace que, en noche de dolor y duelo,
Brille en Jerusalén la *Media Luna*.

Mas el Señor tendrá misericordia,
Al ver sus aflicciones,
Y, al recordar su Alianza de concordia,
Juntará de Israel las dispersiones.
Y, cesando el estruendo de la guerra,
No verá el hombre al hombre como extraño,
Pues todos formarán sobre la tierra,
Bajo un solo Pastor, solo un rebaño ;
Y entonces de la Tierra prometida
Y del Orbe será la soberana
Jerusalén, que alegre y conmovida,
De paz entonará sublime Hosanna.

Yo espero confiado
De la Santa Escritura el cumplimiento,
Cuando Jesús, de gloria circundado,
Inundando de luz el firmamento,
Al mundo baje, por la vez postrera,
Para llamar á juicio
Á la raza de Adán, que causa fuera
Del dolor de su tierno sacrificio:

Y pienso con delicia
Que, ya cubierto por luciente veste,
Recibiré del Cristo la caricia,
En la alegría de la Sion Celeste.





CANTO UNDÉCIMO.

BETANIA, — EL SEPULCRO DE LÁZARO.

Naturaleza tierna y delicada,
Sencilla como un niño,
Sin hiel, sin amargura,
Es la mujer que cumple, resignada,
Su misión en la tierra, y de cariño
Quiere vivir no más y de ternura:
Alma bella, escogida,
Proscrita acaso en el sombrío suelo,
Que, al endulzar nuestra azarosa vida,
Nunca ha dejado de mirar al cielo:
Espíritu, talvez, que desterrado
Su regreso retarda,
Para ayudar al hombre desgraciado,

Como si fuera el ángel de su guarda.

Vela del niño la tranquila cuna
Y á Dios eleva férvida plegaria,
Pidiendo que voluble la fortuna
No se muestre contraria,
En el curso fatal de la existencia ;
Lo mismo que, velando cuidadosa
Junto al lecho del pobre moribundo,
Pide con fe la paz de la conciencia,
Haciendo, con su amor, menos penosa
La eterna despedida de este mundo ;
Y cuando el alma vuela,
Huyendo de la carne el cautiverio,
Y busca lo Infinito, siempre vela,
Pensando de la tumba en el misterio.

La mujer que vivía degradada,
En el tiempo infeliz del gentilismo,
Se siente renacer transfigurada
Por la influencia social del Cristianismo.
La envilecida esclava
En regio solio majestad ostenta,
Porque el Bautismo con sus aguas lava
De su pasado la oprobiosa afrenta,
Y en su sien abatida,
Cuando Jesús la abona
Cambiando el horizonte de su vida,
Ciñe triple corona :

La guirnalda de virgen, de azahares,
De esposa la corona apetecida,
Y de amorosa madre la diadema,
Pues ella ejerce siempre en los hogares,
Con su dulzura, potestad suprema.

La Virgen de Israel, tan casta y pura,
La Esposa inmaculada,
La Madre amable, la sin par María,
Siendo el tipo ideal de la hermosura,
Trasunto fiel de la Belleza increada,
Que forma de los cielos la alegría,
Es el honor de nuestra triste historia,
De gracia ejemplo, de virtud modelo,
Del sexo femenino prez y gloria,
De la doliente humanidad consuelo ;
Y al mundo hace patente
La influencia bienhechora,
El predominio suave, el ascendiente
De la idea del Cristo redentora.

Cuando Él, vestido de la carne humana,
Enseñaba á los hombres su doctrina,
Que bendice el dolor y el sufrimiento,
Huyendo siempre la grandeza vana,
Con su gracia divina,
Al débil daba aliento,
Consolaba su pena,
Y tierno se atraía á las mujeres,

Que, imitando á la hermosa Magdalena,
Y á la ferviente Juana,
Despreciaron del mundo los placeres,
Por seguirle también como Susana. (1)

Venturosas mujeres fueron esas,
Que siguiendo los pasos del Mesías,
De su labio escucharon las promesas
Del goce de perpetuas alegrías,
Pues ninguno, como ellas,
Ha sentido las místicas fruiciones
Que sus palabras bellas
Causaban en sus tiernos corazones;
Y entre todas había,
En la humilde Betania, dos hermanas, (2)
Que eran Marta y María,
Con la amistad del Maestro siempre ufanas,
Las cuales, con el alma contristada,
Por la salud de Lázaro, su hermano,
Que estaba quebrantada,
Sabiendo que reside en país lejano,
Que está vecino al yermo,
Le mandan á decir en su embajada:
Mira, Señor, que el que amas está enfermo.

Y Jesús que conoce lo futuro,
Á los suyos advierte,
Que hay que poner á la tristeza dique,
Y les dice seguro:

“La enfermedad que anuncian, no es de muerte,
“Sino para que Dios se glorifique.”
Y después que han pasado
Dos días, les explica,
Que es preciso volver á la Judea;
Mas ellos, con espíritu apocado,
Que su flaqueza indica,
Tratan de disuadirle de esa idea.
El empero, venciendo sus temores,
Les dice, al ir inerme
Á desafiar del pueblo los furoros :
“Lázaro, nuestro amigo, ahora duerme”.
Y El hablaba de muerte y no de sueño,
Como ellos lo pensaron, esperando
Que muy luego estaría ya despierto ;
Pero El añade, plácido y sereno,
Y con acento blando :
“Lázaro está ya muerto ;
“Y yo me alegro de mi breve ausencia,
“Porque ella afirmará vuestra creencia.”

Y al llegar, de la turba acompañado,
De Betania á las tristes cercanías,
Anúncianle que hacía cuatro días,
Que Lázaro ya estaba sepultado ;
Y sabiéndolo Marta va, de cierto,
Á encontrarle, y le dice, siempre ardiente :
“Señor, no hubiera muerto
“Estando tú presente”,

Y continúa luego,
Con la expresión de la confianza ciega,
“No obstante, yo sé bien que Dios no niega,
“Lo que le pide tu amoroso ruego”.
— “Revivirá tu hermano”,
Jesús le dice con semblante austero,
Pues el sombrío arcano
Á esclarecer empieza.
“Creo que va á resucitar, firme lo espero”,
Replica la infelice, con viveza,
“En el día postrero”;
Y El, mandando á su mente oscurecida
Ideas luminosas,
“Soy la Resurrección, yo soy la Vida,
Le dice á Marta: ¿crees en estas cosas?”
Y ella, sintiendo insólito atractivo,
Exclama conmovida:
“Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.”

Y llamando á María, que padece
Pena desgarradora,
En su espíritu Cristo se estremece,
Y compasivo llora;
Y llegando á la tumba en que reposa
Aquél que amaba tanto,
Manda quitar la losa
Que la puerta cubriera;
Y conteniendo el llanto,
Que humedeciera su semblante pulcro,

Salir de allí le impera,
Y Lázaro abandona su sepulcro. (3)

Aquél que da la vida y que la quita,
Con sólo su presencia
Al hermano de Marta resucita,
Llamándole de nuevo á la existencia,
Para mostrar la gloria
Del Padre celestial, que en todo instante
Escucha su plegaria,
Simbolizando en hecho tan plausible,
Que ha perpetuado la Sagrada Historia,
El poder invencible
De la gracia que Cristo nos ha dado,
Con caridad tan tierna,
Que de la muerte horrible del pecado
Llama á las almas á la vida eterna.

Pasando de Betania por las ruinas
Vi el lugar de la casa hospitalaria
De Simón el leproso,
Donde Jesús, con pláticas divinas,
De María la vida solitaria
Colmó de santo gozo ;
Dónde antes de morir, con sumo agrado,
Dejóse ungir por ella,
Con unguento de nardo perfumado,
Haciendo elogios de su acción tan bella.
Y llegando al mortuorio monumento

En que estuviera Lázaro encerrado,
Veneré, con profundo acatamiento,
Aquel lugar sagrado,
En que el Verbo hecho carne, con imperio,
Le dió la vida á la materia inerte,
Y de la tumba esclareció el misterio
Cuando su presa devolvió la muerte.

Y un rayo de benéfica esperanza
Brilló en aquel momento,
En el fondo de mi alma contristada,
Que, en el Cristo poniendo su confianza,
Deseaba oír el eco de su acento,
Para ser por su amor transfigurada.





CANTO DUODÉCIMO.



GETHSEMANI.



El niño nace; y con el llanto avisa
Al mundo su llegada, aunque inconciente,
Y antes que muestre la infantil sonrisa
La marca del dolor lleva en su frente:
Es un gemido el eco de su acento,
Húmeda brilla su primer mirada,
Como si le abrumara ya el presentimiento
De la suerte á los hombres reservada.
Y cuanto más avanza, de la vida
En el sendero oscuro, errante y ciego
Va dejando la tierra humedecida
De lágrimas ardientes con el riego,
Porque, en sus breves días,
Fugaces pasan, como nube errante,
Las dulces alegrías,

Y á la ilusión brillante
De una dicha infinita,
A los sueños de amor encantadores,
Sucede el desengaño, que marchita
De la existencia las escasas flores;
Y sólo queda al corazón herido,
Como único consuelo,
El doliente gemido,
Que junto va con su plegaria al cielo.

El dolor es la herencia,
Que el primer hombre del Edén lanzado
Legó á su descendencia,
Que envuelta por las sombras del pecado,
Sin descanso camina,
Por el suelo maldito,
Deseando un rayo de la luz divina
Del Sol de lo infinito,
Que le muestre el sendero,
Cerrado de improviso,
Que del desierto de la vida, austero,
Le debe conducir al Paraíso.
El dolor es la pena
Del criminal olvido
De la ley del Señor, que si condena,
No anonada al mortal que ha delinquido:
De justicia severa,
Ineludible, universal castigo,
Pues en Adán la humanidad entera

Se hizo del Dios de paz el enemigo.

Mas si el dolor zañudo
Que acosa nuestra mísera existencia,
Cual terrible anatema,
A Dios nos liga con estrecho nudo;
Y esa inefable y santa dependencia
Es la señal de su bondad extrema.
Sin que esto nos asombre,
Porque si Dios no hubiera condenado
Al primer delincuente,
Alejado del hombre,
Este que de Él se había separado,
Hubiera perecido eternamente;
Mientras que ahora, con su voz amiga,
Le ofrecen, en el cielo, una corona,
La justicia divina que castiga,
La fiel misericordia que perdona.

Es el hombre en la tierra un sér doliente,
Condenado á sufrir sin tregua alguna,
Del mal sintiendo la implacable influencia,
Pero que puede con su lloro ardiente
Las señales borrar una por una
De las manchas que empañan su conciencia,
Porque sólo el que llora,
Y en ardiente crisol se purifica,
Puede tener la fe consoladora
Y el amor que las almas santifica;

Y el que sufre sus penas resignado
Comprende, en su bajeza,
Que á los ojos del cielo no es infausto
El dolor aceptado,
Que, dando á el alma sin igual belleza,
Es, á toda hora, un místico holocausto.

El Verbo Eterno, que á enseñarnos vino
Con su ejemplo sublime,
Su trasunto doliente y peregrino
De *Berenice* sobre el velo imprime, (1)
Como si amonestar así quisiera,
Que, al recordar su celestial semblante,
Pensemos que en su vida, toda entera,
Sufrió aflicción su corazón amante ;
Y que su imagen pura
Solamente se graba
En el alma que, llena de ternura,
Con bautismo de lágrimas se lava.

Y cuando ya se llega,
La hora nefanda en que morir debía,
El alma santa de Jesús se anega
De infinita y letal melancolía ;
Y después que ha dejado
Una eterna memoria
Del amor con que siempre nos ha amado,
De su pasión y muerte meritoria,
Con los once discípulos camina

Fuera de la ciudad, por la pendiente,
Y, del *Cedrón* pasando la corriente,
Que al sagrado *Olivet* esta vecina,
Llega al Huerto sombrío
De Gethsemani, en noche silenciosa, (2)
En la cual brilla incierta en el vacío
La luz de las estrellas misteriosa;
Y, de ellos apartado,
Eleva al Padre su filial plegaria,
Sintiéndose abrumado
De tedio y de tristeza funeraria.
Y esa plegaria tierna,
Que el viento que suspira
En las concavidades reproduce,
Es sublime, es eterna,
Como el amor divino que la inspira,
Como el dolor inmenso que traduce.



Allí, Jesús confuso, retirado
De ese Huerto en la *Gruta* solitaria,
En un arranque de su amor profundo
Se inmola con agrado,
Víctima voluntaria,
Para alcanzar la redención del mundo.
Postrado allí, en la tierra, los horrores
Presiente ya de la cercana muerte,
Y su cuerpo, agitado de temblores,
Sudor de sangre por los poros vierte;
Y en tanto el cielo muéstrase insensible

A sus angustias, clama con dulzura,
Que al coro de los ángeles halaga:
“Padre, si aún es posible,
“Pase de mí este cáliz de amargura;”
“Pero, Señor, que se haga,
Añade con la voz de la agonía,
“Tu santa voluntad y no la mía.

¡Y es tan grande el anhelo
De esa agonía ruda,
Que un ángel descendiendo desde el cielo
A confortarle viene, con su ayuda!

.....
.....

Se levanta después, y despertando
A tres de los discípulos, que al lado
Dormían sin temores,
Les dice triste, con acento blando,
Que ya la hora ha llegado
En que el Hijo del hombre, á pecadores,
Será por uno de ellos entregado,
Y va para encontrar, á breve espacio,
A Judas, el apóstol renegado,
A su enseñanza rehacio,
Que había prevenido á la cuadrilla,
Para que hiciera, en el instante, preso
A aquél cuya mejilla
Iba á besar con su infamante beso;

Y al darse á conocer, sin arrogancia,
Descubre su poder que al mundo aterra,
Y sin osar salvar corta distancia,
Cae la turba prosternada en tierra.

La majestad serena
Y el poder de Jesús, en ese instante,
Contrasta con la angustia,
Y con la aguda pena,
Que en el Huerto mostrara, agonizante,
Sobre su faz entristecida y mustia;
Mas á los suyos de ese modo advierte,
Y al escuadrón nefario,
Que si se entrega á ignominiosa muerte,
Su cruento sacrificio es voluntario.

Los siglos han pasado
En rápida carrera,
Destruyendo los grandes monumentos
Que el hombre ha levantado
Para hacer su memoria duradera,
A pesar de la lluvia y de los vientos:
Al embate del tiempo no resisten
Las ciudades más ricas, y de alguna
Sólo las ruinas el viajero admira,
Nínive y Babilonia ya no existen.
Cubre á Sodoma fétida laguna,
Tebas no existe ya, cayó Palmira;
Y con todo, se elevan siempre vivos,

De Gethsemani en el antiguo Huerto,
Los añosos olivos
Que el rostro de Jesús vieron cubierto
De infinita tristeza,
Cuando oraba en la *Gruta*,
Antes que fuera, lleno de flaqueza,
A recorrer la dolorosa ruta,
Que termina en el monte del suplicio,
Donde iba á consumir su sacrificio.

A su sombra, cansado,
Apoyando mi frente en sus raíces,
Que elevan del suelo,
Con profunda tristeza he recordado,
Que, en horas infelices,
Yo he sentido también el desconsuelo;
Y á Jesús he rogado
Que en el último trance, en la agonía
Me sirva de modelo,
Para que al fin de mi postrero día
Merezca por sus méritos el cielo.



CANTO DÉCIMOTERCERO.



EL CALVARIO.



Dios, que desde el principio nos ha amado,
Con un amor gratuito,
Que el hombre, de la patria desterrado,
No puede comprender, porque es finito,
Por todas partes, y á cualquier momento,
Nos da claras señales
De ese tierno y sublime sentimiento,
Delicia de las almas inmortales;
Y enseña á la razón oscurecida,
Que la creación, radiante de belleza,
Y el misterioso sér de nuestra vida
Son dones de su espléndida largueza,
Pues sólo por nosotros ha llenado
De soles y de luz el firmamento,
Y la tierra en herencia nos ha dado,

Con la luz inmortal del pensamiento.

Y cuando el hombre ingrato, pervertido
Por satánica influencia, seductora,
Echando esos favores en olvido,
Desconoce su mano bienhechora,
El Dios de las bondades,
Que la insondable eternidad habita,
Entre nubes, le manda claridades
De su luz infinita,
Para no sorprender su inteligencia,
Ni perturbar su voluntad inquieta,
Y le habla, con frecuencia,
Por la voz inspirada del profeta ;
Y, antes de darle la segura prenda
Del amor más perfecto,
Sólo le pide, en cambio, como ofrenda
Del corazón el acendrado afecto,
Porque el amor exige, por su esencia,
El no ser egoísta y solitario,
Quiere, ante todo, mutua preferencia,
Y un doble sacrificio voluntario.

Y de tal modo al hombre le demuestra
Dios el exceso de su amor profundo,
Que al Hijo, que sentado está á su Diestra,
Manda á salvar por el dolor al mundo ;
Y el Verbo carne se hace,
Por obra del Espíritu divino,

Y en un establo nace,
Ocultando á los grandes su destino,
Y crece en el destierro, con tristura,
En un país lejano,
Y vivè vida oscura,
Oculto en el taller de un artesano,
Hasta que llega el día,
En que, ante ignara muchedumbre, inmensa,
A cumplir ya comienza
La voluntad del Padre que le envía ;
Y al enseñar su celestial doctrina,
Por do quiera que pasa,
Va obrando el bien, en toda Palestina,
Que es el testigo de su amor sin tasa.

Y de ese amor ardiente un monumento
Deja en la Eucaristía,
Que su martirio cruento
Recuerda al alma generosa y pía ;
Y, venciendo Jesús su repugnancia,
En el supremo horror de la agonía,
Amargo cáliz de dolor apura,
Y marcha, con constancia,
Por la calle fatal de la amargura,
Donde, en medio de inmensa concurrencia,
Aumentando su angustia,
Advierte de su Madre la presencia,
Transida de pesar, pálida y mustia :
De su Madre amorosa, que infelice,

No tiene ni el consuelo,
Que disfrutó la heroica *Berenice*,
De enjugarle el semblante con su velo.
Y, olvidando sus penas tan prolijas,
Observa, en su quebranto,
Que de Jerusalén las tristes hijas
Por El derraman abundoso llanto.

La escarpada pendiente
Sube Jesús del Monte funerario,
Y, cual si fuere infame delincuente,
Cargado con la Cruz, llega al Calvario, (1)
Donde, sufriendo el último suplicio,
En medio de dos grandes malhechores,
Ofrece de su amor el sacrificio,
Devorando *el dolor de los dolores* ;
Y su dulce palabra,
Que en el espacio oscurecido vibra,
Obliga al cielo á que sus puertas abra
Al pecador, que con su muerte libra
De la cruel serbidumbre del infierno,
Y al legarnos su Madre,
Como una prenda de su amor tan tierno,
Al seno vuelve del Eterno Padre.

Entre tanto, la Madre infortunada,
Junto á la Cruz doliente,
Agoniza también de angustias llena,
Y lacrimosa fija la mirada

En el Hijo adorado, que consiente
Sufrir por nuestro amor tan honda pena.
Y comparte con Juan el bienamado,
Y con la amante y tierna Magdalena,
Su cáliz de dolor acibarado,
Que apura, al fin, con majestad serena:
Y recibe en sus brazos,
Y contra el seno maternal comprime,
El cuerpo de Jesús, hecho pedazos,
Y silenciosa gime,
Y besa sus estigmas, dolorida,
Lo mismo que el costado,
Que, por hierro homicida traspasado,
Es el venero de la eterna vida.

Allí, junto á ese Monte tan famoso,
Que lleno de ansiedad yo he visitado,
Está el Sépulcro de Jesús, glorioso,
Por todos los creyentes adorado,
Y por do quiera que el viajero tienda
La vista fascinada,
Mira, á través de lacrimosa venda,
La huella de Jesús ensangrentada,
Pues la piedad sincera
De cien generaciones,
En el Santuario que su amor venera,
Conserva, sin cesar, las tradiciones,
Que refieren los tristes episodios

De las horas postreras del Mesías,
Que en ese Monte terminó sus días,
Víctima siendo de implacables odios.

Las impresiones graves
Que causan los objetos contenidos
Del vasto Templo en las sagradas naves.
Depuran los sentidos,
Y levantan el alma á las regiones
De un sublime idealismo,
Que, haciéndola sentir dulces fruiciones,
La llevan del amor al paroxismo;
Y en océano inundada
De tierna y divinal melancolía,
En la cima del Gólgota extasiada,
Comparte las angustias de María ;
Y desea, en su dulce arrobamiento,
En místico delirio,
El cáliz apurar del sufrimiento,
Uniéndose á Jesús por el martirio.

Después de visitar, una por una,
Las capillas que guardan la memoria,
Jamás inoportuna,
De la pasión de Cristo meritoria,
Penetré conmovido
En el marmóreo, espléndido Santuario, (2)
Que contiene el Sepulcro bendecido
Del cuerpo de Jesús depositario,

Do aborto, y olvidado de mí mismo,
Sintiendo de otro sér el suave imperio,
Un instante vagué por el abismo
Que cubre con sus sombras el misterio;
Y lleno de emociones,
Que tradujeron sólo los gemidos,
Y flébiles suspiros comprimidos,
Balbucí las piadosas oraciones,
Que el maternal cariño
Me enseñó á recitar, con fe sencilla,
Y, renaciendo en mí la fe del niño,
Lloré y amé, doblando la rodilla.

Jamás olvidaré, mientras aliente
Dentro del pecho el corazón amante,
Lo que sentí, de dicha falleciente,
Ante esa Tumba, en el supremo instante
En que en altar su mármol transformado,
Para el santo servicio,
Ofrecí, con espíritu humillado,
Del amor infinito el Sacrificio.



CANTO DÉCIMOCUARTO

EL MONTE SION.

El arpa del profeta no resuena,
Al compás de melódicos salterios,
En la Santa Colina
En que el Poeta-rey llora su pena,
Y celebró recónditos misterios,
Sintiendo arder la inspiración divina;
Ni se oyen los arpegios
De las canoras aves,
Que en otro tiempo, en los jardines regios,
Daban al viento sus conciertos suaves:
Todo está allí en silencio, todo en calma,
Silencio sepulcral, calma sombría,
Que conmoviendo el alma

La llenan de mortal melancolía;
Y al visitar de Sion las tristes ruinas,
Restos mezquinos de su antigua gloria, (1)
Algunos creen leyendas peregrinas
Lo que de ella habla la veraz historia.

No llegan ya, como en lejano día,
De remotas regiones
Numerosas y ricas caravanas,
Para aumentar el fausto y la alegría
De la reina feliz de las naciones,
Que ostentaba sus gracias soberanas:
Ya no se ven allí, como otras veces,
Los coros de las púdicas doncellas
A la sombra danzar de los cipreses,
Del címbalo al rumor, gallardas, bellas;
Y sólo se aparecen, con rareza,
Del árabe ó del turco las figuras,
Que llenos de tristeza,
Sin fijarse en las pobres sepulturas
De que en parte el terreno está cubierto,
Prosiguen su camino,
Hacia el campo desierto,
O acaso se divisa un peregrino
Que á esos lugares se dirige incierto.

Gloria de Israel, en tiempos anteriores,
Envidia de las gentes,
La ciudad de David se alzaba airosa,

Adornada de artísticos primores,
De la Santa Montaña en las pendientes,
De todos admirada, y poderosa,
Siendo, por su hermosura,
De los Reyes espléndida morada,
En que los cortesanos la ventura
Buscaban de una vida regalada;
Y cuán distinta ahora
Sólo inspira tristeza asoladora!

El Santo Rey-profeta,
De los líricos todos el primero,
De su amargura en la ansiedad secreta,
Allí entonó, con canto plañidero,
Esos himnos sagrados
De mística dulzura,
Que no han podido bardos inspirados
Igualar, en su férvida ternura,
Porque esos himnos, siempre repetidos,
Por el pueblo judío y el cristiano,
Condensan los suspiros y gemidos,
Que triste exhala el corazón humano. (2)

Y, en tiempos todavía más dichosos,
En la Santa Ciudad se han realizado
Los hechos más grandiosos,
Que la criatura humana ha presenciado.
Allí Jesús, sabiendo
Que era venida la hora

De pasar de este mundo al Padre Eterno,
Por los suyos sintiendo
El fuego de su amor que le devora,
Hasta el fin les amó con amor tierno;
Y, acabada la cena,
Al punto se levanta,
Con la frente serena,
Para lavar con humildad su planta,
Y, con acento dulce, nuevamente
Les deja preceptuado,
Que se amen mutuamente,
Como Él en este mundo les ha amado.
Y cual segura prenda
De su amor infinito á la criatura,
Trasustancia su Sér en grata ofrenda
En Hostia santa, inmaculada y pura.

Aboliendo Jesús los sacrificios
Que no eran ya aceptables,
Para hacer á los cielos más propicios,
Quedóse con los hombres miserables,
A quienes da, con sabia providencia,
Poder sobre Sí mismo,
Para hacerle bajar desde el abismo
De su gloria, á la mísera existencia,
Y, lleno de amoroso sentimiento,
Con divina eficacia,
Instituye el augusto Sacramento,
Venero inextinguible de la gracia.

Y por grabar mejor en la conciencia
Del hombre débil la sublime idea
De su *Real Presencia*,
También un nuevo Sacerdocio crea.

Un Sacerdocio eterno, que del mundo
Va á cambiar el destino,
Del corazón humano en lo profundo
Haciendo renacer germen divino:
Que, divulgando la enseñanza pura
Del Evangelio santo,
Disipa del error la sombra oscura,
Que á la razón cubriera con su manto:
Ministerio sublime
Que al mundo ha trasformado,
Con la palabra eterna que redime,
Y el ejemplo de un santo apostolado.

Allí, después de la terrible escena
Del Gólgota sangriento,
Resucitado ya, con faz serena,
Y más sutil que el viento,
Se aparece Jesús á sus amigos,
Que ocultos por temor de los judíos,
Después de ser de su pasión testigos,
No sabían que hacer, tristes, sombríos;
Y con la luz radiosa
Que en sus miradas penetrantes arde
Esclarece su mente tenebrosa,

Enardeciendo al corazón cobarde.
Y quiere que por fin se satisfaga
El Discípulo ausente que ha dudado,
Su dedo introduciendo en cada llaga,
De los piés, de las manos y el costado.

Y después que á los cielos ha subido,
Triunfando de la muerte y del pecado,
Cumple lo que ha ofrecido
Al mundo con su sangre rescatado,
Y mánda, desde el cielo,
Al Espíritu Santo, que derrama
En las almas amantes el consuelo,
Con los fulgores de su ardiente llama,
Repartiendo sus dones, con largueza,
En todas las criaturas ;
Y el Colegio apostólico allí empieza
Á comprender las Santas Escrituras.

Espíritu Creador, que ha renovado
El universo entero,
Cuando en la Sion terrena ha derramado
De luces un reguero,
Para alumbrar la humana inteligencia,
Antes oscurecida,
Y darle, con la ciencia
Del misterioso arcano de la vida,
La gracia necesaria,
Para vencer el mal, á cada instante,

Y dirigir confiada su plegaria
Al Padre Eterno, que la escucha amante,
Desde el feliz momento
En que su Verbo redimirnos quizo,
Y, con la magia de su dulce acento,
Las puertas nos abrió del Paraíso.

Espíritu Paráclito, que anima
Del Cordero á la Esposa inmaculada,
Que de ese Monte en la dichosa cima
De reflejos del cielo fué inundada,
Y á las almas piadosas
Agracia con sus dones,
Cuando suspiran por llegar, ansiosas,
De la Sion celestial á las mansiones.

Y yo también, que mísero he bebido
Del mundo en las cisternas disipadas,
Que había echado en criminal olvido
Las promesas sagradas,
Que hicieron, á mi nombre, en el Bautismo,
Los que me dieron, con amor, su creencia,
Avivando mi fe en el Cristianismo,
De ese Monte he llegado á la eminencia,
Para evocar, con religioso anhelo,
Los recuerdos felices del pasado,
Que cubren aún, con misterioso velo,
Esas ruinas que el tiempo ha respetado.
Y al Espíritu Santo le he pedido,

Con fervoroso ruego,
Mande á mi corazón enternecido,
Siquiera un rayo de su ardiente fuego.





CANTO DÉCIMOQUINTO.



EL MONTE DE LOS OLIVOS.



Es la vida un misterio, que no alcanza
A comprender la humana inteligencia,
Que á veces ilumina la esperanza,
Y el dolor oscurece, con frecuencia:
Para el joven, la vida es la armonía,
Encantador y delicioso arcano,
De tristeza sombría,
Para el criterio del quejoso anciano;
Y por más que se afana
Por descifrarlo la orgullosa ciencia,
Concluye en afirmar, que es sombra vana,
Breve ilusión, la mísera existencia;
Sólo la Religión, hija del cielo,
Destello de la Luz indeficiente,
Puede al instante esclarecer su velo,

Haciendo á el alma la verdad patente,
Pues nadie más que el Verbo de la vida,
Que hombre mortal, para salvarnos, se hizo,
Alumbra á la razón oscurecida,
Su claridad mandando de improviso.

Sólo Jesús, que dice, con certeza,
Soy la verdad, la vida y el camino,
Demuestra al hombre que en la tumba empieza
De su existencia el inmortal destino;
Y siempre nos advierte,
En su doctrina celestial, sublime,
Que el valor infinito de su muerte
A la doliente humanidad redime;
Y cuando reviviéndose á Sí mismo
El sepulcro abandona,
Después de descender al negro abismo,
De la gloria le ofrece la corona
Al que su ejemplo siga,
Luchando con denuedo,
Y, despreciando terrenal fatiga,
Conquiste el reino de los Cielos, ledo.

Jesús triunfante, con la faz serena,
Eclipsando las luces de la aurora,
Se aparece á la amante Magdalena,
Que en su Sepulcro inconsolable llora.
Y luego á los discípulos alienta
Al ofrecerles celestial ayuda,

Y sus estigmas á Tomás presenta,
Desvaneciendo la sombría duda,
Pues con sólo tocarle se convence,
Y en la fe se confirma ;
Y la fe al rehacio escepticismo vence,
Cuando del Maestro la Deidad afirma ;
Y así nos da una idea, aunque ligera,
De la vida dichosa,
Que ha de gozar el que confiado espera
Triunfar del mal, en prueba dolorosa.

 Cuando el Hijo de Dios, de entre los muertos,
Glorioso resucita,
Como en su cuna, angélicos conciertos
Resuenan en los cóncavos desiertos
De su tumba bendita,
Y los once discípulos que vieron
De su cuerpo sutil las cicatrices
En la Resurrección creyeron,
Y de ella al mundo testimonio dieron,
Sintiéndose felices
Al morir por el Cristo verdadero,
Por su Maestro adorado,
Que es de Dios el Cordero
Que del mundo las manchas ha quitado ;
Y todas las naciones
Que el Sagrado Evangelio han recibido,
Sin tener de Tomás las intuiciones,

Sus santas enseñanzas han creído.

Y después que Jesús, en Galilea,
A Pedro recomienda sus Ovejas
Y apacentar le manda sus corderos,
En uno de los montes de Judea,
Que antes oyera sus sentidas quejas
Y sus tristes suspiros lastimeros,
De Gethsemani en el jardín umbroso,
En el Monte Olivete se aparece, (1)
A un concurso de fieles numeroso;
Y estar con ellos tierno y bondadoso,
Hasta el fin de los siglos les ofrece,
Lo mismo que al Espíritu del cielo,
Que, escuchando su fervida plegaria,
Va á descender sobre el linaje humano,
Y que serán testigos de su celo,
En toda la Judea y en Samaria,
Y de la tierra hasta el confín lejano.

Y mientras, con acento sobrehumano,
Su postrera palabra profería,
Levantando la mano,
Sus Apóstoles caros bendecía,
Y á los cielos le vieron elevarse,
Alejándose de ellos,
Y por fin le miraron ocultarse,
Entre nubes de fúlgidos destellos.
Y el Cielo queda abierto,

En tan feliz instante,
Para el que vida de cristiano viva,
Y el seno de Abrahán quedó desierto,
Cuando Jesús triunfante
A la cautividad llevó cautiva.

De los Olivos la montaña santa,
De la de Sion enfrente,
Entre valles profundos se levanta,
De la regia Ciudad hacia el Oriente,
Y en el desierto suelo
De sus pendientes suaves,
No se percibe el vuelo,
Ni el armonioso canto de las aves;
Y á pesar de su aspecto silencioso
Inspira sentimientos de alegría,
Despertando el recuerdo venturoso
De la *Ascensión* del Hijo de María,
Y la tierna memoria
De algunos de sus hechos más notables,
Que fiel conserva la sagrada Historia
A través de los tiempos tan mudables.
Allí, en la roca dura,
Grabado de su planta está el vestigio,
Que al elevarse á la celeste Altura
Dejó como recuerdo del prodigio
Más grande y sorprendente,
Que ha presenciado el Orbe conmovido,
Que en los trasportes de su amor ferviente

La gloria del Señor ha bendecido.
Allí se ve el lugar reverenciado,
Donde el divino Maestro,
A ruego de los suyos, con agrado,
Compuso la Oración del *Padre-nuestro*,
Y, á muy corta distancia,
El sitio do los *Doce* se reunieron
Y para darnos de su fe constancia,
Su *Símbolo* admirable compusieron.

Y, subiendo, *Betfage* se divisa,
Donde Jesús montara en el pollino,
Cuando, con dulce y plácida sonrisa,
De la Santa Ciudad siguió el camino;
Y andando más se encuentra la pradera
De *Betania*, que fué la residencia
De Marta y de María, que eligiera
La mejor parte, cuando á Cristo oyera
Enseñar con dulcísima elocuencia,
Y más allá la tumba de su hermano,
Que, aunque muerto, escuchó la voz severa
Del Creador de los mundos, soberano,
Cuando le dijo: *Lázaro ven fuera*.

De ese Monte en la cima, la mirada
Abarca perspectivas admirables
Y el alma, de placer enajenada,
Disfruta de delicias inefables:
Jerusalén, en toda su grandeza,

Destácase al Poniente,
No cubierta de luto y de tristeza,
Sino bella, animada y sonriente,
Como en mejores días,
Coronada de cúpulas airosas,
Do resuenan las dulces armonías
De las arpas de Israel, tan melodiosas;
Y, tornándose al Este,
De *Jericó* se mira la llanura,
Y sobre un suelo agreste
La cuenca del *Jordán*, de linfa pura,
Y más allá la tierra *Moabita*,
A través del desierto,
Y más distante la Región maldita,
Que cubre con sus aguas el *Mar Muerto*.

El *Sinai* majestuoso
Y el *Tabor* de fulgores inundado
No inspiran, con su aspecto, tanto gozo,
Como el Monte sagrado,
En que Jesús termina
Su grandiosa misión sobre la tierra,
Cuando el acento de su voz divina
Del mundo antiguo los anales cierra,
Y envía á sus discípulos, confiado,
A enseñar á las gentes,
Que reciben del Santo Apostolado
La palabra de vida, reverentes,
Y de gloria colmado

Por los espacios siderales sube,
De los coros angélicos rodeado,
Sobre los copos de esplendente nube;
Y aparecen dos Ángeles cubiertos
De blancas vestiduras,
Que al ver á los discípulos inciertos,
Mirando á las alturas,
“Varones Galileos, dicen graves,
“¿Qué estáis mirando al cielo?
“Este Jesús que, entre reflejos suaves,
“Visteis subir, desde el mezquino suelo,
“Así vendrá, con majestad y gloria,
“Segunda vez, con cantos de victoria. (2)

Y aquél que cree y espera
La segunda venida del Mesías,
Desea ver, en su piedad sincera,
De la eterna Salem las alegrías.



CANTO DÉCIMOSEXTO.

EL VALLE DE JOSAFAT.

Así como deseamos de la vida
La dicha disfrutar y el dulce encanto,
Aunque su nada la razón advierte,
El alma dolorida
Presiente, á veces, con terror y espanto,
La hora terrible de la infausta muerte,
Y lucha por lanzar del pensamiento
Esa idea importuna,
Que llena de amargura la conciencia,
Sin fijarse, en su innoble desaliento,
Que el sepulcro es la cuna,
El principio feliz de otra existencia;
Y, por más que batalle,
Comprende, al fin, el hombre, con tristeza,
Que es la tierra de lágrimas un valle,

Y que en la tumba la existencia empieza.

La muerte nos revela la miseria
De nuestra vida llena de congoja,
Y hace temblar de horror á la materia,
Como en el árbol se extremece la hoja,
Porque es la consecuencia,
El terrible castigo del pecado,
Que nos hizo perder de la inocencia
El primitivo, venturoso estado;
Y el Autor de la vida solamente
Pudo endulzar su cáliz de amargura,
Para enseñarle, de la Cruz pendiente,
A triunfar de la muerte á la criatura.

Rompiendo su aguijón, sobre el infierno
Consiguió la victoria,
Y nos ofrece en su reinado eterno
La palma inmarcesible de la gloria,
Si valientes luchamos,
Contra los enemigos en la tierra,
Si las batallas del Señor peleamos
Ansiando el triunfo, en tan tremenda guerra.
Y solos no nos deja, en esa lucha,
Cuando se vuelve de su Padre al seno,
Pues desde allí nuestra plegaria escucha,
Y, de ternura lleno,
Contra la astucia del demonio infanda,
Con su divina gracia nos escuda,

Y á su Espíritu manda
Para prestarnos su constante ayuda;
Y jamás se ha notado,
Aunque lo afirme la impostura necia,
Que el auxilio del cielo haya faltado
De Jesucristo á la inmortal Iglesia.

El cielo ha decretado,
Y ese decreto es de piedad indicio,
Que el hombre de la patria desterrado
Muera una vez, y se sujete á juicio.
Y no el hombre tan sólo,
Sino también todo el linaje humano,
Congregado de un polo al otro polo
Oirá sumiso el fallo soberano,
De Josafat en la extensión sombría, (1)
Cuando del *Juicio universal* la trompa
Anuncie al mundo, en el postrero día,
Que el Cristo viene con celeste pompa,
Y majestad radiante,
Entre nubes de grande refulgencia,
Para hacer su justicia, en un instante,
Y hacer notoria la final sentencia.

“A todas las naciones
“Juntaré en Josafat, y allí con ellas
“Disputaré,” dice el Señor, que ha dado
Al profeta visiones
Del momento terrible, en que ni huellas

Quedarán de este mundo malhadado;
Y entonces los que han sido
A sus preceptos fieles,
Recibirán, en premio merecido,
De la eterna victoria los laureles;
Y aquéllos que han violado
Esos preceptos en su Ley escritos,
Irán al fuego eterno reservado
A Lusbel, y á sus ángeles precitos.

Ese día será día de ira

Para el soberbio impío,
Que contra el Dios de la bondad conspira,
Deseando anonadarle, en su desvío;
Pero será de paz y de consuelo
Para el que lleno de esperanza vive,
Porque al rasgarse del sepulcro el velo
El galardón de su piedad recibe,
Y en la reunión de santos,
Que celebran las bodas del Cordero,
Del coro de los ángeles los cantos
Imitará su acento placentero.

Entre Jerusalén y el monte hermoso
De las Olivas, hállase situado
De Josafat el valle misterioso,
En toda su extensión serpenteado
Por el *Torrente de Cedrón* famoso,
Inmediato á la tumba de los Jueces,

Junto al sepulcro de Absalom, sentido
Por el real Profeta,
Cuyas dolientes preces
Las auras largo tiempo han repetido
Del *Moria*, del *Ofel* y del *Bezeta*;
Y cuando llega de *Jacob al Pozo*,
De los *Hijos* de Hennón en la pradera,
De otro modo se nombra,
Y el Gehenna pavoroso,
Que los humanos sacrificios viera,
Se extiende en su aridez, triste, sin sombra.
Su vista infunde á el alma
Ideas de fatal melancolía,
Y la continua calma
De esa tierra, en que un árbol no se cría,
Que está cubierta por doquier de tumbas,
De escombros y de grutas solitarias,
Me inspiró las tristezas funerarias,
Que sentí al visitar las *Catacumbas*. (2)

Donde el *Vallc* comienza,
Encuétrase. en Basílica suntuosa,
La tumba de la *Virgen* candorosa,
Que fué la cuna de su gloria inmensa,
En la cual el cristiano conmemora
De su vida los últimos misterios,
Y cree oír la armonía seductora
De los acordes, místicos salterios,
Que oyeron los Apóstoles pasmados,

En la extensión del cielo lumiuosa,
Cuando, en medio de Espíritus alados,
Subió al Empíreo en *Asunción* gloriosa,

De allí partí, pasando por el puente
Construído con sillares
Sobre el estéril cauce del Torrente,
Cercano á los frondosos olivares
De Gethsemani, do Jesús doliente,
De tristeza abrumado,
De la agonía la amargura siente,
Al verse de su Padre abandonado;
Y, caminando, sin cesar, cansado,
Entre las piedras, que la lluvia roe,
De los sepulcros viejos,
Ví el Pozo de Nehemías, á lo lejos,
Y entrando en la *Piscina de Siloe* (3)
Recordé, que allí fuera
Donde curó Jesús á un pobre ciego,
Y le pedí, con entrañable ruego,
Que sanara de mi alma la ceguera.

En el mundo no existe,
Otro valle que sea más nombrado
Que el de *Cedrón*, cuyo destino triste
Se cambiará en el tiempo prefijado,
Pues si es ahora, como siempre ha sido,
El vasto *Cementerio*
De la nación judía,

Por milagro veráse convertido
En trono excelso, do Jesús su imperio
Al fin del mundo ostentará, en *su Día*,
Cuando en fuego abrasado
Se trastorne el *Planeta*,
Lleno de espanto de terror y duelo,
Para surgir, muy pronto, transformado,
Como, en su *Apocalipsis* el Profeta,
Lo vió, radiante con la luz del cielo.

Y en mi humilde plegaria
A mi divino Maestro yo le pido,
Que en mí no reine la maldad siniestra,
Y que me dé la gracia necesaria
Para llorar mi culpa, arrepentido,
Y me bendiga, en *Josafat*, su Diestra.

NOTAS.

CANTO PRIMERO.

(1). Página 2.

La tierra de la fértil Palestina,
Que Cristo holló con su divina planta?

Idea exacta de la Palestina ó Tierra Santa.

La Palestina es una provincia de la Asia, así nombrada de los palestinos ó filistinos, cuya palabra, según los intérpretes, significa extranjeros, los cuales eran unos pueblos poderosos, oriundos del Egipto, que ocupaban la extensión del país á lo largo del Mediterráneo, desde Gaza, por la parte del Mediodía, hasta Lydda por la del Septentrión. Antiguamente era conocida con el nombre de *Canaan*, cuarto hijo de Cam, y padre de una numerosa posteridad. En seguida fué llamada *Tierra Prometida*, por haberla prometido Dios á los Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob. Después *Tierra de Israel*, y últimamente *Judea*. Este nombre se le dió al regreso de la cautividad de Babilonia, porque entónces la tribu de Judá era la única que formaba cuerpo, á la que se agregaron los restos de las otras, cuyos territorios ocupaban

DIRECCION DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

casi en su totalidad los samaritanos idumeos y filisteos.

Después de la venida de Jesucristo, es más comunmente conocida con el nombre de *Tierra Santa*, por las inefables maravillas que Dios ha obrado en ella; por haber sido concebido allí el Hijo de Dios; por haber allí nacido, vivido, muerto y resucitado; por haber regado aquella tierra con su sudor y sangre, y porque la señaló sobre todo el resto del universo, si así puede decirse, con el sello de los prodigios de su infinita caridad.

Antes de la llegada de los hebreos, era gobernada esta comarca por reyes caaneos, ejerciendo un imperio absoluto sobre sus diferentes ciudades. Cuando Josué la conquistó, imperó en ella en calidad de lugarteniente del Señor: los Ancianos sucedieron á Josué, cuya autoridad ejercieron por espacio de quince años. Después de ellos, los Israelitas cayeron en una especie de anarquía, que duró de unos siete á ocho años, comenzando en seguida el gobierno de los Jueces, por trescientos diez y siete años consecutivos, después de los cuales vino el gobierno de los Reyes, principiando por Saúl, hasta el cautiverio de Babilonia, que es un período de tiempo que encierra quinientos años.

Al regreso de la cautividad, la Judea fué sometida á los reyes de Persia, luego á Alejandro el Grande, á los reyes de Siria y del Egipto, y á sus sucesores.

Después que los Macabeos hubieron defendido su religión con la punta de sus lanzas, y restablecido el estado de su nación, se mantuvieron ciento y treinta años poseedores pacíficos de su poder supremo, que volvieron á perder bajo el reinado de Herodes el Grande. Cuando este Príncipe murió, los romanos se hicieron dueños absolutos de la Judea, quedando este antiguo reino enteramente destruído.

La Sagrada Escritura nada deja que desear en la idea que da de este país. Por su descripción nos le presenta el más hermoso y fértil de cuantos haya habido en el mundo; sin embargo, en el día, generalmente está in-

culto y estéril: descúbrese llanuras enteras, en que sólo crecen algunas yerbas silvestres, en medio de montones de piedras; montañas áridas, abrasadas por los ardores del sol, en que la cabra apenas puede encontrar alimento.

La impiedad moderna se aprovecha de este estado actual para formar un argumento contra la veracidad de nuestros Libros Santos, é insultar atrevidamente el Espíritu de verdad que les ha dictado. No le faltan ojos para ver, ni entendimiento para discurrir sobre los efectos, algunas veces terribles, con que castiga la justicia humana. Tampoco necesita que se le explique cómo han podido trasformarse en ruinas, espinos y zarzas, los sitios en que antes se veían palacios y jardines de un detestable criminal. Ella nos explicará, si lo juzga oportuno, el crimen y el castigo; nos dirá la sentencia que ha condenado al culpado, la mano que ha derribado estos soberbios edificios y sembrado la desolación en las campiñas, y acaso ella misma, en los momentos de creerse árbitra, atribuirá á sus furores el nombre y el carácter de justicia que llevó hasta allí la desolación y amontonó tantas ruinas. Pero al tratarse de la justicia divina, es enteramente ciega, al paso que nada entiende: la cruz para ella es un objeto de irrisión; el Nombre augusto, ante el cual toda criatura dobla la rodilla, provoca sus desprecios. Preocupados por esta ceguera voluntaria, ¿cómo es posible que comprendan que una tierra maldita, que la patria de una nación réproba y criminal no puede ofrecer actualmente el delicioso espectáculo del ameno jardín de leche y miel, de que el Padre de familias hizo don á sus entonces hijos queridos, por su inculpabilidad. Sin embargo, vengan conmigo á este país con una pequeña parte de amor á la verdad, de que se precian aun las gentes que se desdeñan de ser cristianas, y me atrevo á decir que se verán forzadas á violentarse para desconocer el anatema lanzado contra un territorio, en que se cometió el más execrable crimen, capaz de aturdir el universo; contra un país en que á grandes gritos se pidió y

derramó sacrilegamente la sangre del Hijo de Dios; verán en todas partes vestigios patentes de la Justicia eterna, que á un tiempo atestiguan el suplicio de la Víctima augusta y la venganza que le siguió.

Puede que otros traten de explicar humanamente, como ha pasado al estado de esterilidad este país, antes tan fértil, y que ahora ofrece un aspecto triste y desolador. No se me ocultan los medios de que se valdrían los detractores de las santas Escrituras: porque ¿cómo es posible que se admiren de este cambio los que tienen algún conocimiento de la historia? ¿Cuál es la región del mundo en que haya hecho más estragos el hierro y el fuego? ¿Cuál la comarca sobre la que se haya derramado más sangre y por consiguiente mayor carnicería? ¿En qué parte del orbe ha hecho más estragos la guerra, el hambre y la peste? . . . ¿Por ventura en el momento en que se trazan estas líneas no está sufriendo este azote? No es, pues, de admirar que arruinado este país al paso de tantas calamidades, sea actualmente erial y silvestre. Desaparecen los manantiales debajo de las ruinas; las tierras que cubrían los montes, y que se sostenían por el trabajo de una población inmensa, han sido precipitadas á las llanuras; las colinas, plantadas antes de moreras é higueras, no presentan actualmente más que rocas descarnadas y áridas; los parajes, que por las sucesivas acumulaciones de tierra recibieron un cierto grado de fertilidad, no dan más que algunas hiniestas esparcidas, algún boj nacido en las hendiduras de las rocas, etc.

Lo que más contribuye á hacer un desierto de la Palestina es el gobierno despótico en que gime, cuya divisa es la destrucción. Es un hecho que la Puerta pone en continua subasta á este desgraciado país, que tiraniza el Bajá que más ha dado. Entonces, dueño y árbitro de la cabeza del árabe, como lo es de su camello, de su yegua y de su tienda, marca su paso con toda especie de vejaciones. Pueblos enteros abandonan sus casuchas al des-

cubrir á los satélites, que vienen á arrancarles la contribución, estimando en más estos pobres oprimidos morir de miseria en las cuevas de las montañas, que espirar á las palizas de los soldados que, furiosos al ver que se les ha escapado la presa, vuelven su venganza, cortando el olivo del desgraciado que no han podido alcanzar.

Pero medítese bien y se verá, que ni aún en esto se encuentra nada de puramente humano. En este despotismo, en esta tiranía, en esta avaricia, en esta vejación, vemos el dedo de Dios; la ejecución de la sentencia decretada por su inflexible justicia. El turco con sus crímenes, que son sus frutos privativos, sin que lo sepa, ¿por ventura ejerce otro oficio en esto, que el que tiene el verdugo en las sentencias de la justicia humana?

Por lo demás, debe notarse, que no son solos los Libros santos los que elogian la primitiva fertilidad de la Palestina. Si los hombres, que ordinariamente tributan á los autores paganos una fe y respeto, que niegan á la Escritura sagrada, se hubiesen tomado la pena de consultar la antigüedad profana, hubieran encontrado testimonios, en nada sospechosos, de la misma verdad. Hercales, que vivía en tiempo del primer Tolomeo, presenta este país como una tierra muy poblada y abundante en toda clase de frutos. La descripción que de ella hace Plinio, no es menos favorable. Tácito, Amiano Marcelino, con otros, cuando se les ofrece hablar de ella, la recomiendan con particular elogio. Parece que aun hoy día la Providencia ha querido conservar en esta región desolada señales evidentes de lo que fuera, si no pesaran sobre ella los efectos de la maldición divina. En los sitios cultivados, el trigo es hermoso, las uvas son enormes, las legumbres excelentes, y tanto como pueda haberlas en otro país, pudiendo decirse otro tanto de las demás producciones de ese suelo.

(Viaje á Tierra Santa del P. María José de Geramb).

(2). Página 7.

Y los prodigios de arte acumulados
En su hermoso y suntuoso Laberinto.

Los Egipcios estaban dotados de genio perspicaz é inventivo. Lo que más maravilla y pasma en sus trabajos, son aquellas masas gigantescas que se conservan todavía, cuya construcción anuncia un profundo conocimiento en las ciencias y en las artes: tales son, no sólo los magníficos monumentos que ofrece la antigua Tebas, sino esos *obeliscos* desde 60 hasta 200 piés de altura, que se habían colocado en la entrada de los templos, de los palacios y de las galerías, muchos de los cuales han sido transportados á lejanos países, como Roma, Constantinopla y París. Más sorprendentes son todavía esas inmensas *pirámides*, verdaderos monumentos de la más conspicua grandeza y magnificencia, destinadas para sepultura de los reyes, cuya altura, en disminución de espesor desde su base, tiene más de 550 piés castellanos, en sentido perpendicular, y más de 835 en sentido oblicuo, contándose 35 desde la base á la plataforma. Quizá debería figurar en primera línea ese famoso *laberinto*, cuya celebridad ha penetrado por todos los países, el cual era propiamente la reunión de doce palacios, bajo un mismo techo, que contenía 3,000 estancias, la mitad de las cuales eran subterráneas, y que Herodoto califica de la obra más suntuosa que han podido construir los hombres.

(Scio de San Miguel).

(3). Página 8.

De la Virgen la Fuente.

Heliópolis, ahora Mataryeh.

Una de mis correrías más interesantes ha tenido por objeto visitar Mataryeh, la antigua Heliópolis del Egip-

to, célebre por su templo del Sol, y más todavía por la permanencia que en ella hizo la Santa Familia, cuando José y María se vieron obligados á huír de la Judea, para sustraer al niño Jesús de los sangrientos edictos del cruel Herodes. Después de haber visto tantos monumentos profanos que, por más dignos que fueran de llamar la atención con respecto á las artes, me habían frecuentemente contristado, recordándome, no los prodigios del ingenio humano, sino las absurdas y vergonzosas supersticiones de los pueblos; era para mí muy consolador el dirigirme hacia los lugares santificados con la presencia de mi Salvador, y ver nuevos recuerdos y nuevos monumentos de mi fe. Mataryeh no dista más que una legua y media del Cairo.

.....

Mataryeh es una mala población de casuchas y ruinas. El General Kleber se immortalizó en ella con la famosa batalla en la que exterminó el ejército del gran Visir, dos veces mayor que el suyo, asegurando por algún tiempo á la Francia la conquista del Egipto.

.....

En Mataryeh hay un antiguo sicomoro ó sea higuera moral, que visitan la mayor parte de los extranjeros, y en particular los cristianos; porque según la tradición, la Santa Familia descansó, en su huída, bajo su sombra. Este sicomoro, de gran veneración en el Oriente, está en el centro de un dilatado huerto, ó mejor, de un bosque de naranjos. Parece que se han ingertado algunas ramas á su enorme tronco, las cuales son ahora considerables. Presenta un fenómeno extraordinario de vegetación. Muchísimos se han entretenido en grabar su nombre en la corteza de este majestuoso árbol, cuyo aspecto produce impresiones tanto más vivas, cuanto ofrece á la piedad cristiana recuerdos para excitarla; es decir, la persecución de un tirano contra un niño, las angustias maternas de María, la solicitud y cuidados de José.

.....

Fuente de la Virgen.

Á cincuenta pasos de allí está la fuente de la Virgen que, según la tradición, es debida á un milagro. Dios la hizo brotar del seno de la tierra para refrigerar al niño Jesús, á María y á José, en un país abrasado por los ardores del Sol, y en que el calor y la sed son el tormento más cruel del viajero. El agua de esta fuente es agradable y deliciosa, al paso que la de las otras es salobre y de mal gusto. Sé muy bien que si refriese esta maravilla á un filósofo se reiría á carcajadas. Pero ¿de qué no se ríe un filósofo? Los he conocido, que obcecados, no reparaban en mofarse de la justicia de Dios, ¡ay! casi como aquellos desgraciados que se mofan de la justicia humana, hasta que les llega el momento de comparecer delante de ella, ó subir las escaleras del cadalso. Por lo que á mí hace, sin pretender que este hecho merezca el mismo crédito que si le viera consignado en los Libros santos, no puedo menos que notar que está unido y tiene una sensible referencia á los acontecimientos que le precedieron. Es muy natural que Dios hiciera por su Hijo, por María y José, lo que por la mediación de Moisés se había dignado hacer por un pueblo murmurador é ingrato, en la montaña de Horeb. Y la idea de la Santa Familia fatigada del cansancio, recreándose con el agua cristalina del manantial, que debe á la bondad de Aquél que la hizo advertir milagrosamente por un Angel de escapar al Egipto, penetra tan profundamente mi corazón, que me sería imposible resistirme á sus impulsos para obstinarme en no creerlo.

Según la misma tradición á que se debe el conocimiento de la fuente de la Santísima Virgen, dejando la sagrada Familia el sicomoro, se dirigió á la parte de Menfis, y permaneció en el sitio donde está el viejo Cairo y residió allí hasta la muerte de Herodes. La habitación en que se ocultó, está dentro del monasterio de San Sergio, llamado *Deir-el-Nassara*, que he visitado.

(Geramb).

CANTO SEGUNDO.

(1). Página 14.

Á Abraham y á su larga descendencia
Por los siglos del tiempo venidero.

Y en aquellos días levantándose María, fué con prisa
á la montaña, á una ciudad de Judá.

Y entró en casa de Zacarías y saludó á Elisabeth.

Y cuando Elisabeth oyó la salutación de María, la
criatura dió saltos en su vientre: y fué llena Elisabeth de
Espíritu Santo.

Y exclamó en alta voz, y dijo: Bendita tú entre las
mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

¿Y de donde esto á mí, que la madre de mi Señor ven-
ga á mí?

Porque hé aquí luégo que llegó la voz de tu salutación
á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre.

Y bienaventurada la que creíste, porque cumplido será
lo que te fué dicho de parte del Señor.

Y dijo María:

Mi alma engrandece al Señor:

Y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador.

Porque miró la bajeza de su esclava: pues ya desde
ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones.

Porque me ha hecho grandes cosas; él que es poderoso:
y santo el nombre de él.

Y su misericordia de generación en generación sobre los
que le temen.

Hizo valentía con su brazo: esparció á los soberbios
del pensamiento de su corazón.

Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes.

Hinchó de bienes á los hambrientos: y á los ricos de-
jó vacíos.

Recibió á Israel su siervo, acordándose de su miseri-
cordia.

Así como habló á nuestros padres, á Abraham, y á su descendencia por los siglos.

(San Lucas Capítulo 1º)

(2). Página 15.

Y dirigir sus pasos extraviados
Por senderos de paz eternamente.

Canto de Zacarías.

Y Zacarías su padre fué lleno de Espíritu Santo y profetizó, diciendo:

Bendito el Señor Dios de Israel, porque visitó, é hizo la redención de su pueblo.

Y nos alzó el cuerno de salud en la casa de David su siervo.

Como habló por boca de sus santos profetas, que ha habido de todo tiempo:

Salud de nuestros enemigos, y de mano de todos los que nos aborrecen:

Para hacer misericordia con nuestros padres y acordarse de su santo testamento.

El juramento, que juró á nuestro padre Abraham que él se daría á nosotros:

Para que librados de las manos de nuestros enemigos, le sirvamos sin temor.

En santidad, y en justicia delante de él mismo, todos los días de nuestra vida.

Y tú, niño, profeta del Altísimo serás llamado; porque irás ante la faz del Señor para aparejar sus caminos:

Para dar conocimiento de salud á su pueblo, para remisión de sus pecados.

Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó desde lo alto el Oriente:

Para alumbrar, á los que están de asiento en tinieblas y sombra de muerte: para enderezar nuestros piés á camino de paz. — (San Lucas idem).

(3). Página 16.

Nazir afortunado:

Nazareno, consagrado á Dios.

La casa-habitación de Zacarías está en el pueblo y en su mismo sitio se levantó y existe una iglesia medianamente grande, de sillería, con sus columnas y bóveda toda entera: es muy venerada por los cristianos á causa de los misterios que allí se cumplieron. Cerca del altar, al lado del Evangelio se halla una pequeña capilla muy oscura donde se dice que Santa Isabel dió á luz al Precursor; y al lado de la Epístola, casi tapiada, en la que, según se dice, había una cueva abierta en la piedra, en la que esta santa madre ocultó á su hijo durante la persecución de Herodes. (Doubdan).

La casa de campo de Zacarías en la que entró la Santísima Virgen para saludar á su prima Santa Isabel, se halla entre algunas colinas y una deliciosa llanura hermoseada con flores, y enriquecida con árboles, frutos, viñedos y verdor. Dista unos mil pasos de la casa de residencia del pueblo, y á la mitad del camino existe todavía una fuente cristalina. (Goujón).

Lo que se llama el desierto de San Juan ó sea el lugar solitario en que estuvo desde su infancia, es una cueva de un peñasco que está en la pendiente de una montaña. Para ir á ella es preciso bajar á un antiguo edificio, como una sala ó capilla de siete á ocho pasos en cuadro, que á su puerta tiene una fuente que mana constantemente. Después de atravesado este sitio, todavía se baja hasta un tercio del monte por sitios algún tanto difíciles, para luego volver á subir á una pequeña plataforma, donde se encuentra una hermosa pila trabajada en la misma roca, de figura oval, que recibe las aguas que le vienen de más arriba por una regadera hecha en piedra; y desde allí se van al fondo del valle entre zarzas y matorrales. Sigue-se un corto trecho al nivel de esta pequeña plaza, y luego es preciso subir por una roca escarpada y derecha cc-

mo una pared, metiendo los piés en unos agujeros, y agarrándose á algunas puntas de la misma para no caer; y á unos ocho ó diez piés de elevación está la cueva, con una puerta tan pequeña, que es indispensable encorbarse para entrar; tiene además una ventana que mira al valle.

(Doubdan) (Citados por el P. Geramb).

CANTO TERCERO.

(1). Página 21.

Y sus duelos prolijos
Publicaba al mirar que no existían
Las prendas de su amor, sus tiernos hijos.

Se sale de Jerusalén por la puerta de Jafa: se marcha al sudoeste, pasando cerca de la gran piscina de Salomón y dejando á la izquierda el Monte del Mal Consejo, para atravesar, durante una hora, el llano en que el ángel del Señor mató en una noche ciento ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senaquerib, que sitiaba la ciudad en tiempo de Ezequías. Por ahí, un poco á la derecha de la ruta, se ven las ruinas de la casa de Simeón, aquel santo sacerdote á quien Dios había revelado que no moriría sin haber visto al Mesías.

Encuéntrese más allá, á la mitad del camino, una cisterna llena de agua, en la que dicen se detuvieron los Magos para dar de beber á sus caballos, cuando iban para Belén, y donde vieron reaparecer la estrella milagrosa que les servía de guía, y que se había ocultado desde su aproximación á Jerusalén. Poco después se llega á una ligera cuchilla, donde está un convento griego de San Elías, pasada la cual se pierde de vista á Jerusalén, mientras que Belén aparece á lo lejos.

En adelante el camino continúa en suave declive. Se halla en el tránsito la tumba de Raquel, monumento del

siglo XVII, coronado con una cúpula, pero que ocupa positivamente el sitio donde fué sepultada la esposa querida de Jacob, cuyo sepulcro existía en tiempo de Moisés y que aun alcanzó á ver San Jerónimo. Los árabes y los judíos tienen por ella igual veneración y la refaccionan con frecuencia.

Casi al llegar á Belén, desviándose á la izquierda, se encuentran unas cisternas que llevan el nombre del Rey-profeta.

La patria querida de David es hoy una población más reducida aún que en el tiempo en que el profeta Miqueas exclamaba: “Tú, Belén, eres pequeña entre las ciudades de Judea; pero de tí saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde la eternidad”. Sus casas en un todo se parecen á las de Jerusalén y Jafa, separadas apenas por callejuelas angostas é irregulares, están agrupadas sobre una colina, destacándose en medio la iglesia de la Natividad, que ocupa el lugar del nacimiento del Mesías, rodeada de los conventos, latino, griego y armenio.

Este templo que se halla en poder de los griegos, es la única construcción que ha quedado de la época de Santa Elena. Está formado de cinco naves, separadas por columnas cortas, presentando bastante semejanza en su interior con la iglesia de la Presentación, llamada el *Aksa*.

Bajo el altar principal hay un subterráneo al cual puede descenderse por dos escaleras, una de cada lado; y es allí que se encuentra la *Gruta de la Natividad*, es decir, el lugar mismo donde nació Jesús. Es una ancha cueva de más de doce varas de longitud, cinco de ancho y tres de elevación, mirando al occidente como la iglesia, cubierta de mármol y con una grande estrella de plata incrustada en el suelo, en la cual se lee esta inscripción: *Hic de Virgine María Jesús Christus natus est*. En el mismo subterráneo, á la derecha y casi al frente de dicha gruta, hay otra cueva con dos altares, el uno en el

Pesebre propiamente dicho, es decir en el paraje donde el Niño fué expuesto á la adoración de los pastores y el otro en donde le hicieron sus ofrendas los Magos; ambos sitios adornados con cuadros relativos á las escenas que allí tuvieron lugar; y en el Pesebre arden constantemente veintiuna lámparas de plata.

.....

Las grutas mencionadas están en comunicación por medio de una puerta, cuya llave manejan los latinos, con una galería que les pertenece exclusivamente, y en la cual existen varios altares ó capillas, á saber: uno dedicado á San José, en el paraje en que el Santo Patriarca dormía cuando le fué revelada por el ángel la orden de huir á Egipto: una gruta donde fueron sepultados los inocentes que Herodes hizo degollar: un altar á San Eusebio de Cremona, otros á Santa Paula, Santa Eustoquia y San Jerónimo, donde estuvieron sus sepulcros antes de ser trasladados á Roma, y finalmente la cueva en que el Santo Doctor habitó por cuarenta años, en la que compuso, en medio de sus austeras penitencias y oyendo sin cesar la trompa del Juicio, sus importantes obras.

Dirigiéndose por el lado del oriente se encuentra, al terminar la población, una cueva convertida en capilla por los católicos, y venerada bajo el nombre de la *Gruta de la Leche*, porque la tradición refiere que la Virgen la habitó algún tiempo, antes de su fuga á Egipto. Está escavada en una roca cretácea muy deleznable, cuya tierra toman las nodrizas para aumentar su leche. Bajando en seguida la pendiente de la colina, se llega á un vallejuelo donde existe la *Aldea de los Pastores*, distante veinticinco minutos de Belén; poco más allá, á la izquierda del sendero, muestran el campo de Booz donde la pobre Ruth iba á espigar; y después una caverna profunda, á la cual se desciende por veinte escalones, donde se dice estaban los Pastores cuando los ángeles fueron á anunciarles el nacimiento del Niño; está convertida en capilla armenia. — (Posada Arango.—Viaje á Jerusalén).

(2). Página 23.

Bailó delante el Arca
Celebrando su gloria placentero.

Elimelec y su mujer Noemi, cuyo hijo casó con Ruth la Moabita, tuvieron por patria esta población (Belén). Ruth después del fallecimiento de su marido en Moab, regresó con su suegra Noemi á Belén, donde se desposó en segundas nupcias con Booz originario de esta misma ciudad. De dicho enlace nació Obed, quien á su vez engendró á Jesé ó Isai, padre del pastorcito David, el cual vió igualmente la primera luz en Belén.

(P. Fr. José M^a Hermo. Guía del peregrino en Tierra Santa).

(3). Págida 24.

Allí, desde los países del Oriente
Llegaron presurosos unos Magos.

Y hé aquí la estrella, que habían visto (los Reyes Magos) en el Oriente, iba delante de ellos, hasta que llegando se paró sobre donde estaba el Niño. Y cuando vieron la estrella se regocijaron en gran manera. Y entrando en el establo, hallaron al Niño, con María su madre, y postrándose le adoraron: y abiertos sus tesoros le ofrecieron dones: *oro, incienso y mirra*. (San Mateo capítulo 2º).

El altar de los Reyes Magos, también perteneciente á los latinos. Indica el lugar donde dichos Santos Reyes, viniendo de remotas regiones, adoraron al Divino Infante, y ofreciéronle sus preciosos y místicos dones, á saber: *oro, incienso y mirra*: reconociendo con estos tres símbolos la *Humanidad, Soberanía y Divinidad* del Niño Dios. El oro es también símbolo de la caridad, su más bella expresión y manifestación más perfecta; el incienso

que sólo se ofrece á Dios, es asimismo el símbolo de la oración, y la mirra el símbolo de la penitencia.

(Padre Hermo).

CANTO CUARTO.

(1). Página 28.

Que de aquella región remota, oscura,
Nada bueno saldrá, *ningún profeta.*

Galilea, comarca de Palestina, situada al norte de Samaria y al sur de las montañas del Líbano, rodeada al este por el mar de Galilea, ó lago de Genesaréth y el Jordán, y al occidente por el Mediterráneo. Contenía cuatro tribus del pueblo de Israel y muchas ciudades phenicias. Dividióse en Galilea superior ó Alta Galilea y en Galilea inferior ó Baja Galilea. Esta contenía las tribus de Issachar y Zabulón, y la primera las de Néphthali y Aser, á la cual se daba también el nombre de *Galilea de las Naciones ó de los Gentiles*, porque se extendía por toda la costa phenicia, desde el monte Carmelo hasta Tiro. Esta comarca es la que con más frecuencia se encuentra citada en el nuevo Testamento. Jesucristo escuvo en ella muchas veces, y allí hizo muchas predicaciones y obró infinitos milagros: así es que los naturales le llaman, *País de la anunciación ó del Evangelio*. Sus habitantes, según Josepho, eran fuertes y belicosos, cuya condición pudieron adquirir por haberse visto obligados á pelear con frecuencia con los pueblos extraños que los rodeaban. Su territorio es muy fértil y ningún terreno de su extensión quedaba sin cultivo. Sus ciudades eran muchas y ricas, y la población considerable; aunque sufrió bastantes contrastes, como entre otros su traslación á Asiria por Theglathphalasar.

Nazareth, pequeña ciudad situada en una altura, al sur de Zéphoris, en Galilea y de la tribu de Zabulón, á unas cuatro leguas al sudeste de Ptolemaida, y al occidente de monte Thabor. Esta ciudad que fué patria de la Virgen Santísima, es célebre en los fastos de la religión cristiana. En ella pasó nuestro Salvador su infancia. Sin embargo fué amenazado por sus habitantes que intentaron precipitarlo de la montaña en que se hallaba situada dicha ciudad, porque les reprendía por su incredulidad. De poca importancia antes de la venida de Jesucristo, quedó también en la oscuridad después. En el día hay en ella un convento espacioso, que según se cree, encierra en su recinto la antigua habitación de Joseph de Arimatea y el lugar en que el ángel anunció á la Virgen su concepción milagrosa. Toda la comarca que la avecina se halla en el estado más deplorable, por más que el terreno sea blando y fácil de cultivar. Su aspecto justifica en cierto modo el sarcasmo de Nathanael, ¿puede venir algo bueno de Nazareth?

(Scio de San Miguel).

(2). Página 31.

Y en recompensa ciega muchedumbre
De furor llena y de inclemente saña
Precipitarle quiere de la cumbre
De pavorosa, tétrica montaña.

Y fué á Nazareth en donde se había criado, y entró según costumbre el día sábado en la Sinagoga, y se levantó á leer. Y le fué dado el libro de Isaías el profeta. Y cuando desarrolló el libro, halló el lugar en donde estaba escrito:

El espíritu del Señor sobre mí, por lo que me ha ungido, para dar buenas nuevas á los pobres me ha enviado, para sanar á los quebrantados de corazón.

Para anunciar á los cautivos redención, y á los ciegos vista, para poner en libertad á los quebrantados, para publicar el año favorable del Señor, y el día del galardón.

Y habiendo cerrado el libro se lo dió al ministro, y se sentó. Y cuantos había en la Sinagoga tenían los ojos clavados en él. Y les empezó á decir: Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestras orejas. Y todos le daban testimonio y se maravillaban de las palabras de gracia, que salían de su boca, y decían: ¿No es este el hijo de Joseph?

Y les dijo: Sin duda me diréis esta semejanza: Médico, cúrate á tí mismo, todas aquellas grandes cosas que oímos decir que hiciste en Capharnaum, hazlas aquí en tu patria. Y dijo: En verdad os digo, que ningún profeta es ácepto en su patria.

Y fueron en la Sinagoga todos llenos de saña oyendo esto. Y se levantaron y lo echaron fuera de la ciudad: y lo llevaron hasta la cumbre del monte, sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarlo.

Más él pasando por medio de ellos, se fué.

(San Lucas capítulo 4º)

(3). Página 32.

Nada profano en su recinto encierra.

La Fuente de la Virgen, así llamada, porque según la tradición venía aquí por agua la Reina del Cielo, para el uso doméstico.

El Taller de San José, ó sea el sitio donde el Divino Salvador trabajaba con su padre putativo en obras de carpintería humillando así la soberbia humana y sufriendo por amor nuestro la pena que el Eterno impuso al hombre, después de su pecado. “In sudore vultus tui

vescêris panem". Con el sudor de tu rostro comerás el pan. (Génes. III).

El solar de la antigua Sinagoga de Nazareth, donde tienen hoy su Iglesia Parroquial los griegos Melquitas.

Capilla llamada Mensa Christi, por incluir la *pedra*, sobre la cual el Salvador, antes y después de la Resurrección, comió con sus Apóstoles, según la tradición.

La Colina de nuestra Señora del Temblor, porque fué en ella donde la Virgen Madre, poseída de susto y de pavor, cayó exámine al venir en auxilio de su Santísimo Hijo, cuando le llevaban aquellos enemigos de la verdad, para precipitarle de la próxima montaña.

(P. Hermo).

CANTO QUINTO.

(1). Página 36.

Al recorrer la plácida ribera
De su apacible, pintoresco lago.

Al terminar el descenso tuve ante mis ojos el lago de Jenezaret, el mar amado de Jesucristo.

Se extendía formando un óvalo ligeramente cóncavo en su borde occidental. Sus aguas reflejaban bellamente el azul del cielo, y aunque una fuerte brisa soplaba del noroeste, permanecían tan quietas, cual si resonara la voz majestuosa que un día ordenó ahí la quietud á sus ondas y la calma á los vientos. Sólo un barquichuelo de pescadores, provisto de vela, surcaba su superficie. Por sobre los cerros que le servían de respaldo, descollaba á lo lejos el Anti-Líbano, coronado de nieve.

Cuán tiernos recuerdos se presentaban á mi imaginación al descorrer de aquel paisaje su velo de diez y nueve siglos! El Divino Maestro se complacía en habitar esa comarca, que á pesar de su soledad actual, tiene un

no sé qué de melancolía agradable. Cuántas veces se pasearía pensativo por aquellas riberas! Quizá sentado alguna vez en las orillas, meditando en las angustias de la muerte que le esperaba y en la ingratitud de los hombres que quería salvar, lloraría como en Jetsemani! Tal vez sus lágrimas, mezcladas á las ondas del Lago, corrieron confundidas á perderse en el mar Muerto!

Fué ahí que él caminó sobre las aguas, y tomó sus primeros discípulos para convertirlos en *pescadores de hombres*. Sentado en la barca de Pedro predicaba con frecuencia á la multitud, que lo escuchaba desde la orilla. Allí hizo coger un pez para sacarle del vientre dos denarios, con que pagó su tributo de hombre; y aun después de su Resurrección volvió á ver el bello lago y comió con siete apóstoles.

El lago de Jenesaret, llamado impropriamente mar de Galilea, es un gran depósito de agua dulce formado por el Jordán, que entra por su extremidad norte y sale por el sur para continuar su curso al mar Muerto. Tiene como cuatro leguas de longitud, dos de latitud y sesenta varas de profundidad; su superficie está en un nivel inferior al del Mediterráneo (230 metros). Nada ha quedado de las diez ciudades que en otro tiempo adornaban sus riberas como una guirnalda: la ira de Dios las hizo desaparecer! “Ay de tí, Corazain! ay de tí, Betsaida! porque si en Tiro y en Sidón se hubiesen ejecutado los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que hubieran hecho penitencia, cubiertas de ceniza y de cilicio”. “Y tú, Cafarnaum ¿piensas acaso levantarte hasta el cielo? serás, sí, abatida hasta el profundo infierno; porque si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que en tí, quizá ella subsistiría aun hoy día.

Fué Cafarnaum que curó el criado de un centurión, que por modestia le pidió lo hiciera sin entrar en su casa, pues no se creía digno de tanto honor; sanó á un paralítico absolviéndolo á la vez de sus pecados; llamó al apostolado á Mateo, resucitó la hija de Jairo y curó del

flujo de sangre á la que tocó la orla de su vestido. Bet-saida era la patria de tres de sus apóstoles, Pedro, Andrés y Felipe; ahí curó de una fiebre á la suegra del primero.

Apenas se sabe hoy el lugar que dichas ciudades ocupaban. Teberidades, fundada por Herodes Antipa, en honor de Tiberio César, donde antes estaba Jenazaret, es la única que hoy existe. Se halla situado en la margen occidental del lago, extendiéndose en forma de rectángulo; está cercada de murallas ruinosas y se ven los restos de una fortaleza de los cruzados. Hay una pequeña iglesia dedicada á San Pedro, construída en el sitio donde Jesucristo, en su última aparición, lo constituyó cabeza del rebaño; está al cuidado de dos religiosos franciscanos.

(Posada Arango).

(2). Página 40.

Sus penas en silencio y triste llora.

La montaña de las *Bienaventuranzas* se llama también por algunos montaña de Jesucristo, porque este Divino Salvador se retiraba frecuentemente á ella para orar; y aun de los Apóstoles, á causa de que allí escogió á los que quería enviar á las naciones para anunciarles su ley. Desde allí decía el Maestro de la verdadera sabiduría:

Bienaventurados los pobres de espíritu.....
Bienaventurados los mansos.....
Bienaventurados los que lloran.....
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.....
Bienaventurados los misericordiosos.....
Bienaventurados los pacíficos.....
Bienaventurados los limpios de corazón.....
Bienaventurados los que sufren persecución por la justicia.....

Parecíame que me decía á mi en particular:
*Sois felices cuando los hombres os maldicen y persiguen,
y dicen mal de vosotros, por causa de mí; complacedos y
llenaos de alegría.*

(San Mateo capítulo 5º)

(3). Página 42.

¡Sálvanos ay, Señor, que perecemos!

Palabras que dijeron los discípulos al Señor en medio de una tempestad en el mar de Galilea: Domine, salva nos, perimus. Sálvanos, Señor, que perecemos.

(San Mateo capítulo 8º)

CANTO SEXTO.

(1). Página 46.

Hasta que un día siendo convidados
Él y los suyos, en Caná, á unas bodas.

Caná de Galilea, patria de los Apóstoles Nathanael y Simón el Zeloso, está situada en la pendiente de una colina, en el antiguo territorio de Zabulón. Es mayormente célebre porque Jesucristo obró en ella el primer milagro, convirtiendo el agua en vino en las *Bodas* llamadas de Caná; los sagrados lugares que allí merecen visitarse son: *La Capilla de San Bartolomé*, por otro nombre Nathanael, cuya sinceridad alabó el Salvador diciendo: Ved ahí un verdadero Israelita en quien no hay doblez ni engaño. (San Juan capítulo 1º); y el Sartuario de Caná, que ocupa el lugar de la casa en que se celebraron las Bodas de Caná.

(2). Página 47.

En honor brindan del feliz esposo.

Y de allí á tres días se celebraron unas bodas en Caná de Galilea: y estaba allí la madre de Jesús.

Y fué convidado Jesús y sus discípulos á las bodas.

Y llegando á faltar vino, la madre de Jesús le dice: No tienen vino. Y Jesús le dijo: Mujer, ¿qué nos va á mi y á tí? aun no es llegada mi hora.

Dijo la Madre de él á los que servían: Haced cuanto él os dijere.

Y había allí seis hidrias de piedra, conforme á la purificación de los judíos, y cabían en cada una dos ó tres cántaros.

Y Jesús les dijo: llenad las hidrias de agua. Y las llenaron hasta arriba. Y Jesús les dijo: Sacad ahora, y llevad al Arquitriclino. (Mayordomo). Y lo llevaron.

Y luego que gustó el Mayordomo el agua hecha vino, y no sabía de donde era, aunque los que servían lo sabían, porque habían sacado el agua: llamó al esposo el Mayordomo.

Y le dijo: Todo hombre sirve primero el buen vino; y después que han bebido bien, entónces da el que no es tan bueno: más tú guardaste el buen vino hasta ahora.

Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron en él sus discípulos. — (San Juan capítulo 2º)

CANTO SÉTIMO.

(1). Página 51.

Diciendo que el Espíritu del cielo
Sobre él ha descendido y que le envía.

(Véase la nota segunda del Canto cuarto página 3).

(2). Página 54.

Los lleva para que oren, retirados
De un alto monte en la elevada cumbre.

El Tabor, que los Árabes llaman *Dchabal-el-Tur* ó *el Tur Tabor*, es el monte más alto de la Baja Galilea. Situado aisladamente en los límites de las tribus de Issacar y Zabulón, presenta la forma de un cono truncado, que se eleva á 160 metros sobre el Mediterráneo, 400 sobre la planicie de Esdrelón y 855 sobre el lago de Tiberiades. La cumbre es una llanura de 540 metros de longitud y 240 de latitud próximamente, cubierta de árboles, plantas y mil arbustos y matizada de olorosas flores. Sus laderas son quebradas, pero igualmente pobladas de lozana vegetación y frondosos bosquesillos que cubren á trechos la montaña, la cual, así graciosamente engalanada, levántase airosa esparciendo por el ambiente la riqueza de sus perfumes y ofreciendo á la vista la más risueña y amena perspectiva.

Recuérdanos el Tabor, entre otros acontecimientos históricos, los campamentos del pueblo Hebreo al mando de Dévora y Barac, quien por consejo de aquella Heroína de Israel descendió de aquí al frente de 10,000 hombres y dirigiéndose contra el ejército de Jabin, capitaneado por Sísara, consiguió sobre él una completa victoria. Dos hermonos de Gedeón refugiados en las rocas del mismo monte, fueron en ellas pasados á cuchillo por Zebec y Salmana, Reyes Madianitas.

Mientras Vespasiano sitiaba á Gámala envió á Plácido contra los Judíos que se habían fortificado en el Tabor. Empleó entonces este General la misma estrategia que en otro tiempo Antíoco: atrajo á los Judíos á la llanura, los derrotó y así pudo impedirles que ocupasen de nuevo la montaña.

Pero el acontecimiento más notable, que dió mayor renombre al Tabor fué ciertamente la Gloriosa Transfiguración del Salvador, á cuyas maravillas parecen referirse

aquellas poéticas frases del Real Profeta: *Thabor et Hermon in nomine tuo exultabunt*. En esta celeberrima cumbre, en presencia de Moisés y Elías y de los tres Apóstoles Pedro, Juan y Santiago, manifestó Jesús visiblemente su Divinidad, dejándose ver no ya como un hombre solamente sino como un *Hombre Dios*. (P. Hermo).

Y después de seis días toma Jesús consigo á Pedro, á Santiago, y á Juan su hermano y los lleva aparte á un monte alto.

Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol: y sus vestiduras se pararon blancas como la nieve.

Y hé aquí les aparecieron Moisés y Elías hablando con él.

Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús: Señor, bueno es, que nos estemos aquí: si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Elías.

El estaba aún hablando cuando vino una nube luminosa que los cubrió. Y hé aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi Hijo el amado, en quien yo mucho me he complacido: á él escuchad.

Y cuando lo oyeron los discípulos, cayeron sobre sus rostros, y tuvieron grande miedo.

Mas Jesús se acercó, y los tocó; y les dijo: Levantaos y no temáis.

Y alzando ellos sus ojos, á dadie vieron, sino sólo á Jesús.

Y al bajar ellos del monte, les mandó Jesús, diciendo: No digáis á nadie la visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

(San Mateo capítulo 17).

(3). Página 57.

Es el Tabor que en su elevada cima
Perspectivas magníficas ofrece.

Panorama de Galilea. “¡No he visto, dice á este propósito Mons. Eizaguirre, no he visto lugar más delicioso

que la cumbre del Tabor! ¡Allí contemplé el panorama más hermoso que existe en todo el mundo!” A la verdad, el hombre científico-religioso que después de recorrer y estudiar la Judea, contempla la Galilea desde esta elevada montaña, no puede menos de profundizar ciertos arcanos, y con el Profeta Rey, sorprendido, exclamar: *¡Quam magnificata sunt opera tua Domine impleta est terra possessione tua!* ¡Cuán magníficas, Señor, son vuestras obras llena está la tierra de vuestra posesión!

Aquí *alégrense los cielos, regocijense los campos y saltan de contento los collados.* La belleza y la feracidad del suelo, la verdura y lozanía de las campiñas, la hermosura de los cerros, la frondosidad de las selvas, la muchedumbre de plantas, la gala y bizarría de las flores, en fin, toda la variedad de objetos que aquí despliega la mano del Hacedor, todo está publicando la extraordinaria abundancia y singular fertilidad de que en un tiempo debió ser dotado el memorable país de Canaán.

¿ Ut quid suspicamini montes coagulatos? (Salmo 67). ¿ A que admirar la pompa y ostentación de otras más fértiles y encumbradas montañas? Esta es la posesión del Altísimo. Aquí el sabio lee la historia de los prodigios: ve descender todo lo grande y majestuoso de los Cielos y mezclarse con los séres de la tierra, para hablar al corazón de los hombres. Rodeado de las antiguas tribus de *Manasés, Gad, Zabulón, Issacar y Efraim*, admira al Mediodía la vasta y celeberrima *planicie de Esdrelón* serpenteada por el *Cisón*, que lleva en sus agües las víctimas de 450 impostores anatematizados por Elías. Siguiendo del Austro al Occidente, deja los desventurados *Montes de Gelboé* y la *ciudad de Endor*, allí reprobando la conducta del impío; alégrense con la afortunada *Viuda de Naim*, da el parabién por su fecundidad á la estéril *Matrona de Susán*, saluda en *Jafie* á los Bienaventurados hijos del Zebedeo y sube luego al *Monte Carmelo*, para desde allí contemplar con Elías, aquella *misteriosa nubecilla* símbolo de María, que sube del mar y ba-

ña toda la tierra con la exhuberancia de sus aguas. Recorre al Setentrión la famosa *cordillera del Libano* y mira, gozoso, los blanquecinos y nevados picos del *Hermón*, alborozándose con el *Tabor*: contempla más acá sobre la *Colina de las Bienaventuranzas*, al *Legislador Divino* cómo abre los Cielos al corazón sencillo y promete consuelos eternos á los que lloran sus extravíos, descubriendo al mundo un manantial perenne de bienes inagotables, que no prometieron los sabios del *Areópago*. Desciende al pintoresco *Mar de Tiberiades* y vélo surcado por el *Salvador*, que llena sus riberas de portentos. Allí los cojos andan, los ciegos ven, oyen los sordos, hablan los mudos, los demonios huyen, y todos los desgraciados recobran la salud. En aquellas plácidas soledades observa también, admirado, cómo los Apóstoles recogen doce canastas llenas de los fragmentos de cinco panes allí repartidos entre cinco mil personas. Vuélvese al Occidente de *Genezareth*, y lleno de estupor reconoce la libertad del pueblo Hebreo, al ver pendiente en las murallas de *Bethulia* la cabeza de *Holofernes*, cortada por la inmortal *Judith*. Considera en *Bethsaida* la patria de los Santos Apóstoles *Pedro*, *Felipe* y *Andrés*; deja á *Cafarnaum*, *Corazain* y el país de los *Gerasenos*, penetra en *Cesarea de Filipò* y allí contempla, extático, al *Unigénito del Padre*, que funda su nueva Iglesia sobre la inmole roca de *San Pedro*. Baja á *Nazaret* y con el *Arcaángel* saludando reverente á la *Bendita* entre las mujeres, adora al *Hombre-Dios*. Partiendo finalmente de aquí, recorre por el Oriente el país de *Basán*, la tierra de *Galaad*, los desiertos de *Bosra* y sigue el curso del *Jordán*, para ir á descansar allá donde, como en el *Tabor*, resucna la *Voz Celestial*: *Hic est Filius meus dilectus in quo mihi bene complacui*. . . . ¡Oh sublimes y adorables recuerdos! ¿Y qué vale la gloria del Olimpo á la sombra del *Tabor*?

(Fr. José M^a Hermo).

(4). Página 58.

La inspiración del poeta de Sorrento
O los pinceles de Rafael de Urbino.

El Tasso, en su poema inmortal de “Jerusalén Liberada”, hace magníficas descripciones de los paisajes de Palestina, que han obligado á Mr. de Chateaubriand á decir que tuvo la inspiración de los lugares; y Rafael pintó con mano maestra el célebre cuadro de la *Transfiguración* que se admira en una de las galerías del Vaticano y que es tan conocido de todo el mundo.

CANTO OCTAVO.

(1). Página 66.

Cuando lluvia benéfica derrama
Sobre ese monte que su amor proclama.

El Carmelo, que los Árabes llaman *Dchabal Mar de Elías*, cual encumbrado promontorio, levántase majestuoso entre la *Samaria*, *Cesarea* y la antigua *Dora*, por el S.; el *Tabor*, *Nazaret* y *Tiberiades*, por el SE. E.; el *Líbano*, la famosa *Sidón*, *Tiro* y *Tolemaida*, por el N., y el Mediterráneo, por el O. Se extiende de SE. á NO., formando una larga cadena, que mide unas seis leguas de largo por una y media de ancho, y 600 metros en su mayor altura. En toda la extensión de esta cordillera, hállanse solamente dos pequeñas aldeas habitadas por Drusos y Griegos cismáticos. Más en medio del patético silencio de estas soledades, interrumpido por el estruendo de las espumantes olas que aquí vienen á estrellarse contra las duras rocas, bajo el límpido y espléndido cielo que fecundiza este ameno suelo, revestido de verdes arboledas y, como el Tabor, matizado de bellas y oíoro-

sas flores, ¡cuán magnífico y sorprendente se ofrece á la vista el excelso *Carmelo!*

Al decir de la Escritura, el Carmelo, que por la etimología de su nombre quiere decir *Campo Florido*, fué uno de los treinta Estados Reales del famoso país de Canaan, conquistados por Josué. En la repartición hecha del mismo país, las montañas del Carmelo cayeron en suerte á las tribus de Issacar, Zabulón, Aser y á la media occidental de Manasés. Desde luego los nuevos habitantes, por sus excelentes pastos y exuberantes frutas, se enamoraron sobremanera de esta florida región; y llegó á tanto su renombre, que los Vates Divinos, al querer pintar con vivos colores la sublimidad de algún objeto, comparáballo no sólo con la *gloria del Libano*, con las *bellezas de Sarón* y la *magnificencia de Sión*, sino también con los *frondosos bosques*, con las *risueñas campiñas* y *hermosas forestas del Carmelo*. Así en el Libro de los Cánticos, vemos comparada con esta famosa montaña á la Esposa mística, ó sea la Iglesia de Jesucristo, por estas palabras: *Caput tuum ut Carmelus*. Del mismo modo Isaías, para decirnos que toda la gloria de la Antigua había de pasar á la Nueva Alianza, exprésase con estas poéticas frases: *Gloria Libani data est Ei: decor Carmeli et Saron*. Esto supuesto, no es difícil creer que los Hijos de Israel tuviesen siempre en gran veneración esta celebérrima Montaña, y que los santos Profetas la escogiesen por su morada predilecta.

Hasta los mismos Paganos reconociendo en el Carmelo un no sé qué de sublime, venían á él para sacrificar, según sus ritos, á las falsas deidades, y consultarles sobre las más árduas empresas.

Y el Cristiano llamado á ser el heredero de toda la gloria de Israel, ¿qué no registra en esta mística Montaña? ¿Quién no se siente vivamente conmovido, con sólo oír pronunciar el dulce nombre del *Carmelo*, nombre con que están hermanados tantos acontecimientos bíblicos y tantas tradiciones venerables?

En las diferentes grutas de que está sembrado este suelo bendito, hállanse consignadas las más esclarecidas virtudes de multitud de personajes así de la Antigua Ley, como de la Nueva Evangélica.

El Santo Patriarca y Profeta Elías, Eliseo y demás discípulos aquí consagrados á una vida de oración y penitencia, preparábanse de este modo para recibir los divinos Oráculos con que debían ilustrar á su Pueblo, y apartarlo de sus extravíos. Estas famosas montañas brillaron iluminadas por un fuego sobrenatural enviado del cielo, para probar la virtud del mismo Elías, contra las injustas acusaciones de sus falsos émulos; hecho que ocurrió en el modo siguiente: Corría ya el cuarto año de aquella desastrosa sequedad con que el Señor venía castigando las prevaricaciones de los Hebreos en seguir á los profetas idólatras, cuando el Rey Acab encontrándose con Elías, le habló en esta manera: *¿No eres tú el que trases revuelto á Israel? — No soy yo quien turbo á Israel; sois vosotros, que dais culto á los ídolos, quienes ocasionáis estos males y provocáis la revolución,* contestó Elías. *Manda, no obstante, que se reúna delante de mí todo Israel en el Monte Carmelo, y también los 450 sacerdotes de Baal, con los 400 profetas de los Bosques, que mantiene en su Corte Jezabel. . . .* Acab consintió en ello, subiendo él mismo al Monte con todo aquel numeroso gentío. Compareció entonces Elías en presencia del pueblo y le dijo: *¿Hasta cuándo dejaréis de claudicar, ya siguiendo, ya dejando al Señor? Si Baal es vuestro Dios, seguidle, pero si nó, dejadlo. . . . Ved aquí que sólo yo he quedado de los profetas del Señor, mientras que los de Baal, son 450. Pues bien, dénsenos dos víctimas; escojan ellos una para sí, é inmolándola, pónganla sobre la leña, pero sin valerse para nada del fuego. Yo á mi vez haré lo mismo con la otra. Invocaréis primero vosotros á vuestros dioses, y luego yo invocaré también el nombre del Señor mío. El Dios que entonces haga descender fuego del Cielo que consuma el holocausto, ese debe ser reco-*

nocido por el verdadero Dios. ¿Os parece justa la propuesta? — Magnífica, contestó á una voz el Pueblo.

Tomaron en efecto los sacerdotes de Baal una víctima, dividiéndola en trozos y colocándola sobre el altar, no cesaron de invocar á su dios con clamorosas voces, desde en la mañana hasta el medio día. *¡Baal, óyenos,! ¡óyenos Baal! mas en vano.* Elías se burlaba de ellos, diciendo: *Gritad, gritad con voz más fuerte, que acaso vuestro Dios estará durmiendo, ó distraído en el festín.* Redoblaban aquéllos sus clamores, haciéndose sajaduras en sus cuerpos, hasta quedar bañados en su misma sangre; pero Baal permanecía cada vez más sordo.

Venida ya la tarde, y vistos los inútiles esfuerzos de aquellos impostores, levantó Elías su altar al Señor, hizo abrir en derredor una zanja, y la víctima dividida en partes fue colocada sobre la leña. Ordenó además que echasen agua sobre el holocausto, y en tal cantidad, que la zanja quedó enteramente llena. Hecho esto, enderezó su oración al Cielo de esta manera: *Señor Dios de Abraham y de Isaac. . . mostrad hoy que vos sois el Dios de Israel, y yo vuestro siervo, y que por orden vuestra hice todas estas cosas. Oídme, Señor, oídme, para que sepa este Pueblo que Vos sois el Señor Dios, y así se convierta de sus errores.* Al instante un fuego maravilloso se vió descender de los cielos, que consumando el sacrificio hizo desaparecer además de la leña, las piedras del altar y aun el agua de la misma zanja. A vista de tamaño prodigio, atónito el Pueblo, prosternóse con el rostro en tierra, y convertido de su pecado, exclamó: *El Dios de Elías es el Señor, es el verdadero Dios de Israel.*

Echad mano, dijo después Elías á los Hijos de Israel, *echad mano de todos los profetas de Baal, y que no se escape ni siquiera uno.* Hicieronlo así, y aquellos impostores bajados del Monte al Cisón tuvieron que pagar allí con la pena de muerte, todas las supersticiones con que habían alucinado al pueblo de Dios.

Exterminados así los secuases de Baal, y convertidos

ya los Hijos de Israel, retiróse el Profeta del Señor á esta sagrada cumbre, para impetar del Cielo el remedio de tanta sequía, que por espacio de 3 años y 6 meses venía causando deplorables desastres en Palestina. Aquí en efecto postrado en tierra, hizo su oración el Varón de Dios y á los pocos momentos vió subir del mar aquella *misteriosa navecilla*, pronóstico de la tan suspirada lluvia, y símbolo de *María*; de aquella Virgen Singular; que debía despues *llover al Justo*, alegrando al mundo con una nueva fecundidad de virtudes celestiales.

A los Santos Profetas sucedieron en su tenor de vida, multitud de anacoretas, y las grutas del Carmelo habitadas por Justos que esperaban al Mesías, lo fueron también por los que á la venida del Cristo, abrazaron sus divinas enseñanzas: y hé aquí otra nueva era de gloria para el Monte Carmelo, consagrado desde los primeros años del Cristianismo, con las más heroicas virtudes y aun en la propia sangre de multitud de cenobita, los cuales á pesar de las desastrosas incursiones Sarracenas en Oriente, lograron sin embargo dar nombre inmortal á estas colinas, fundado la *inclita Orden Carmelitana*, bajo los poderosos auspicios de la Madre de Dios. Orden que tomó mayor realce en 1.251, con el singular privilegio del *Escapulario*, fruto de las fervorosas plegarias y ardientes lágrimas de uno de los Generales del mismo Instituto Carmelita, San Simón Stok, á quien se le apareció la Santísima Virgen, rodeada de coros Angélicos, con un escapulario en la mano, diciéndole estas dulces palabras: *Recibe, muy amado hijo, este Escapulario insignia de tu Orden y de mi Hermandad, privilegio singular para tí y todos los Carmelitas. Ahí tienes una señal de predestinación y una prenda de paz y alianza eterna. El que tuviere la dicha de morir con esta especial divisa de mi protección y amor no padecerá las penas del Infierno.*

Ahora bién, ¿qué lengua podrá decirnos la muchedumbre de portentos, con que ha sido confirmada la Orden Carmelitana, ó sea la institución del *Escapulario de la Vir-*

gen del Carmelo? . . . ¡Oh excelso título, cuyo solo recuerdo derrama en el corazón cristiano tanta suavidad y dulzura, y llena el alma de la mayor confianza en medio de las más deshechas tempestades!

(Guía del Peregrino en Tierra Santa)

(2). Página. 68.

Que del Carmelo en la sagrada altura
Ha colocado el trono de su gloria.

Iglesia de la Virgen del Carmen, situada en el centro del Convento Carmelita. *La equidad morará en el desierto*, predijonos tiempo há Isaías, y *la justicia residirá en el Carmelo*: palabras proféticas que hoy vemos fielmente cumplidas en los Religiosos Carmelitas Descalzos, los cuales heredando el fervoroso espíritu de sus antiguos Padres, vienen habitando estas plácidas soledades, consagradas al culto de la Madre de Dios.

Bajo la mesa del altar mayor puede visitarse la Gruta de Elías, desde donde el Santo Profeta contempló la *nuveilla mística* de que ya hicimos mención. En memoria de este misterioso acontecimiento, convertida la gruta, desde los tiempos más remotos, en oratorio bajo la advocación de la *Virgen del Carmelo*, ha venido á ser el Santuario predilecto de la Celestial Señora, que á él descendía á entretenerse en dulces coloquios con sus fieles devotos, animándoles á perseverar en su amor, y prometiéndoles á la vez su especial protección contra los enemigos y falsos émulos, que quisieran extinguir su Hermandad: promesa que hoy vemos realizada con sumo regocijo de nuestros corazones.

¡Qué dicha la de vivir á la sombra del Patrocinio de María! Llena está la vida de mil escollos y peligros, mas si nos guía esta Estrella de la Mañana, no hay que temerlos; llegaremos seguros al puerto de la eterna felicidad. Si somos pecadores, María es nuestro refugio; si estamos afligidos, María es nuestro consuelo, nuestro

amparo y firme esperanza. Amemos, pues, á María, dice San Bernardo, amémosla con la mayor ternura: nunca dejen de pronunciar nuestros labios su dulcísimo *Nombre*, antidoto eficaz contra todas las sugestiones de nuestros enemigos, prenda segura de la eterna Bienaventuranza. ¡Ah, y qué copioso manantial de gracias es la devoción á la Reina del Cielo! . . .

Saliendo de la Iglesia se ve en medio del jardín una pequeña pirámide, que indica el sitio donde yacen los restos de los franceses heridos durante el acedio de Tolmáida (1799), y á la retirada de Bonaparte, muertos por los musulmanes dentro del Convento Carmelita.

El sagrado edificio, que en aquella ocasión sufrió también el desastroso efecto de las llamas, fué completamente asolado en 1821 por Abdalah, Bajá de San Juan de Acre, quien se valió de los materiales de la fábrica para construir en sus inmediaciones una casa de campo, que hoy sirve de asilo á los peregrinos indígenas, y de Faro para los navegantes.

Déjase el recinto del Convento para ir á ver:

1º La Capilla dedicada á San Simón Stok, abierta en parte en la viva roca. Créese haber sido la primitiva morada del Profeta Eliseo, donde oyó éste los lamentos de la Sunamitis que le pedía la resurrección de su hijo.

2º La Escuela de los Profetas, así llamada porque en ella se instruían éstos en todo lo que concernía á su elevado ministerio. Tallada igualmente en la piedra viva, mide como unos 13 metros de largo por 7 de ancho y 6 de alto. En la pared de la izquierda indica la tradición el lugar que sirvió de reposo á la Sagrada Familia á su regreso de Egipto.

Merced á la benevolencia del Emir Tarabé, pudieron adquirir los P. P. Carmelitas esta Santa gruta en 1631, mas algunos años después, levantados los musulmanes contra los Religiosos, apoderáronse de ella y la convirtieron en mezquita como se ve actualmente, conocida con el nombre de *El Jadr*.

3º La Colina llamada por los Árabes *Jel es-Somak*, sembrada de considerables ruinas.

4º El valle de las Mártires, así llamado por los Cristianos, porque en él consiguieron la gloriosa palma del Martirio multitud de anacoretas Carmelitas, degolladas en 1291 por los secuaces de la Medialuna.

5º La Fuente milagrosa del Santo Profeta Elías, denominada por los árabes *Ain es-Saichh* (Fuente del Profeta).

6º Los vestigios del antiquísimo monasterio de San Brocardo, uno de los primeros propagadores del culto de la Madre de Dios. (Idem).

Cuando hablo de Juan y de Teresa, me refiero á San Juan de la Cruz y á Santa Teresa de Jesús, reformadores de la Orden del Carmelo.

CANTO NOVENO.

(1). Página 72.

El recuerdo, que nunca se oscurece
De las santas escenas de su historia.

Samaria, provincia de Palestina, así llamada de su capital, que lo fué de todo el reino de Israel. Extendíase desde las costas del Mediterráneo, al Occidente, hasta las riveras del Jordán, al Oriente y desde Judea al Sur, hasta Galilea al Norte, encerrando en sus dominios los territorios que pertenecían á la tribu de Ephraím y á la semi-tribu occidental de Manasés. Unida á la Judea formó la *Palestina Consular*. Cuando las diez tribus fueron conducidas al cautiverio de Assyria, muchos pueblos de este reino vinieron á establecerse en esta provincia, en reemplazo de los desterrados, y se mezclaron con los Israelitas que quedaron en ella, y después con los primeros que regresaron de la servidumbre. Los nuevos pobladores trajeron sus dioses con ellos, y los vencidos tuvieron

que admitir el nuevo culto. Pero parece que antes de la venida de Jesucristo, los Samaritanos habían vuelto al reconocimiento del verdadero Dios, pero con alguna diferencia sobre varios puntos de lo que creían y entendían los judíos. Admitían sólo los libros de Moisés como de origen divino y decían que el verdadero culto era el que se rendía á la Divinidad en el monte Garizim. De esta diferencia de principios nació la mayor enemistad y aversión entre los dos pueblos, que aunque en un principio no fué más que una denominación puramente geográfica, con el tiempo bastó á levantar una barrera formidable entre los mismos, bajo el aspecto religioso. El primitivo cisma de las diez tribus, la oposición que los Samaritanos hicieron á la reedificación del Templo de Jerusalén, después del regreso del cautiverio, la erección del nuevo templo en el citado monte Garizim, y las vejaciones que hacían sufrir á los que atravesaban la Samaria para ir á adorar al Señor en el Templo de Jerusalén, todo junto explica suficientemente hasta donde llegó el encono, y la causa del aborrecimiento entre Judíos y Samaritanos. La historia de entrambos pueblos no nos ha sido transmitida sino por autores judíos, interesados en favorecer su causa; así que imposible juzgar con imparcialidad, ni averiguar si las causas de este odio traían ó no otro origen. Como quiera, los Macabeos destruyeron la capital de Samaria y subyugaron la provincia.

Garizim, montaña situada al Sur de Siquem, frente del monte Ebal de la tribu de Ephraim, en Samaria, en cuya altura mandó Josué, según había ordenado Moisés levantar un altar de piedra para ofrecer al Señor acciones de gracias por haber pasado felizmente el Jordán.

(Scio de San Miguel).

(2). Página 76.

El Mesías soy yo, que hablo contigo.

Vino Jesús á Sicar (Siquem) una de las ciudades de

Samaria, cerca del Campo que dió Jacob á su hijo José, donde estaba la fuente de Jacob. Jesús pues, cansado y acosado de sed estaba sentado en la fuente, como á la hora de sexta. Llegando entonces una mujer de Samaria á sacar agua, Jesús le dijo: Dame de beber. . . .

(Porque sus discípulos habían ido á la ciudad á comprar de comer).

Y aquella mujer Samaritana le dijo: ¿Cómo tú, siendo Judío, me pides de beber á mí, que soy mujer Samaritana? porque los Judíos no tienen trato con los Samaritanos.

Respondió Jesús y le dijo: Si supieras el dón de Dios, y quién es el que te dice: dame de beber: tú de cierto le pedirías, y él te daría agua viva.

La mujer le dijo: señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿de dónde pues, tienes agua viva?

¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Jacob, el cual nos dió este pozo, y él bebió de él, y sus hijos y sus ganados?

Jesús respondió y le dijo: Todo aquél que bebe de esta agua, volverá á tener sed: mas el que bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás tendrá sed:

Pero el agua que yo le daré será en él una fuente de agua, que saltará hasta la vida eterna.

La mujer le dijo: Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed ni venga aquí á sacarla.

Jesús le dijo: ve, llama á tu marido y ven acá.

La mujer respondió y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho, no tengo marido:

Porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido: esto has dicho con verdad.

La mujer le dijo: Señor, veo que tú eres profeta.

Nuestros padres en este monte adoraron: y vosotros decís, que en Jerusalén está el lugar donde es menester adorar.

Jesús le dijo: Mujer, créeme, que viene la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adorareis al Padre.

Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los Judíos.

Mas viene la hora y ahora es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre busca tales, que le adoren.

Dios es espíritu: y es menester que aquellos que le adoran, le adoren en espíritu y en verdad.

La mujer le dijo: Yo sé que viene el Mesías, que se llama Cristo; y cuando él viniere nos declarará todas las cosas. Jesús le dijo: Yo soy, que hablo contigo.....

La mujer pues dejó su cantaro, y se fue á la ciudad, y les dijo á aquellos hombres:

Venid, y ved á un hombre que me ha dicho cuantas cosas he hecho: ¿si quizá es este el Cristo?

Salieron entonces de la ciudad y vinieron á él.

(San Juan Cap. 4º).

CANTO DÉCIMO.

(1). Página 80.

Por fin, ante mi vista,
Destacose la Reina del Oriente.

Jerusalén, denominada en un principio *Salém*, voz hebrea que quiere decir *Paz*, fué fundada, según la tradición, sobre la colina que hoy se llama *Acra*, por Melquisedec, á la vez Rey y Sacerdote del Altísimo, hacia el año de 2092 de la Creación y 1908 antes de Jesucristo.....

Unos sesenta años después de la fundación de Salén, los Jebuseos oriundos de Jebús hijo de Canaán, se apoderaron de ella, fortificaron sus murallas y para mayor defensa construyeron sobre el monte Sion, cerca de Salén, una ciudadela denominándola *Jebús* y constituyéndola Capital del nuevo Reino. Continuaron en su posesión hasta la

conquista de la Tierra de Promisión por los Hebreos, época en que Josué derrotó é hizo matar á Adonicedec, Rey de Jebús y Salém. Ambas ciudades tocaron en suerte á los Hijos de Judá y Benjamín, aunque no las ocuparon enteramente por no haber podido arrojar á los Jebuseos bien fortificados en la roca de Sion; y así tubieron que vivir con ellos, sosteniendo varios combates, hasta los gloriosos tiempos del Rey David, quien saliendo de Hebrón, al frente de sus esforzados campeones, consiguió al fin exterminarlos, apoderándose por completo del alcázar de Sión, despues de 324 años que aquellos idólatras lo venían ocupando. El santo y valeroso Príncipe estableció desde luego su Real Corte en esta inexpugnable posición, que engrandeció admirablemente, llamándola *Ciudad de David, Monte Santo, Ciudad de Sion*, etc. y declarándola al mismo tiempo Capital de todo el Reino de Israel. Entre los muchos y magníficos edificios que aquí levantó David, preparó además un lugar especial par colocar el *Arca del Señor*, circunstancia que aumentó considerablemente la importancia de tan angusta *Colina*, objeto de sus poéticos cánticos. A fin de unirla con *Salém* y formar de ambas ciudades una sola, mandó terraplenar el valle *Tiropeón ó Molla*, que las dividía; y entonces fué cuando el real Profeta, lleno de de sumo gozo al contemplar la felicidad de su pueblo y la magnificencia de la nueva ciudad, puso á esta por inspiración del Cielo, aquel para siempre menorable y misterioso nombre de *Yeruchalaim*. De esta denominación hebrea que quiere decir: Veránla paz ó visión de paz, ó bien herencia de paz, derivaron los Griegos la de *Hierosolima*, y los Romanos la de *Jerusalén*, que tienen igual significación. Así pues, quedó fundada sobre los montes *Acra y Sion* la ciudad de *Jerusalén*. Sus límites dilatáronse en los años subsiguientes y llegó á tanto su esplendor y grandeza que fué la admiración de todos los pueblos, como ya en tiempo de Salomón dió de ello testimonio la Reina de Sabá, al presentarse por vez primera en la Corte del Rey Sabio, á quien

DIRECCION DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE EL SALVADOR

dijo maravillada estas palabras: *Verus est sermo quem audivi in Terra mea*: Verdaderas son las cosas que yo había oído en mi tierra.

Hallábase situada la antigua Jerusalén sobre los cinco montes ó collados siguientes: *Abisade ó Bezeta* al norte, *Sion* al Sur, *Arca* casi al centro, al Oeste del Moria. Este por el Levante y Gareb, al Occidente.

Nueva Jerusalén. Será por demás advertir que Jerusalén, en vista de sus destrucciones y vicisitudes sin cuento, se halla actualmente muy desfigurada con respecto á los tiempos primitivos. Desde la época de su reconstrucción por Elio Adriano, levántase sobre los cinco montes de la antigua, pero con diferentes límites, pues el Gólgota, que antes estaba fuera de la ciudad en la actualidad lo vemos dentro, y la colina Ofel, que en otro tiempo se hallaba dentro, encuéntrase hoy fuera con una parte del monte Sión. Está situada Jerusalén, con su principal asiento al N. y declinando hacia el Oriente, en uno de los puntos más elevados de las montañas de Judea, á 780 metros sobre el nivel del Mediterráneo, entre los 31° 46' latitud N. y los 33° longitud E. A excepción del lado septentrional que forma un plano de 800 á 900 metros de longitud por otras tantas de ancho la Ciudad Santa hállase, por las tres partes restantes, rodeada de los profundos y estrechos valles de *Josafat*, *Gehenna* y *Gihón*. El primero, de unos 4 kilómetros de largo, separa á Jerusalén, por el E. de los montes Olivete y Escándalo, uniéndose después de la piscina de Siloé con el segundo, que limita la población por el lado S. y O. E. en cuya última dirección viene finalmente el tercero. Entre los montes ó collados que circuyen á Jerusalén, cuéntanse como más notables los siguientes: el *M. de las Olivas*, al Oriente, á unos 830 metros sobre el Mediterráneo; el *Escopo*, que parece una continuación del anterior, al Norte; y del Mal Consejo, al Sur. Circúyela una muralla con baluartes de trecho en trecho, construída en 1,534 por Solimán II, y tiene de 13 á 14 metros de altura por 2 y pico de ancho.

Cinco son las puertas que dan ingreso á la Santa Ciudad, la *Puerta de Jafa*, la *Puerta de Sion*, la *Puerta de los Africanos*, la *Puerta de San Esteban* y la *Puerta de Damasco*.

(Guía del Peregrino en Tierra Santa)

(2). Página 81.

Medité largo rato,
Oculto entre las sombras de ese templo.

El Calvario ó Gólgota que, como es bien sabido, se hallaba fuera de la ciudad, hacia el Poniente, está comprendido dentro de los muros actuales, que datan del tiempo de Solimán. El grandioso templo que Santa Elena hizo construir en él, arruinado por Cosroes II en 614, reedificado poco después y vuelto á destruir por el Califa Hakán en 1010, levantado de nuevo y refaccionado en tiempo de las cruzadas, igualmente que después del incendio de 1808, se ha conservado siempre sobre el plano primitivo adoptado por la emperatriz.

Aunque destinado á encerrar diversos lugares santificados por la Pasión, se guardó al construirlo bastante regularidad. Puede mirársele como formado de tres naves, con su eje ó mayor longitud de Oeste á Este, y la rotunda en la parte occidental; pero con la particularidad de tener el frontispicio y la puerta de entrada en uno de los costados, en el muro que mira al Sur.

El interior tiene partes altas y bajas, que es preciso examinar sucesivamente. Al entrar se vé á la izquierda un diván donde están durmiendo los guardas turcos, que antes cobraban un tributo. Al frente, á 16 pasos se encuentra, enclavada en el suelo y recubierta de un mármol rojizo, la *Piedra de la Unción* (2 metros de longitud y 60 centímetros de latitud) en que el cuerpo de Jesucristo fué embalsamado con aloes y mirra antes de ser se-

pultado. . . . Dirigiéndose á la izquierda, se va al *Sepulcro*, que está situado bajo la gran rotonda del templo.

Dejando el *Sepulcro*, al nordeste se encuentra incrustado en el suelo un círculo de mármol negro, que indica el lugar en donde Jesús se apareció á la Magdalena, y adelante está la capilla donde se conserva un trozo de la Columna de piedra á que estuvo atado durante la Flagelación, y hay un altar en el paraje en que se presentó á María.

Bajando del *Calvario*, á la derecha se halla el altar en que se conserva la Columna de los Improperios, y bajando una escalera de 28 gradas, la capilla de San Dimas, y descendiendo trece más, una cueva excavada en la roca, llamada de la invención de la Cruz.

(Posada Arango).

(3). Página 81.

Recorrí de la *Vía Dolorosa*
Las *Estaciones* todas, reverente,

VÍA DOLOROSA, es la denominación que tiene todo el espacio que media, según el Evangelio, desde el huerto de Getsemaní hasta la casa de Pilatos. Otros le llaman camino de la cautividad, porque Jesucristo le siguió después que fué preso en el mismo huerto. Forma parte del Camino de la Cruz.

Éste antiguamente se dividía en doce estaciones; mas actualmente son catorce por haberse añadido el descendimiento de la Cruz, en otras partes la Virgen de los Dolores, con el cadáver de su Divino Hijo en su regazo, y la del Santo Sepulcro. Nueve de estas estaciones se encuentran en las calles que forman la *Vía Dolorosa*, las cuales no especifico por ser muy conocida la práctica devota del *Vía Crucis*.

(4). Página 84.

Y con paso inseguro
Llegué al lugar do lloran los judíos.

El lugar del llanto de los judíos, sito ante un antiquísimo muro construído de grandes sillares, de 2 á 3 metros de longitud en el sitio donde se levantaba un tiempo el célebre Templo de Salomón. Allí se reúnen los infelices Judíos todos los viernes del año, para orar, llorar y cantar con himnos lúgubres su mísero y deplorable estado.

Yo presencié profundamente conmovido, esta escena significativa, y de allí pasé á la Gran Sinagoga y presencié la iniciación de la fiesta de los *Tabernáculos*.

— —

CANTO UNDÉCIMO.

— —

(1). Página 92.

Despreciaron del mundo los placeres,
Por seguirle también, como Susana.

Y aconteció después, que Jesús caminaba por ciudades y aldeas, predicando y anunciando el reino de Dios: y los doce con él.

Y también algunas mujeres, que había él sanado de espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llama Magdalena, de la cual había echado siete demonios.

Y Juana mujer de Chusa, procurador de Herodes, y Susana, y otras muchas, que le asistían de sus haciendas.

(San Lucas capítulo 8).

— —

(2). Página 92.

Y entre todas había,
En la humilde Betania, dos hermanas,
Betania, aldea de la tribu de Benjamín, situada á unos

15 estadios de Jerusalén, sobre el monte Olivete, sembrada de higueras y palmeras. Nuestro Redentor, que solía orar en aquel sitio, resucitó en él á Lázaro. Simón el leproso tenía también allí su domicilio. En el día es un miserable lugar habitado por árabes. Todavía se designa el lugar en que Lázaro tuvo su casa, así como su sepulcro tallado en la roca, y al cual se baja por medio de diez ó doce gradas de piedra.

Cercano está Betfage, situado en el mismo monte, á donde Jesucristo envió á sus discípulos á buscar una asna y un pollino en que cabalgó en su entrada á Jerusalén.

(Scio de San Miguel).

(3). Página 95.

Salir de allí le impera
Y Lázaro abandona su sepulcro.

Y había un enfermo llamado Lázaro de Betania, aldea de María y Marta su hermana. (Y María era la que había ungido al Señor con unguento, y limpiado sus piés con sus cabellos; cuyo hermano Lázaro estaba enfermo).

Enviaron sus hermanas á decir á Jesús: Señor, hé aquí el que amas está enfermo.

Y cuando Jesús lo oyó les dijo: Esta enfermedad no es para muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios por ella.

Y amaba Jesús á Marta, y á María su hermana, y á Lázaro. Y cuando oyó que estaba enfermo, se detuvo aún dos días en aquel lugar. Y pasados éstos dijo á sus discípulos: Vamos otra vez á Judea. Los discípulos le dijeron: ¿Maestro, ahora querían apedrearte los Judíos, y vas allá otra vez?.....

Después les dijo: Lázaro nuestro amigo duerme: más voy á despertarle del sueño. Y dijeron sus discípulos: si duerme será sano. Mas Jesús había hablado de muerte: y ellos entendieron que decía del dormir de sueño.

Entonces Jesús les dice abiertamente: Lázaro es muerto: Y me huelgo por vosotros de no haber estado allí, para que creáis. Más vamos á él.....

Vino pues Jesús, y halló que había ya cuatro días que estaba sepultado.

Y Betania distaba de Jerusalén como quince estadios. (Y muchos Judíos habían venido á Marta y á María, para consolarlas de su hermano).

Marta pues cuando oyó que venía Jesús, le salió á recibir: mas María se quedó en casa.

Y Marta dijo á Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.

Mas también sé ahora, que todo lo que pidieres á Dios, te lo otorgará Dios.

Jesús le dijo: Resucitará tu hermano.

Marta le dice: Bien lo sé que resucitará en la resurrección en el último día.

Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida: él que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá. Y todo aquél que vive, y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?

Ella le dijo: Si, Señor, yo he creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.

Y dicho esto, fué, y llamó en secreto á María su hermana y le dijo: el Maestro está aquí, y te llama.....

Y María cuando llegó á donde Jesús estaba, luego que le vió se postró á sus piés y le dice: Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto.

Jesús cuando la vió llorando, y que también lloraban los Judíos que habían venido con ella, gimió en su ánimo, y se turbó á sí mismo. Y dijo: ¿En dónde le pusisteis? Le dicen: Ven, señor, y lo verás. Y Jesús lloró.

Y dijeron entonces los Judíos: ved como le amaba. . . .

Mas Jesús gimiendo otra vez en sí mismo, fué al sepulcro. Era una gruta y habían puesto una losa sobre ella.

Dijo Jesús: Quitad la losa. Marta, que era hermana del difunto le dice: Señor, ya hiede, porque es muerto de cuatro días.

Jesús le dijo: ¿No te he dicho, que si creyeres, verás la gloria de Dios?

Quitaron pues la losa: y Jesús alzando los ojos á lo alto, dijo: Padre, gracias te doy, porque me has oído.

Yo bien sabía que siempre me oyes: mas por el pueblo, que está al rededor, lo dije: para que crean que tú me has enviado.

Y habiendo dicho esto, gritó en alta voz, diciendo: Lázaró, ven fuera.

Y en el mismo punto salió el que había estado muerto, atados los piés y las manos con vendas, y cubierto el rostro con un sudario. Y Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir.

Muchos pues de los Judíos, que habían venido á ver á María y á Marta, y vieron lo que hizo Jesús, creyeron en él.

(San Juan Capítulo 11).

CANTO DUODÉCIMO.

(1). Página 100.

Su trasunto doliente y peregrino
De *Berenice* sobre el velo imprime.

La Verónica es una figura meramente tradicional, de la que no hablan los Libros sagrados, y cuya existencia ha sido negada por varios críticos.

El nombre de Verónica está compuesto de una palabra griega y otra latina, que significa, *verdadera imagen*, aludiendo al rostro de Cristo impreso en el lienzo que lleva en sus manos, que es como constantemente la han presentado escultores y pintores.

Su verdadero nombre es el de *Berenice*.

Hojeda, en su *Cristiada*, refiere su piedad en las octavas reales que comienzan así:

Y tú también entonces, Berenice,
Dejaste al vivo impresa la alta historia
De este paso á la Iglesia, que bendice
Hoy tu nombre y conserva tu memoria. etc.

El Papa Bonifacio VIII hizo llevar de la iglesia del Espíritu Santo á la de San Pedro un lienzo llamado *Verónica*, sobre el que está trazada la imagen del Salvador del Mundo.

(Larmig).

(2). Página 101.

Llega al Huerto sombrío
De Getsemani, en noche silenciosa,

El Huerto de Getsemani, lugar donde solía retirarse el Salvador con sus Apóstolos. Adquiriéronlo legalmente en 1679 los P. P. Franciscanos, quienes lo cerraron con el muro que se ve actualmente, y para devoción de los peregrinos erigieron además en 1873 el *Viacrucis*, que se halla colocado en unas capillas con bajos relieves, en torno de la parte interior del jardín. La hermosa verja que circuye este sagrado recinto es debida á la piedad de las señoras Oteros de nacionalidad peruana.

Los 8 antiquísimos Olivos que todavía levantan su verdosa copa en medio de las graciosas y variadas flores que embellecen este santo huerto, son ciertamente los mismos, ó cuando menos retoños de aquéllos, á cuya sombra oraba el Maestro Celestial con sus Apóstoles, instruyéndoles en las verdades de su Religión Divina. “Pertenece sin duda, escribe un viajero católico, á la más remota antigüedad; los Turcos mismos los miran con piadoso respeto y á nadie permiten estropearlos. Su aspecto, unido á la consideración de la gran vejez de que el olivo es capaz, autoriza el juicio de los que datan su origen en siglos muy distantes”. “Estos ocho olivos, añade el Mariscal Marmont, son probablemente los mismos que

existieron en tiempo de Nuestro Señor: dos de ellos tienen 25 pies de circunferencia. Bien sabido es que el Olivo vive largo tiempo, así como es muy lento para crecer y desarrollarse. Es sin duda bajo su sombra donde Jesucristo reposó, conversó con sus discípulos, fué preso y abandonado de los Apóstoles, que huyeron sorprendidos”. “Estos Olivos asistieron á todas las revoluciones de Jerusalén, de ellos se habla en las piadosas relaciones de los antiguos peregrinos; se contaban nueve en el siglo 17, pero hoy no se encuentran más que ocho; no están guardados sino por un sencillo muro de piedra; nadie se atreverá sin embargo á arrebatár sus frutos, que convertidos en santas reliquias respeta todo el mundo, como testigos de los misterios de un Dios y contemporáneos de Jesucristo. Algunos escritores objetaron contra esto que Tito mandó cortar todos los árboles de los alrededores de Jerusalén; pero es muy sabido que el Olivo renace de su cepa y de sus raíces”. Lamartine participó de esta opinión. “Recogí, dice el Poeta, del fruto de estos árboles para llevar á mis amigos. . . . “Yo concibo bien qué dulce debe ser para el cristiano orar tocando con sus dedos los huesos de las olivas, cuyas raíces regó quizá Jesucristo con sus lágrimas, cuando oraba por última vez sobre la tierra”.

La Gruta de la Agonía, donde N. Divino Salvador sudó sangre, por nuestras culpas, la noche precedente á su terrible muerte.

Conserva todavía su forma primitiva; tiene de 10 á 12 metros de longitud y 7 á 8 de latitud, y recibe la luz por una claraboya abierta en la parte superior. Algunos restos de pinturas y mosaicos que aquí se encuentran dan testimonio de su remota antigüedad. Hállase adornada, en los días ordinarios, con lámparas, floreros de mármol y un magnífico *Viacrucis*, en azulejos, regalado por una señora Valenciana. Tres son los altares en que se puede celebrar cómodamente el Santo Sacrificio: dos laterales, y uno de mármol en el fondo, cuyo cuadro nos manifiesta

al Salvador orando en medio de las mayores angustias y al Ángel presentándole el cáliz de la pasión. Bajo la mesa de dicho altar, donde arden constantemente cuatro lámparas, se ve esculpida en mármol la siguiente inscripción: *Hic factus est sudor Ejus sicut gutte sanguinis decurrentis in terram.*

(Guía del Peregrino).

(3). Página 103.

Y sin osar salvar corta distancia,
Cae la turba prosternada en tierra.

Y saliendo, se fué, como solía, al monte de las Olivas. Y le siguieron también sus discípulos. Y cuando llegó al lugar les dijo: Haced oración, para que no entréis en tentación.

Y se apartó de ellos, como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba, diciendo: Padre, si quieres, traspasa de mí este cáliz: Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya.

Y le apareció un Ángel del cielo, que le confortaba. Y puesto en agonía, oraba con mayor vehemencia. Y fué su sudor, como gotas de sangre, que corría hasta la tierra.

Y como se levantó de orar vino á sus discípulos, y los halló durmiendo de tristeza. Y les dijo: ¿Por qué dormís? levantaos y orad, para que no entréis en tentación.

Y cuando estaba él aún hablando, se dejó ver una cuadrilla de gente: y el que era llamado Judas, uno de los doce, iba delante de ellos: y se acercó á Jesús para besarle.

Mas Jesús le dijo ¿Judas, con beso entregas al Hijo del Hombre?

(San Lucas capítulo 22).

CANTO DÉCIMOTERCERO.

(1). Página 108.

Y, cual si fuera infame delincuente,
Cargado con la Cruz, llega al Calvario.

Si al entrar en el templo, frente á la Piedra de la Uncción se toma á la derecha, se halla una escalera de 18 gradas por la que se sube al *Calvario*, que es una capilla edificada sobre el Gólgota mismo, elevada por consiguiente sobre el piso principal de la iglesia. Hay ahí un altar con un gran Crucifijo, en el punto donde se hizo la erección de la Cruz; pertenece á los griegos. Aún se muestra en el suelo un hoyo redondo, de seis dedos de diámetro, que dicen ser el mismo en que estuvo clavado el santo madero. Nuestro Señor quedó mirando al Occidente, y los dos ladrones estaban en un plano anterior de manera que las cruces formaban al pié un triángulo y no una línea recta.

Al lado de ese altar, existe otro, el de los católicos, en el lugar de la crucifixión, cuyo paraje preciso está marcado en el suelo con mármoles negros. Fué ahí que, como está dicho por el Salmista taladraron sus manos y sus piés y desencajaron sus huesos. A la derecha existe una capilla pequeña, aislada, con puerta para el altozano, en el sitio á donde se retiró María, incapaz de presenciar esa parte, la más dolorosa, de los tormentos de su Hijo.

(Posada Arango).

(2). Página 110.

Penetré conmovido
En el marmóreo, espléndido Santuario.

La rotonda (del Templo) tiene 20 metros de diámetro, descansa sobre 18 pilastras macizas, que sostienen una

galería superior de 18 arcadas, con varios nichos sobre el friso, y el todo superado por la cúpula. En el centro del pavimento se vé una capilla ó templete de mármol de 15 pasos de longitud, recubierto de su bóveda correspondiente, con una puerta al levante. Por allí se entra á una primera cámara, donde apareció el ángel que anunció á las mujeres la resurrección de Jesús, y en seguida, agachándose, se pasa por otra portezuela muy baja á la cámara sepulcral. Sobre el Sepulcro, que está excavado en la roca en dirección de occidente á oriente, se encuentra un altar de mármol de la misma longitud (1 metro 80 centímetros) con su frente para el Sur; está dividido en tres porciones, para los católicos los griegos y los armenios. Cuarenta lámparas de plata lo iluminan constantemente. — Idem.

CANTO DÉCIMOCUARTO

(1). Página 114.

Y al visitar de Sion las tristes ruinas,
Restos mezquinos de su antigua gloria,

El Monte Sion, es una colina, cuya elevación con respecto á Jerusalén será como la del monte Aventino sobre el Foro romano. Parecería mucho más elevada, si se midiera su elevación por su base en el valle de Gehinnón. En el mundo entero no hay otra cuya historia esté más gloriosamente ligada con la de la Religión é Iglesia cristiana, de la que es siempre citada como figura ó imagen.....

Lo que más realza su honor y gloria son las frecuentes y largas permanencias que en ella hizo el Salvador, reuniendo á menudo sus Apóstoles, y manifestando su infinito poder y amor á los hombres, instituyendo allí el más inefable de los misterios, y pudiendo en algún modo

decirse, que el monte Sión fué la cuna de su Iglesia.

Casi han desaparecido todos los numerosos monumentos que cubrían esta montaña. Los únicos de los cuales quedan algunos vestigios son:

1º La casa de Caifás.

2º El Sepulcro de David.

3º El Cenáculo. Santa Elena lo había convertido en Iglesia, decorándola con magníficos adornos, y demolido por los sarracenos mucho tiempo después, la piadosa Sancha, reina de Sicilia la restituyó á los Padres de Tierra Santa. En 1561 los turcos se apoderaron nuevamente de ella y la convirtieron en mezquita, continuando actualmente en su posesión. . . . No bien se entra cuando á la izquierda está una puerta que va al Sepulcro de David.

Después de haber subido por el mismo lado una escalera de unas veinte gradas, se llega á una gran sala, cuya bóveda sostiene dos columnas. Este es el santo Cenáculo. Aquí es donde el Salvador celebró su última Pascua é instituyó el Sacramento de su amor, la divina Eucaristía:

Y cuando fué hora, se sentó á la mesa y los doce Apóstoles con él, y les dijo: Con ansia he deseado comer con vosotros esta Pascua, antes que padezca.

Y habiendo tomado el pan, dió gracias y lo partió y se los dió, diciendo: Este es mi cuerpo, que es dado por vosotros: esto haced en memoria de mí.

Y así mismo el cáliz, después de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre, que será derramada por vosotros. — (San Lucas capítulo 22).

Pero este santo Cenáculo no es digno de nuestros respetos solamente por haberse celebrado en él la primera Pascua cristiana: ¡cuántos otros recuerdos encierra no menos gloriosos! Allí fué donde Jesús después de la resurrección visitó por más de una vez á sus discípulos. Allí después de su ascensión les envió el Espíritu Santo,

que esparció sobre ellos en figura de lenguas de fuego. Allí fueron ordenados los primeros diáconos. Allí se celebró el primero de todos los concilios: en fin, los Apóstoles, obedeciendo la palabra de su divino Maestro, salieron de allí para ir á instruir á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñarlas á guardar todo cuanto les había confiado, bien seguros que estaría con ellos, todos los días, hasta la consumación de los siglos.— (P. Geramb).

Ahora hay en la planicie del monte Sion un Cementerio católico.

(2). Página. 115.

Condensan los suspiros y gemidos,
Que triste exhala el corazón humano.

“Profeta ó no (David) según se le considere por el filósofo ó el cristiano, ninguno de ellos podrá negar al Poeta-rey una inspiración que no ha sido dada á otro hombre. Leed á Horacio y á Píndaro, después de leer los Salmos. Yo no puedo”.

(Lamartine).

CANTO DÉCIMOQUINTO.

(1). Página 124.

En el monte Oliveto se aparece.

Oliveto (monte) ó montaña de los Olivos, situada al oriente de Jerusalén, separada de la ciudad por el torrente de Cedrón y el valle de Josaphat. Distaba de la ciudad toda la extensión *de camino que podía hacerse en un día de sábado*. Dicha montaña era muy fértil, bien cultivada, y cubierta de Olivos, de los cuales tomó el nombre. El

doctor Clarke ha encontrado en ella un bosque de dichos árboles, de considerable extensión, el cual, á su entender, sería el jardín ó huerto de Gethsemani. La montaña expresada forma tres colinas, de las cuales la del centro domina á las otras dos, y desde ella subió á los cielos nuestro Señor Jesucristo, después de la resurrección. En la más bella de las mismas, que era la que miraba al mediodía, fué en donde Salomón erigió altares á los falsos dioses, por cuya causa fué llamada, Montaña del Escándalo. Por lo que hace á la tercera, que es la que mira al norte, se llamó Montaña del Galileo, palabras expresadas por los ángeles en el instante de la milagrosa ascensión del Señor. Tan alto prodigio atrajo sobre esta montaña la veneración de los cristianos en todos los tiempos, y aun en el día se advierten en ella las ruinas de la Iglesia que mandó construir allí la emperatriz Elena, bajo el nombre de la Ascensión. Desde la cumbre de la montaña se descubre completamente toda la ciudad.—(P. Scio).

Caminando hacia el oriente se descubre el Mar Muerto, la llanura de Jericó, el Jordán, y más allá las montañas de la Arabia Petrea. En el centro, y en una especie de capilla, se ve el vestigio que imprimió sobre la roca el pié izquierdo del Salvador, al momento de dejar la tierra y elevarse á los cielos.

Se encuentran también en ese monte el santuario de Bethfage, cerca de Betania; el lugar llamado del *Pater Noster*, porque allí, como refiere la tradición, Jesucristo enseñó por segunda vez á sus discípulos la admirable oración dominical, que está escrita en 32 lenguas en un claustro del convento de Carmelitas, que se eleva en el mismo lugar; La Capilla subterránea llamada del *Credo*, por indicar el sitio donde los Apóstoles hicieron la profesión de su Fe, antes de separarse, para anunciar al mundo el Evangelio; el lugar en donde el Redentor lloró sobre la desafortunada Jerusalén; el lugar llamado de la Estancia de los ocho Apóstoles, y solar de la casa de Simón el Fariseo.

(2). Página 128.

Segunda vez, con cantos de alegría,

Y cuando hubo dicho esto, viéndolo ellos, se fué elevando: y le recibió una nube, que le ocultó á sus ojos.

Y estando mirando al cielo cuando él se iba, hé aquí se pusieron al lado de ellos (los discípulos) dos varones con vestiduras blancas.

Los cuales también les dijeron: Varones Galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? este Jesús, que de vuestra vista se ha subido al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo.

(Hechos de los Apóstoles Capítulo 1).

CANTO DÉCIMOSEXTO.

(1). Página 131.

De Josafat en la extensión sombría.

El valle de Josafat es también llamado en la Escritura valle de Savc, valle del Rey valle de Melquisedec... tomó su nombre de Josafat, porque este Rey hizo abrir aquí su sepulcro. Parece que este valle ha sido siempre el cementerio de Jerusalén, y en él se encuentran monumentos de la más remota antigüedad. Vienen á morir aquí los judíos de las cuatro partes del mundo. Un extranjero, á peso de oro, les vende un poco de tierra para cubrir su cuerpo en el campo de sus antepasados. Los cedros que Salomón plantó en este valle, la sombra del templo que le cubría, el torrente que le atraviesa, los cánticos de luto que David compuso en él, las lamentaciones que Jeremías hizo resonar en sus profundidades, le parecen á propósito para la tristeza y la paz del sepulcro. Principiando Jesucristo su pasión en este lugar solitario, le dedicó de nuevo á los dolores. Este David inocente, derramó aquí, para borrar nuestros pecados, las lágrimas que el David culpable

vertió para expiar sus propios errores. Pocos nombres hay que despierten á la imaginación pensamientos á la vez más patéticos y formidables que el del valle de Josafat: valle misterioso, porque, según el profeta Joel, todas las naciones comparecerán un día ante el inexorable Juez... El aspecto del valle de Josafat es triste. Por el lado occidental forma parte de él un monte escarpado de greda, que sostiene los muros góticos de la ciudad, sobre los cuales descuella Jerusalén. El lado oriental está formado por el monte de las Olivas y montaña del Escándalo, nombrada así con motivo de la idolatría de Salomón... En lo más hondo del valle se descubre un puente de un arco, que está sobre la barranca del torrente Cedrón. Las piedras del cementerio judío parecen un monton de ruinas al pié de la montaña del Escándalo, debajo de la población árabe de Siloan. Con dificultad pueden diferenciarse sus casuchas entre los sepulcros que la circunvalan. Tres monumentos antiguos se hacen notar en este campo de destrucción, á saber, los sepulcros de Zacarías, de Josafat y de Absalón. Ante la triste perspectiva de Jerusalén, de la cual no se eleva ningún humo, ni se oye ruido, ante la soledad de las montañas, en las que no se ve un ser viviente, ante el desorden de estas tumbas destrozadas, rotas, entreabiertas, se está para decirse que ha sonado ya la trompa del Juicio, y que los muertos se levantan en el valle de Josafat.

(Chateaubriand).

(2). Página 133.

Me inspiró las tristezas funerarias
Que sentí al visitar las *Catacumbas*.

Las principales Catacumbas son las llamadas de San Calixto, Santa Inés, y San Sebastián, que tienen sus entradas fuera de la ciudad eterna. Yo las visité durante mi permanencia en Roma.

(3). Página 134.

Y entrando en la piscina de Siloe.

Esta piscina tiene 15 metros de largo por 4 de ancho. Es célebre por el milagro que en ella obró Nuestro Divino Redentor devolviendo la vista á un ciego de nacimiento, llamado Sidonio, que llegó á ser después obispo y Santo.

“Y al pasar Jesús, vió un hombre ciego de nacimiento: Y le preguntaron sus discípulos: Maestro, quién pecó, éste, ó sus padres, para haber nacido ciego.

Respondió Jesús: ni este pecó, ni sus padres: más para que las obras de Dios se manifesten en él.

Es necesario que yo obre las obras de aquél que me envió, mientras que es de día: vendrá la noche, cuando nadie podrá obrar.

Mientras estoy en el mundo, luz soy del mundo.

Cuan esto hubo dicho, escupió en tierra, é hizo lodo con la saliva, y ungió con el lodo sobre los ojos del ciego.

Y le dijo: Vé, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). Se fué, pues, y se lavó, y volvió con vista”.

(San Juan Capítulo 9).

FIN DE LAS NOTAS.





Fé de erratas.

PÁGS.	LÍNEA	DICE	LÉASE
8	8	sacra familia	Sacra familia
11	25	..la dulce melodía	..las dulces melodías
28	7	Le disputen	Se disputen
39	26deliciasdelicia
52	4	Y que acerca	Y que se acerca
59	2	..bendecido	bendecida
68	23	Y que ya no	Y ya no
99	2	Mas si el dolor sañudo	Mas el dolor sañudo
104	12	Que elevan del suelo	Que se elevan del suelo
113	4	..llora su pena	..lloró su pena

